



EL REGRESO DE LOS DUQUES DE YORK A INGLATERRA

EL viaje de los duques de York á Australia ha tenido una significación especial por la oficialidad que le ha concedido el Imperio británico. El hijo de Jorge V ha inaugurado solemnemente el parlamento de Camberra, en la nueva capital del dominio inglés. El regreso de los duques de York ha dado motivo para una gran manifestación de simpatía, á la que espontáneamente se ha sumado el pueblo, y de la que publicamos dos interesantes notas gráficas en esta plana. Arriba, el acorazado *Renown* atracado al muelle de Portsmouth, á su llegada al puerto. Abajo, los duques de York descendiendo la escala del navío de guerra, seguidos del Príncipe de Gales y recibidos con todos los honores oficiales.

(Fots. Agencia Gráfica)

EN LA SIERRA DEL SEGURA

Santiago de la Espada



Panorama de Santiago de la Espada, el pueblo más escondido de España

EL PUEBLO MÁS ESCONDIDO DE ESPAÑA

No parece fácil averiguar cuál es el pueblo más escondido de España. Reclamarán muchos esta primacía, y si yo le concedo hoy la palma—palma de martirio—á Santiago de la Espada, es porque acabo de visitar la Sierra del Segura, y he hecho el viaje por Siles, atravesando inmensos bosques de pinos y temerosos riscos. Ya el viaje á Siles desde Baeza ha sido, hasta hace muy poco tiempo, difícil y lento. Hoy, el automóvil va resolviéndolo todo. Pero al llegar á esa zona, donde no hay caminos, sino veredas, que gran parte del año están bó-

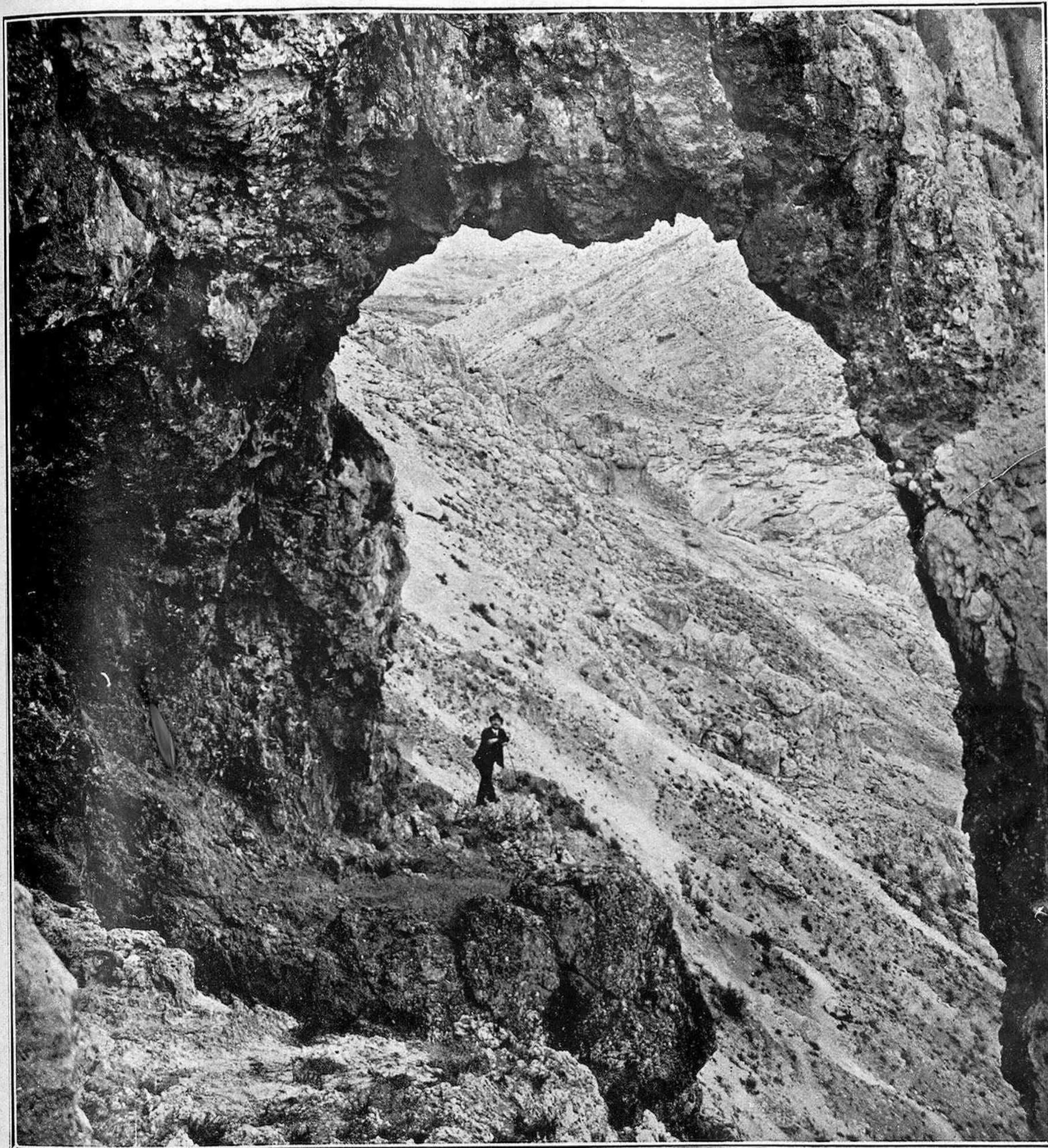
rradas bajo la nieve, logramos la verdadera sensación del aislamiento absoluto. Por la fuente del Biezo y por el Masegoso, ó por Rocalañas y Pontones, encontraremos cumbres, altas mesetas, desfiladeros, monte bravo. Es decir, la gran soledad, que si en las guías hubiera de clasificarse como los hoteles, diríamos de *tout premier ordre*. Paisaje soberbio, un poco díscolo y desigual; naturaleza primitiva. Ahora que entramos en la época de las excursiones estivales, la Sierra del Segura puede ser visitada sin muchas molestias. Yo invito á los españoles de buen gusto á que abandonen por una vez las rutas conocidas y entren por la provincia de Jaén—Baeza, Ubeda,

Villacarrillo, Villanueva del Arzobispo, Beas, La Puerta, Orcera, Siles—, en uno de los rincones más interesantes del mundo. Luego, si el camino les ha cansado, pueden regresar por otro más cómodo y dar vuelta por Puebla de don Fadrique, en la provincia de Granada, atravesando otros bosques inmensos—ya civilizados—: los de Huescar.

Santiago de la Espada vive bajo una peña que en otro tiempo estuvo toda arbolada, con sus laderas llenas de magníficos pinares, y hoy aparece rígida y escueta, no se sabe si para proteger al pueblo ó para amenazarle. En la peña hay un arco, un puente natural, que desde abajo parece como si nos mirara el ojo de Polifemo. Allí le han dado un nombre familiar. Es la peña de María Antonia. «Si María Antonia jura, nieve segura.» Yo he contado en *El Sol* algunas cosas de este pueblo, que no ha visto nunca la rueda de un carro, y que entre todos los ayuntamientos de España tiene el triste privilegio de dar la cifra máxima de analfabetismo. De 9.000 habitantes, en números redondos, sólo 600 saben leer. Y entre 4.000 mujeres, no llegan á 200 las que pueden escribir su nombre. Obedece esta terrible proporción al gran número de pueblecitos agregados que componen el municipio de Santiago de la Espada: aldeas, lugarejos y caseríos, cabañas de pastores dedicados á la trashumancia, que viven siempre en el monte. El aislamiento aquí es mucho más riguroso que en la villa. Nadie ha ido á fundarles una escuela ni á ponerles en condiciones de que los muchachos asistieran á ella, si llegara á crearse: Las Gorgollitas, Pegueras del Madroño, Roble Hondo—á más de 35 kilómetros de Santiago—, Los Villares, La Casa de las Tablas. En total, suman 44 aldeas, caseríos y cortijadas, donde habita la mayor parte—las dos terceras partes—de la población del término. Todos de escaso, pobre y primitivo vecindario, acostumbrado á vivir frente á una naturaleza salvaje, grandiosa y bella para el viajero que llega como catador de paisajes; pero ingrata para el que tiene que defenderse de ella sacando de la tierra el sustento. No son ni mejores ni peores, ni más ni menos inteligentes que el resto de la provincia, y, en general, que el resto de los españoles. Han tenido la mala suerte de



Santiago de la Espada y su valle, en la Sierra del Segura



La Peña de María Antonia, que domina al pueblo de Santiago de la Espada

nacer en un rincón muy hermoso, pero muy solitario. Esa es toda su culpa.

El panorama que ofreció en esta página de LA ESPERA dice mejor que una descripción lo que es el pueblo. Casitas bajas, al pie de la risca, en anfiteatro sobre el valle ó cañada por donde baja el Zumeta, orillado de álamos. La iglesita de Santiago, con su torre mocha y una imagen del apóstol, graciosa é infantil, con la misma técnica de las figuras de Nacimiento. Dos capillas medio abandonadas. Arriba, las casas pobres de los jornaleros; en la plaza Mayor, el Ayuntamiento y la Posada Vieja, y un triángulo, donde con buena voluntad pueden correrse toros los días de fiesta. Cerca de la fuente, la Casa del Hornillo, la primera, la más antigua

del lugar—que antes se llamó el Hornillo, porque lo hicieron unos pastores de la serranía de Cuenca—. Algunas casas solariegas, viejas y desamparadas en su mayoría, renovadas otras con poco gusto. Junto á la iglesita, la Rectoral con la cruz de Santiago. Y por todas sus calles, grandes ó chicas, ese característico sello serrano que da interés y encanto á los pueblos más pobres, y que en algunas horas del día—en los dos crepúsculos, sobre todo, cuando el blanco de la cal se dulcifica con tonos rosas y azulados—llega á producir emociones tranquilas, plácidas, de una belleza seria y fira.

Esas mujeres que no saben leer tienen, á su modo, una cultura. Cultivan, sobre todo, los sentimientos. Alguna de las artes antiguas—tejidos,

hilados, bordado á manc—las han conservado cuidadosamente. Ya no trabajan los batanes; pero todavía he visto funcionando el telar de Teresa, el de Venancio. Mantas de abrigo, cubrecamas, famosas colchas de colores sanos y brillantes, que no envejecen nunca. Todo eso sale, poco á poco, del telar de Teresa. Gentes buenas, espontáneas, afectivas. Al encontrarse después de una ausencia no se dan la mano: «¡Dame un abrazo!» No dicen nunca la tía Fulana, sino la hermana Petra. Conservan cariño á los suyos. Cuidan sus casas. Son limpias dentro de la mayor pobreza; y ordenadas, de modo que no falten los jamones colgados en la cocina, los peroles de cobre y los platos de Andújar.

LUIS BELLO

ESPAÑOLES DE HOY

El marqués de la Vega Inclán

ANTES de nombrarse á sí mismo el «vertiginoso obrero de la evocación artística é histórica de la vieja España», ya lo era cumplidamente.

Caso un poco raro aquí, donde cada uno ha de proceder al revés: diciendo antes lo que le importa sea creído luego.

No es frecuente la coincidencia entre lo que se es y lo que se imagina ser. Y cuanto más afirma el español una condición cualquiera como peculiar suya, más puede asegurarse no la posee. Hasta el refranero enjuicia este curioso afán de alardear de aquello que carecemos.

Cierto es también que disculpa la arrogancia y la soberbia individual, ese indudable desdén colectivo que los españoles sienten por el español aislado. Nada parece bastante cuando á ocultar ó negar labores y virtudes de nuestro propio país y de nuestros compatriotas se pone el español. Conjuras de silencio; zumbas y vayas de toda índole; indiferencia demasiado ostensible para ser sincera...

Y así, fatalmente, el español que no quiere pasar inadvertido, que ha realizado algo ó aspira á realizarlo, debe gritar y neutralizar con sus palabras ese ambiente



Vista parcial de Santiago de Compostela. Al fondo, las torres de la Catedral

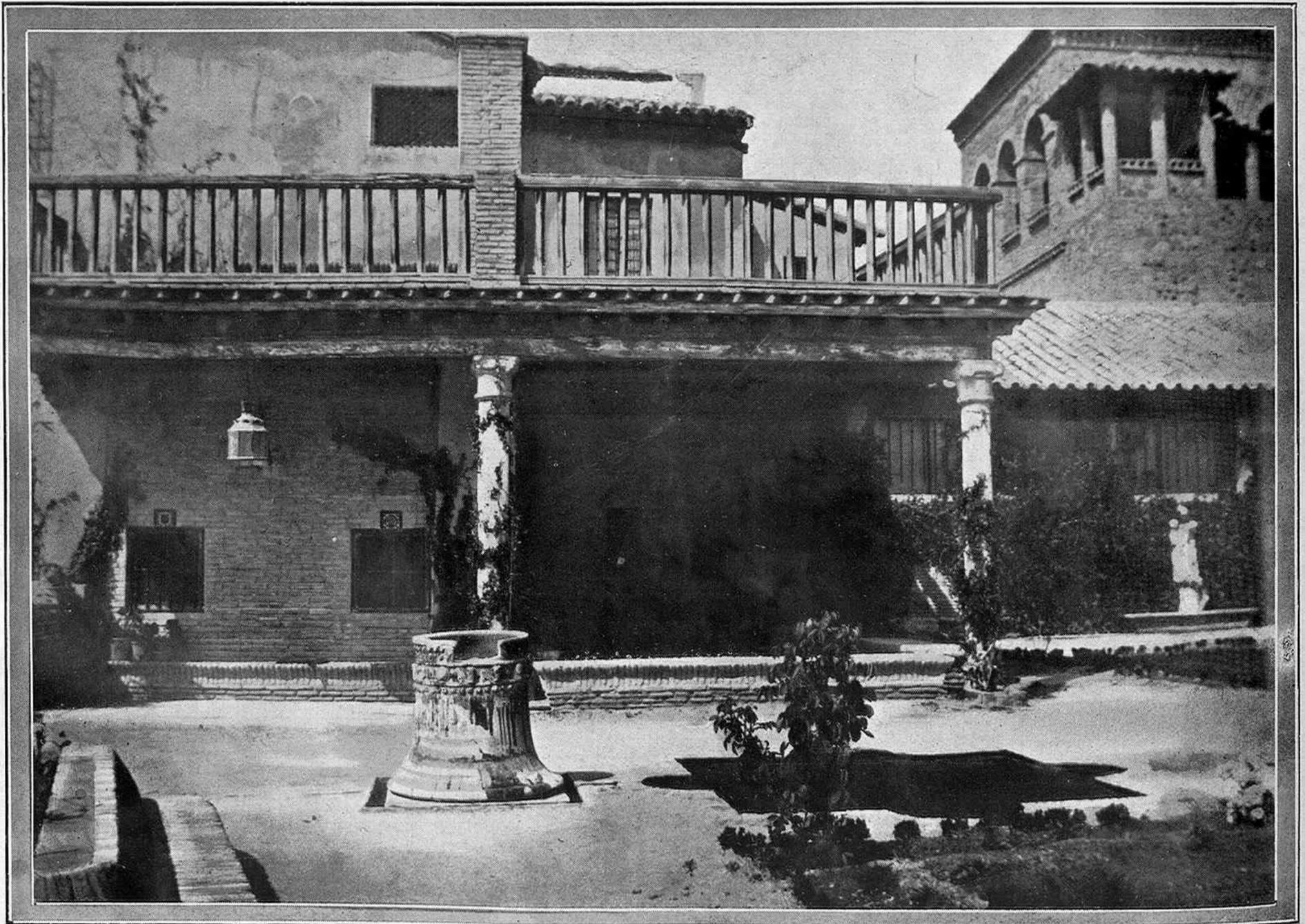
hostil y esa sordera contumaz de los demás. Y ha de reclamar, en virtud también del orgullo violento de la raza, rango de primacía, no puesto secundario y anónimo.

Por todo esto, la afirmación de Vega Inclán en la Academia de la Historia nombrándose á sí mismo «obrero vertiginoso de la evocación artísticohistórica», después de haberlo sido con tanta eficacia é impaciente de continuar siéndolo, sorprende y suma admiración á la admiración antigua.

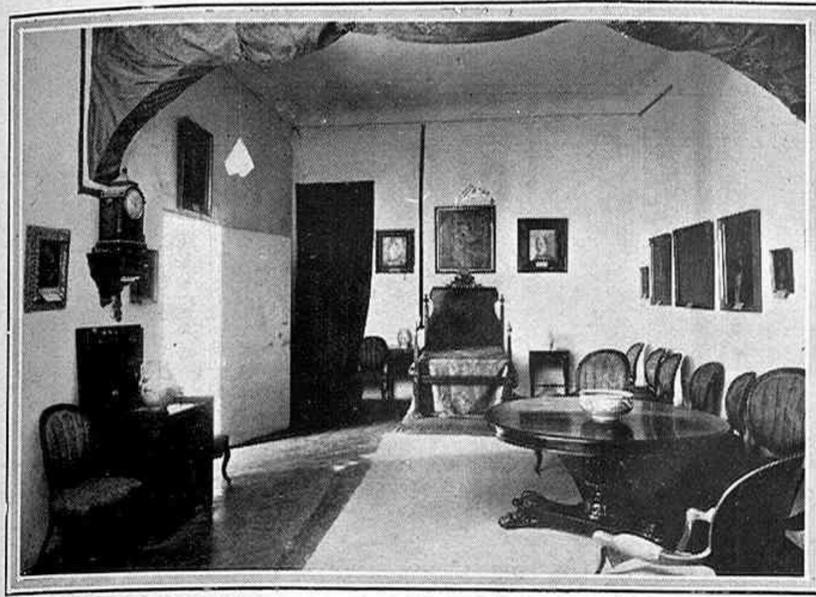
El marqués de la Vega Inclán da siempre la sensación del hombre que va á perder el tren ó que acaba de dejar el automóvil después de una larga jornada de varios centenares de kilómetros.

Habla de prisa, inquieto; con mayor inquietud escucha, mirando alrededor como si buscara el hueco por donde escabullirse á correr caminos y apuntalar edificios ruinosos.

A la simpatía contagiosa de los míopes de buen humor, une esa otra contagiosa sencillez que es una de las cualidades de la verdadera aristocracia española. Y, además, el don de gentes y la amenidad de conceptos, que sólo otorgan los viajes y el trato con las más opuestas personas.



Patio de la Casa del Greco



Sala de familia en el Museo Romántico

«Vertiginoso obrero», ciertamente, acostumbrado á no tener las manos ni el espíritu inactivos. Desde hace veinte, veinticinco años, este vertiginoso obrero se emplea en la hermosa tarea de evocar á España dentro de España y de esparcir ecos españoles por el mundo. Tan pronto se le halla discutiendo con arquitectos, que con impresores y fotograbadores, sentado á la mesa de campesinos humildes ó de magnates. A lomos de un rocín por senderos de montaña que no consienten ni siquiera el carricoche, ó consultando planos y guías en el confortable departamento de un Pullman.

Y del archivo rancio salta al cosmopolitismo mundano del caravan-serrallo continental. Arrebata al egoísta secreto de las mansiones viejas solitarias los cuadros que luego ordena para la exhibición pública y eficaz. Reconstruye épocas y costumbres pretéritas; sugiere momentos y lugares; divulga ó divulga aquellas otras bellezas que habían de atraer las miradas ajenas con admiración para los españoles de antaño y beneficio de los presentes...

Y todo ello con un ansia entusiasta y descuidada de su propia persona, con ese aspecto de sabio desaliñado, de burgués á quien se obliga á seguir un régimen activo para adelgazar y para curarse de sedentarismo.

Se acerca á las cosas, á los seres y á los libros apresuradamente entre dos consultas al reloj, porque todavía hay más seres y más cosas y más libros al otro lado de allá, al otro lado de acá.

En la compañía de rústicos ó de letrados es el mismo. Sus chascarrillos y anécdotas, sus citas eruditas brotan con igual ímpetu. Sus manos no parecen cuidarse del hombre en que se posan amicalmente. Descubre, sin embargo, en seguida el auxiliar utilizable, el esfuerzo físico, el entusiasmo económico ó la inteligencia que conviene atraer para su empresa, que es tan de todos y tan de él solo, según se mire.

Y sorprende más en este «obrero vertiginoso» de la evocación pretérita, que no cobre, sino paga; que abre su propia bolsa para dar al Estado edificios sugeridores de grandes figuras y nobles obras de ayer, en vez de solicitar recompensa por un trabajo abnegado y reiterado como el suyo.

Suyas y bien suyas, por ejemplo, las fundaciones museales de la Casa del Greco, en Toledo; la Institución Cervantina, en Va-

ladolid; el Museo Romántico, en Madrid, y la Residencia de América, en Sevilla.

Creación suya, Bibliotecas de autores clásicos y consolidaciones arqueológicas, las Publicaciones de la Comisaría Regia y Cultura Artística...

Pero apenas ha terminado de instalar un museo, constituido una biblioteca ó atendido á la restauración de un edificio sagrado por el tiempo y por el arte, este hombre, amante del pasado, se cambia en el espíritu esencialmente practicista y activo de su época. Trepa por riscos y escala cumbres; abre caminos nuevos para que no sea sólo la belleza muerta de las piedras

augustas y la melancolía de las ruinas lo que atraiga á los foráneos y deleite á los indígenas, sino el prodigio y majestad de las piedras vivas y la naturaleza agreste bajo el aire libre y el cielo puro de España.

Piensa en itinerarios y comprueba hospedajes. Y cuando recorre países como Italia, donde las corrientes turísticas se han canalizado de tan pingüe manera, siente el melancólico y transitorio desaliento del cotejo con lo hecho hasta ahora por los demás en nuestro país.

Pero torna de nuevo á lanzar sus folletos de propaganda, á prestar ecos y claridad á lo que



EL MARQUES DE LA VEGA INCLAN

está callado y obscuro; transmite al ministro, al banquero, al artista, al escritor, al fondista al contratista de conducciones, al cura de aldea y al labriego de tierra adentro, al rabadán solitario y al navegante nacido en el pueblecillo pintoresco; á todas estas gentes de la más opuesta condición transmite su fervor ilusionado y les incita á ser colaboradores suyos en la magna obra de reconstituir nuestra fisonomía pretérita y de ennoblecir la actual para mayor gloria y prosperidad nacionales.

Claro es que para esto hace falta tener su temperamento, enfebrecido por un ideal único, y su actividad, siempre tensa como el arco de un sagitario, que no se cansa de lanzar sus saetas, cada vez más lejos y más altas...

No puede perder tiempo en discutir, ni en convencer á diez, á veinte, cuando es preciso hacerlo á centenares, á millares de indolentes y de escépticos.

Por eso el otro día, cuando entró en la Academia de la Historia, no hizo un discurso, no preparó ni leyó con voz campanuda una larga disertación.

Se limitó á entregar, como si fuese uno de esos pulcros y bellos cuadernos de la serie *El Arte en España*, ó como el Itinerario y presupuesto de una agencia de viajes, la nueva edición del libro V del *Códice Calixtino*, ó *Guía del viaje á Santiago de Compostela*, y á enorgullecerse de tener como ideal antecesor, en el cargo de comisario del turismo, á aquel portentoso arzobispo D. Diego Gelmírez, poniendo en la evocación un gracejo peculiar.

Nada más y nada menos. Luego acercó á sus gafas de gruesos cristales el reloj; soltó un taco y salió escapado á quitarse el frac y las bandas y las cruces para ponerse la ropa de viaje. Porque «el tren no espera».



Portada de la Casa del Greco en Toledo

José FRANCES



P A R I S

La trágica noche del «América», en lucha contra la hostilidad de los elementos y la indiferencia de los hombres

PARA Lindbergh, primer vencedor del Atlántico sobre la línea Estados-Unidos-Europa, fueron todas las emociones y todos los entusiasmos: la fiebre de París en la angustiada espera; la carrera loca de doscientas mil personas hacia el aeropuerto del Bourget; el inmenso clamor de bienvenida al tomar tierra el *gosse du ciel*, y aquel intento de destrucción del *Spirit-of-Saint-Louis*, apuñalado por la multitud, que á todo trance quería hacerlo pedazos para llevarse los jirones de sus alas como recuerdo; vehemencia humana en todos sus aspectos...

Pocos días más tarde, Chamberlin y Levine repitieron la hazaña, mejorándola, llegando más lejos... Pero esta segunda victoria no interesó á París... En vano los periódicos trataron de explotar el acontecimiento; el público no respondió y las ediciones extraordinarias no se vendieron... Y en las conversaciones, el magnífico vuelo del *Miss Columbia* apenas ocupó más lugar que la última pirueta de Mistinguett...

Alguien creyó ver en semejante indiferencia una manifestación de *chauvinisme*: de ese nacionalismo obstinado en inútiles rencores, y para el cual una expedición terminada en Alemania sólo aplausos alemanes puede merecer... Mas no era esta preocupación la verdadera causa... Byrd y sus compañeros de aventura á bordo del *América* eligieron, como Lindbergh, la meta de París... Y sabiendo que llegaban; sabiendo que habían triunfado del Atlántico y de sus tormentas; sabiendo que volaban ya sobre la tierra de Francia y que, perdidos en las brumas y en el huracán, buscaban desesperadamente el puerto del Bourget...; sabiendo todo esto, París alzó los hombros y se acostó tranquilamente...

¿Cansancio de una población que vive, demasiado de prisa, emociones demasiado violentas?... ¿Despecho causado por la insistencia con que la aviación de los Estados Unidos afirma, con la prueba de los hechos, una eficacia junto á la cual la desgracia sistemática de los intentos franceses contrasta dolorosamente?... ¿Inconsciencia de lo que un esfuerzo como el realizado por los pilotos americanos y los capitalistas que los han

secundado supone para el progreso humano, en general; y de otra parte, considerando los vuelos trasatlánticos desde su aspecto deportivo, desvío del espectáculo ya visto?...

De todo hubo, sin duda alguna, en la acogida glacial que Chamberlin y Levine hallaron en París y en la indiferencia de la gran ciudad ante la *noche triste del América*.

Así es el público... Así es, en todas partes, la multitud; y así rúe, en todos los tiempos... Pero el drama que Byrd, Noville, Bert Acosta y Balchem acaban de vivir, en agonía, y al que han sobrevivido milagrosamente, nos muestra algo más lamentable que el desafecto de la muchedumbre: la incuria de la Aeronáutica.

Dice á este propósito *Paris-Midi*:

«Hemos experimentado una verdadera estupefacción al saber que el *América* voló toda la noche, en torno á las cercanías de París, sin que nadie respondiera á los mensajes que lanzaba pidiendo que se le indicara un punto donde poder tomar tierra. Este hecho dice poco en favor de nuestra aviación, que después de haber sido la primera del mundo, pierde, poco á poco, su prestigio. Debemos, por lo tanto, plantear la cuestión:

¿Quiénes merecieron censuras, por su actitud, en esta noche trágica?

Y conste que si hacemos tal pregunta es porque la tragedia acabó, á pesar de todo, felizmente...»

Otro periódico, el *Paris-Matinal*, hace constar que, á pesar de la bruma densísima y la borrasca violenta—circunstancias que hacían temer una catástrofe y exigían el máximo de precauciones posibles—, las estaciones radiotelegráficas de la Torre Eiffel y de Sainte-Assise no recibieron orden ninguna respecto al *América*, y no se ocuparon de las llamadas de Byrd. Por otro lado, los campos de aviación de Chartres y de Etampes, sobre los cuales pasó indudablemente el *América* buscando un refugio, permanecieron toda la noche con los faros apagados... Y solamente á la una y media de la madrugada, poco antes de que el *América* volviera hacia el mar después de explorar en vano las tinieblas de la tierra, se dieron, desde el campo del Bourget las órdenes necesarias para que estuvieran alertas los aeródromos de Etampes y de Chartres.

En el mismo campo del Bourget, los reflectores que iluminan las pistas de aterrizaje no se encendieron, y el faro del Mont-Valérien sólo funcionó dejando, entre sus proyecciones de luz, largos intervalos.

Al alertar la dirección del Bourget al campo de Chartres por teléfono, se trabó el diálogo siguiente:

—¡Alló!... Chartres... Enciendan los faros y tiren cohetes... El comandante Byrd,

desorientado por la bruma, busca la ruta..

—¿El comandante Byrd?... No le conocemos...

—¡Cómo; si es el que acaba de cruzar el Atlántico!

—¡Ah, sí!... ¿Nungesser?

—¡No, señor!... ¡Byrd!... Cumplan la orden... Enciendan los faros y disparen cohetes...

—Espere... Voy á tomar nota...

—No pierda tiempo, y transmita la orden al oficial...

—No sé si habrá alguno...

Y otra conversación por el estilo tuvo lugar con Chartres...

A bordo del *América* en tanto, con la brújula inutilizada, navegando por entre una masa de nubes que ocultaban el cielo y la tierra, Byrd y sus compañeros pedían incesantemente auxilio, por radio, sin obtener respuesta... Al cabo, agotada la provisión de esencia y ante el peligro de un aterrizaje sobre lugar desconocido, con muchas probabilidades de morir y de causar, además, la muerte de otras personas, los aviadores americanos buscaron de nuevo el mar, percibieron, al cabo, la luz de un faro, y se dejaron caer sobre el agua, á poca distancia de la playa de Ver, en la costa francesa de la Mancha...

En el relato de Byrd, nada tan emocionante como la breve frase en que dice: «Vencido el Atlántico, creíamos tener segura la vida; y, sin embargo, jamás, ni aún durante mi vuelo sobre el Polo Norte, me vi tan abandonado por la suerte y tan cercano á mi último instante como en las horas eternas de ese vuelo, á ciegas, sobre la tierra de Francia...»

En un pueblo tan hospitalario y tan generoso como éste, la incuria mostrada por la Aeronáutica no puede ser efecto de mala voluntad... Es únicamente síntoma de inercia, de atonía, de ese mismo mal que ha producido fracasos y desgracias, anulando el mérito personal y haciendo inútil el heroísmo de los aviadores: de ese mal que en vísperas de inaugurarse el servicio postal transoceánico—logrado de la República Argentina, del Brasil y del Uruguay por la aviación francesa—necesita de remedio urgente, si se ha de cumplir lo pactado...

ANTONIO G. DE LINARES



El comandante Byrd, nuevo héroe de la travesía atlántica y el primer hombre que voló sobre el Polo Norte



El comandante Byrd (en primer término) y sus compañeros, depositando una corona sobre la tumba del Soldado Desconocido, al llegar á París

(Fots. Blasco y G. L.)

Arte portugués
Una
Exposición
de
orfebrería



Diversos objetos de plata repujada y cincelada que los orfebres portugueses hermanos Sousa han expuesto recientemente en el Círculo de Bellas Artes



y de mesa, ánforas, jarrones, arquetas, bibelotes...
En un período de verdadero renacimiento de las artes decorativas españolas, cuando podemos enorgullecernos de gran número de repujadores y cinceladores de verdadero mérito, no era fácil destacarse como lo han hecho los notables artistas portugueses, á quienes el Embajador de Portugal ha presentado con todos los honores.



FRECUENTEMENTE da testimonios el Embajador de Portugal en España, Sr. Melho Barreto, de su inteligente amor á la cultura de su patria y de cómo procura difundirla entre nosotros para ese cabal conocimiento, cada día más oportuno, entre las dos naciones.

En el local de la Embajada celebra Exposiciones, organiza fiestas en honor de artistas y escritores, presta su apoyo á los actos similares de otras entidades, donde Portugal se manifiesta á través de sus valores estéticos é intelectuales. Labor meritísima ésta que se ha puesto de relieve ahora últimamente con motivo de la exhibición de orfebrería de los hermanos Sousa en el Salón del Círculo de Bellas Artes.

Tanto el día de la inauguración como durante el tiempo en que estuvo abierta la Exposición, cuidó el Sr. Melho Barreto de darle al hecho la debida resonancia y el más alto prestigio.

La Familia real, el Gobierno, las figuras relevantes de la aristocracia, numerosos artistas, etc., han prodigado sus elogios al trabajo de los señores Sousa, bien calificados en su profesión.

Se sabe cómo la orfebrería es una de las más nobles y magníficas tradiciones artísticas de Portugal. El repujado y cincelado de metales tiene desde hace siglos enorme importancia, y por lo que se refiere á nuestra nación, compartió con la orfebrería italiana la influencia indudable sobre la española.

En Museos y talleres, las bandejas, las rodelas portuguesas se conservan ejemplarmente, y es á ellas á las que se alude con toda justicia cuando se trata de alcorniar este género de obras en la producción moderna.

Muy dentro de esa tradición admirable están muchos de los objetos expuestos por los Sres. Sousa en el Círculo de Bellas Artes, con su sentido pomposo, barroquizante, donde la elegancia de los motivos aparece realizada por la maestría factual. Al lado de estas obras exhibían también los Sres. Sousa otros objetos de ornato suntuario ó de práctica aplicación: servicios de tocador

SIR JAMES MATEO BARRIE

EL HOMBRE QUE CREÓ A «PETER PAN»

SIR JAMES MATEO BARRIE
Ilustre escritor inglés

MEDIANEJO, desmedrado, con ojos gordos, saltones y patéticos como una foca, usando un bigote espeso y caído, un bigote de esos al cual asocia uno inmediatamente la idea de la esperanza abandonada; una gran frente que se ensancha por los lados y trepa y se prolonga hacia arriba como una cúpula; una faz enjuta, en la que las arrugas están más profundamente grabadas que las mismas facciones...

He aquí los rasgos esenciales del creador de *Peter Pan*.

Físicamente, nada denota en él la aguda superioridad de su espíritu. Parece un sonámbulo. Vedlo en este momento que acaba de salir de su casa. Va vestido con un traje gris oscuro, de medio uso ya, cortado sin arte, sin esmero, sin gracia... Los bolsillos de la chaqueta abultados, desfondados, llenos de cosas, recuerdan

los bolsillos de Ganivet como alforjas, en cuyo fondo había, entre muchos secretos ya perdidos para la posteridad literaria, castañas pilongas, pipas de barro, algún raro códice y una gramática hebrea...

De igual manera, Sir James Mateo Barrie delata en su porte el abandono de toda vanidad mundana y la ausencia de sí mismo. Parece de aquellos monjes de la Tebaida, en perpetuo coloquio con su alma, para los cuales no existían los ruidos del mundo. Es un místico, un asceta. Es un asceta en cuyo cerebro las ideas están entregadas al perpetuo juego del salto de la rana.

Y, sobre todo, es un taciturno. El hombre que ha hecho reír á tantos millones de seres, el que ha sabido tocar todos los registros de la alegría, desde la rápida inocente risa del niño hasta la maliciosa carcajada senil del viejo; el que ha traído á *Peter Pan* del país del Ensueño para que lleve allí á los niños á matar gigantes, bandidos y dragones con sus sables de hojalata; el que ha hecho á las niñas amigas de las hadas y les ha enseñado sus nombres legendarios; el que sabe mejor que nadie el valor de la ilusión y la alegría, no se ha reído nunca. Viendo su melancolía incurable se acuerda uno en seguida de la vieja historia del payaso Grimaldi y el médico: «Para usted la mejor medicina es una buena risa; procure distraerse; vaya á ver á Grimaldi.» «¡Ay, doctor, Grimaldi soy yo!»

Los niños son los que mejor han entendido en todo el mundo á sir James Barrie. Y se ríen mucho. Y se divierten. Y en cuanto llega *Peter Pan* se tiran de la cama, agarran su sable de lata, su pistola de plomo, se colocan su gorro de papel y emprenden valerosos y animados el camino del país de Nunca-Jamás, mientras las niñas, sus hermanitas, vuelan detrás con el hada Campanilla, protegidas por estos intrépidos conquistadores de la Ilusión...

Magnífica cosa sería ser Sir James Mateo Barrie. Sobre todo, sería delicioso soñar tales sueños, poder aprisionarlos en páginas impresas... Y tal vez lo mejor sería poseer la facultad de hacer excursiones al país maravilloso de las sombras y venir contando lo que hay allá que es justamente lo que hace el autor, padre y amigo de *Peter Pan*.

Como muchos de los escritores contemporáneos ingleses, Barrie es un humorista. Un humorista taciturno, breve, conciso, silencioso. Un día, en un banquete que se celebraba no sé con qué motivo, Barrie cae en la mesa al lado de una gran celebridad británica. Quiere cumplir, ser cortés, y pregunta: «¿Le gusta á usted hablar?» «Muy poco»—responde el otro. «A mí tampoco»—replica Barrie. Y el resto de la comida se deslizó en silencio. Otro día está en los ensayos de su comedia *Lo que toda mujer sabe*; uno de los actores acaba de decir la frase: «Y en medio de la vida nos acecha la muerte», cuando parte del escenario se hunde y allá va Barrie al fondo del foso, de donde luego es sacado, contuso y lleno de telarañas. Cuando vuelve á verse de pie sobre la escena, sólo pronuncia una frase: «Evidentemente.»

En esta suerte de humorística brevedad es un maestro. Decía un amigo suyo que no recordaba haberle oído entablar jamás una conversación. Naturalmente, la temperatura social que le rodeaba no podía menos de ser fría. Un día, sin embargo, se cuenta que nuestro hombre rompió el hielo. La escena fué una de las más solemnes que hayan ocurrido en los clubs de Londres. Barrie se sentó con otro compañero de club, taciturno también como él y misántropo, y le dirigió unas amistosas palabras mientras tomaban el té. Al oír las, los ojos del pobre hombre se llenaron de lágrimas. «Soy socio de este club hace treinta y siete años—dijo—y las de usted son las primeras palabras amables que me han sido dirigidas dentro de estas paredes.»

•••••

Barrie era un pobre periodista de provincias, y ganaba quince duros semanales en un diario de Nottingham, donde consiguió ocupar el puesto de redactor único. El hacía el fondo, la información telegráfica, los deportes, las finanzas, las modas, todo. Esta clase de omnisciencia es perfectamente conocida de nuestros periodistas provincianos. Ellos han de estar en todas partes, han de saberlo todo y han de hacerlo todo; desde el artículo de política, doctrinal y campanudo, con grandes frases, con grandes lamentaciones, con grandes profecías, hasta la sección de pasatiempos, sin olvidar la crítica literaria.

Barrie ha trazado una silueta suya de aquel tiempo; un mozo tímido, zafio, desmañado, poco jovial, muy dado á los libros y poco á las compañías, al cual se podía ver á menudo deambulando á la luz de la luna en las inmediaciones del Castillo, con sus pensamientos «trescientas millas rumbo norte», pero también con la determinación de no desperdiciar una oportunidad que lo llevara un día hacia el sur.

En efecto, Barrie pensaba en Londres. Era su obsesión, la idea pertinaz de su espíritu. «Conquistar Londres ó morir», se dijo. Y leía los anuncios de los periódicos de la gran metrópoli esperando encontrar algo para él. Un día halló que un periódico financiero tenía vacante un puesto de redactor para escribir acerca de los movimientos del oro y de las oscilaciones del dólar. El destino, sin embargo, había decidido que sus relaciones con el dinero no fueran teóricas, y la plaza de redactor financiero la obtuvo otro señor. Por entonces, la *St. James's Gazette* le había aceptado unos artículos, y Barrie escribió al editor confiándole su deseo de entrar en el periodismo de la capital, y añadiendo que con una libra que le dieran á la semana (staría satisfecho. «Aconséjeme usted—terminaba Barrie—. Haré lo que usted me diga.» Greenwood, pues él era el director del periódico, le respondió: «Por el amor de Dios, no venga usted.»

Pero la flecha disparada no pertenece al arquero. Barrie estaba dispuesto á marchar, y la respuesta de Greenwood no le descorazonó. Se despidió de los empleados del periódico de Nottingham diciendo que prefería la rápida inanición en Londres á la lenta inanición en provincias. La inanición para el periodista no era entonces una palabra vana ni en Londres ni en

Madrid. Los viajeros del Parnaso que tomaban como vehículo el periodismo morían de hambre en el trayecto si no tenían más medio de obtener alimentos que el que le dieran las letras. En Madrid, el periodismo había salido ya de los tiempos de Lorenzana. El cetro había pasado á manos de los Figueroa; de Troyano, de Burell... Pero el periodismo por sí solo, lejos de ser una manera de vivir, era una manera decorosa de morir. Por entonces se hundía el último imperio colonial de España y surgían las dos docenas de rebeldes á los cuales se ha llamado «generación del 98» atacando en masa las redacciones de los periódicos donde no conseguían colocar un artículo.

Algo así, dada la relatividad de las cosas, ocurría en la capital de Inglaterra, y de entonces data la *hégira* de Barrie. Si James Barrie fuera español lo hubiéramos incluido en la generación del 98.

Después de publicar una humorada titulada *La mejor muerte y Viejos idilios*, que fueron bien acogidos por el público y la crítica, publicó su novela *A Window in Thrums*, y el clamor que levantó en todas partes decía bien claro que el éxito real y definitivo había llegado.

A partir de este momento, Barrie compartió la popularidad de Inglaterra con Kipling. El esplendoroso surgimiento de su nombre coincidió con el apogeo de la fama del gran escritor de las cosas orientales. Ambos se repartieron el público inglés, y mientras el uno surtía la literatura de exotismo, el otro cultivaba la musa doméstica y familiar y las bellas tradiciones de la *old merry England*.

Peter Pan fué un sueño de niño de Barrie que éste presentó, suplicante, á Charles Frohman, junto con otra cosa titulada *Alicia se sienta al lado del fuego*. No pensó que le pagarían nada por ello, pero quería publicarlo. Frohman era un hombre de negocios, pero era también un poeta. Un poeta en la extraña guisa de un traficante. Leyó *Alice* y quedó frío, pero leyó *Peter* y su entusiasmo fué extraordinario. En las fantásticas aventuras de *Peter Pan* halló Frohman algo que era ya viejo cuando Scheherezada empezó á contar «Las Mil y una Noches», y que será nuevo todavía cuando Paco Camba haya escrito la historia de los benimerines, el pueblo magnífico que prefirió la muerte al trabajo.

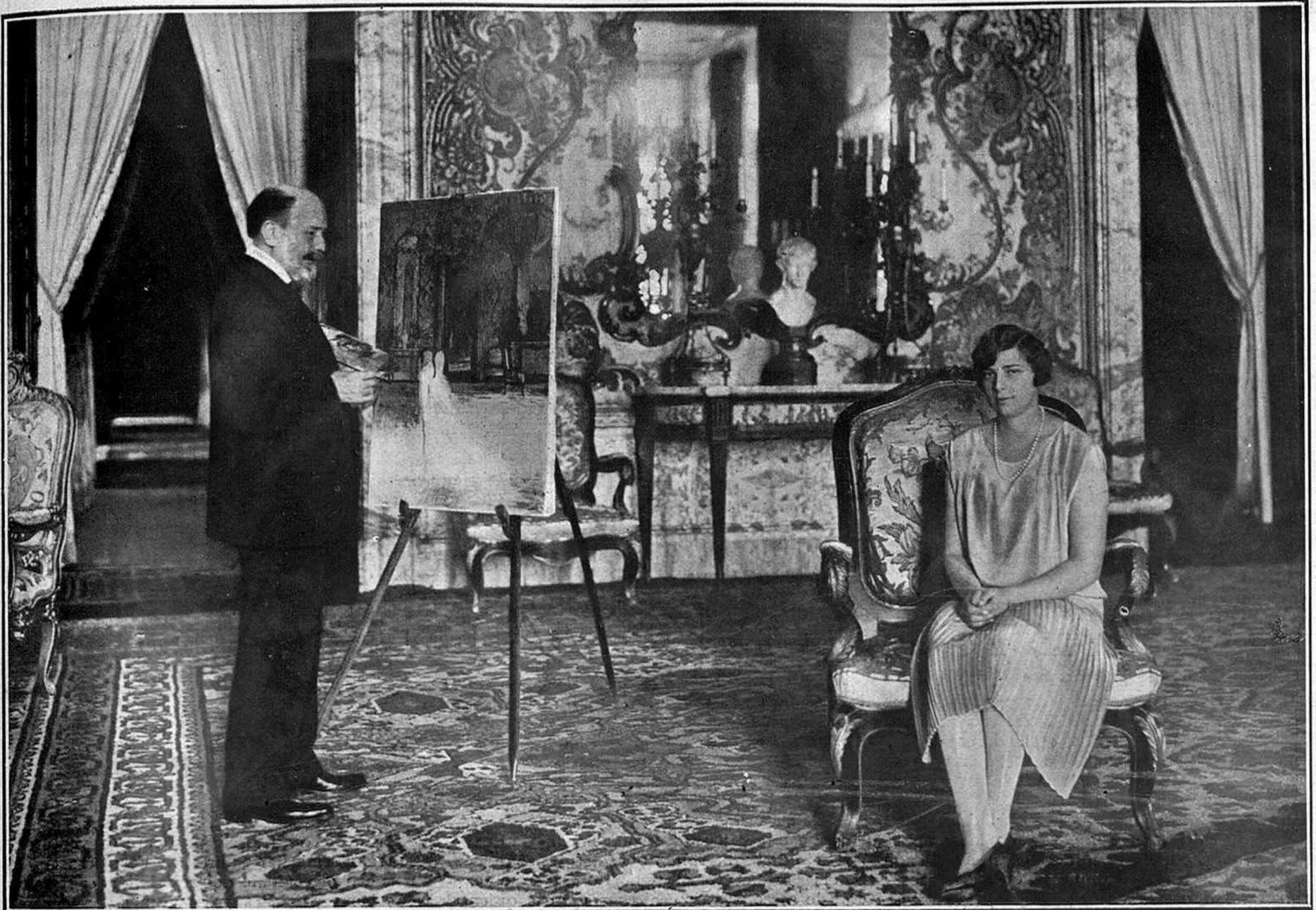
Frohman sintió la magia del *Abrete Sésamo*; la magia que relaciona la mayor parte de las cosas de la vida con la maravilla y el misterio. Esta es la magia de Barrie, su hechicería. Con ella compuso *Peter Pan*. El mérito de la obra no está en la concepción, ni en la composición, sino en el espíritu; hay que creer en *Peter Pan* porque el autor cree. Barrie ha tenido el misterioso, el extraño poder de ir al país de Nunca-Jamás, donde hay una ciudad no construída por manos de hombre. Sólo habiendo vivido en ese fantástico país podía describirle Barrie como lo ha descrito.

Pero, ¡ay!, quizás no puede volver, y de ahí procede su melancolía. Tal vez por eso su literatura deja percibir siempre, bajo la superficie brillante de la manera, el gusto amargo de la sustancia. Es un brebaje compuesto de humor y de ternura, grato al paladar, vivificante, estimulador para el entendimiento, y, sobre todo, que hace soñar. Los que en España hayan tenido la suerte de ver *El Admirable Crichton* y *Little Mary* que se estrenaron en Eslava hace tres temporadas por la Compañía de la Bárcena, saben que la literatura de Barrie es un néctar delicioso para finos paladares. Y pocos años después de estrenarse *El Admirable Crichton*, que es una acerba crítica social y una burla de la aristocracia, ennobleció el rey de Inglaterra á Barrie con el título de *baronet*.

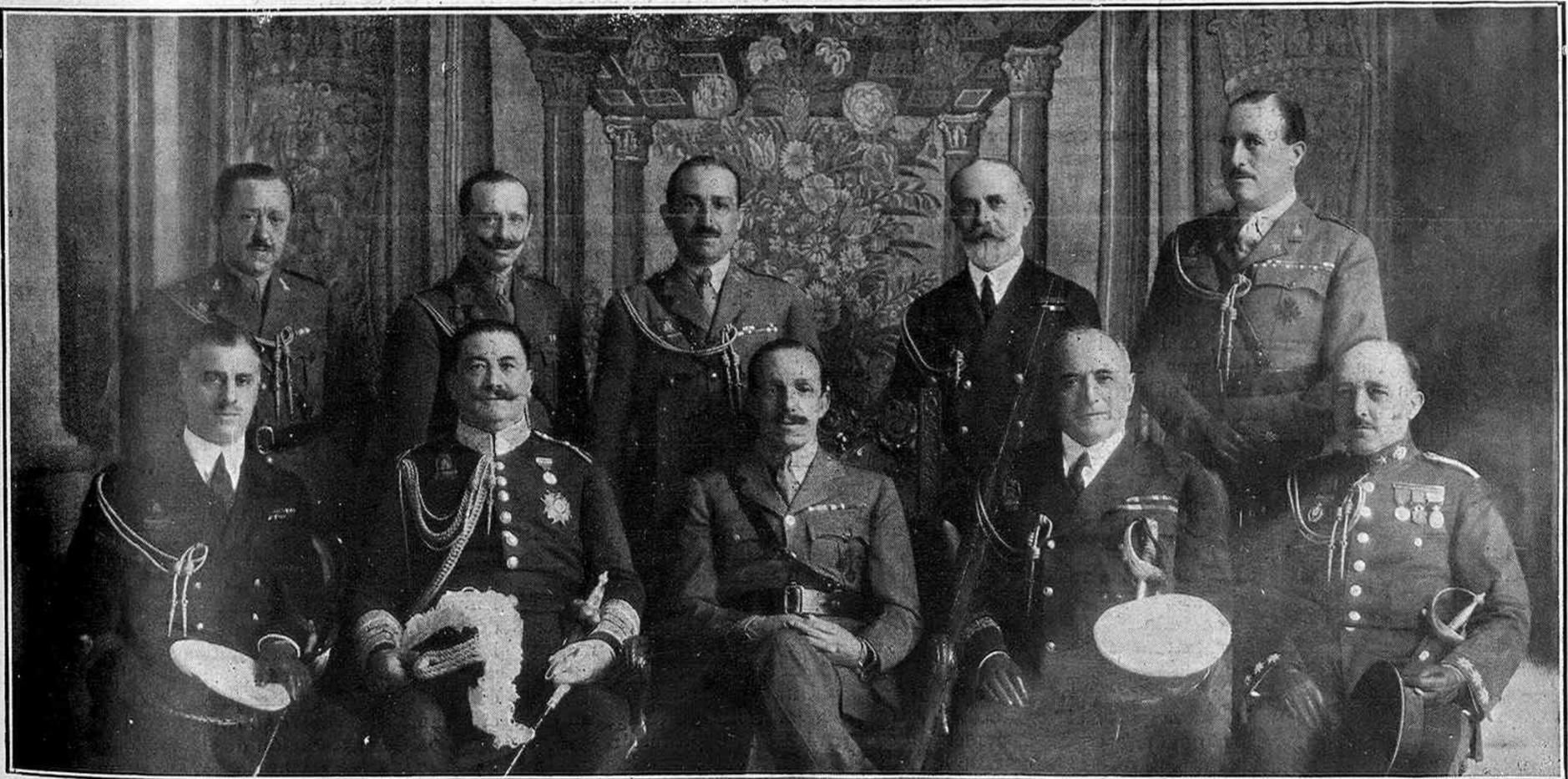
Fama, riqueza, honores... Nada de lo que puede ser grato al escritor falta á sir James Barrie. Sigue extendiendo por el mundo la risa sana é inteligente que fluye de su espíritu como rico manantial; pero él no se ríe nunca. Lo ha logrado todo, y tiene menos que cuando era un oscuro y pobre periodista provinciano. Oigámosle: «Todo el mal está en esto: usted puede fastidiarse si no logra lo que desea; usted está seguro del fastidio si lo logra.»

JOSÉ RODRIGUEZ DE LA PEÑA

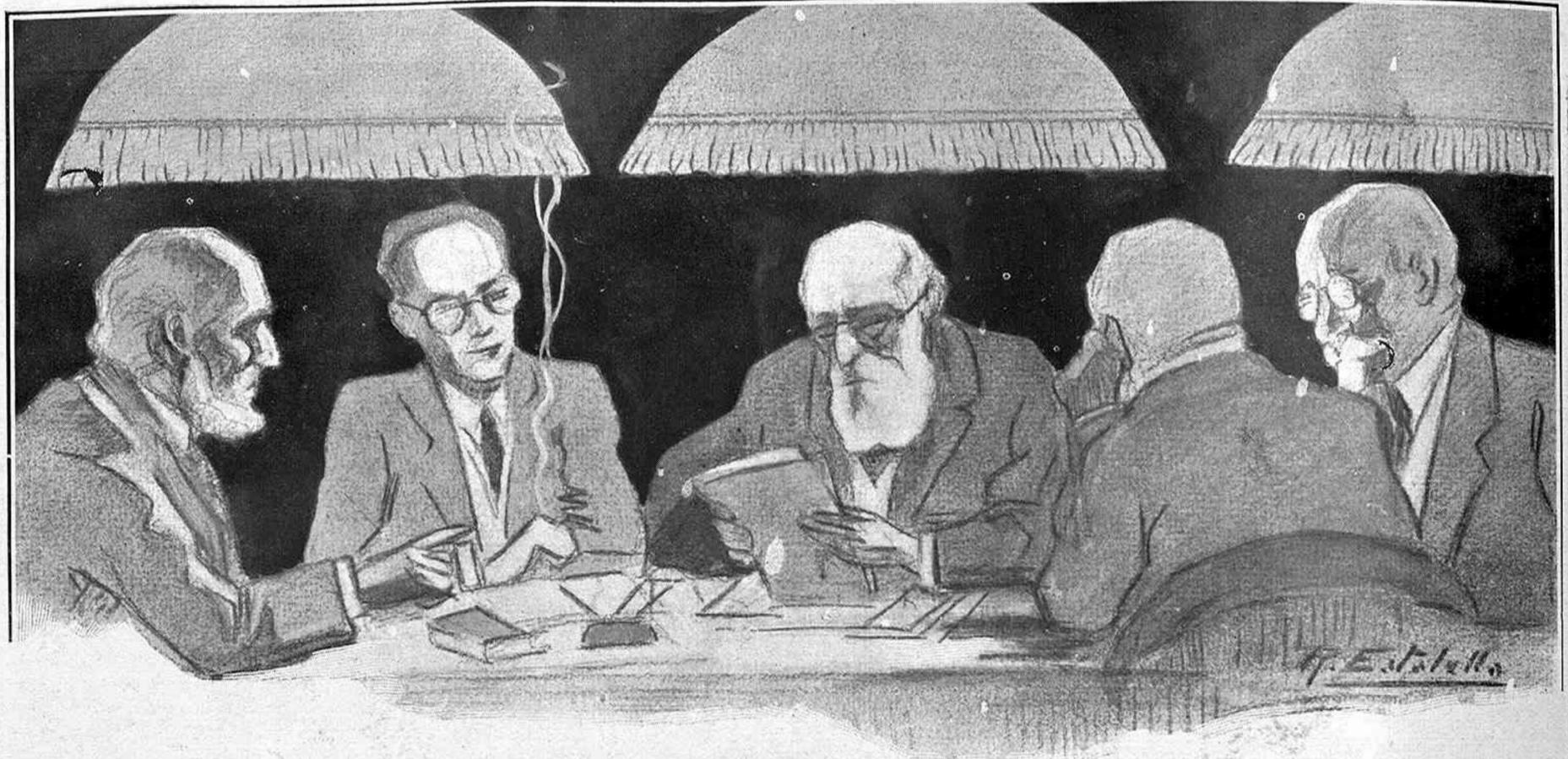
DOS FOTOGRAFIAS INTERESANTES



S. A. la Infanta D.^a Beatriz posando ante el ilustre pintor D. Juan Antonio Benlliure, para el retrato que le ha sido encargado con destino al nuevo buque de la Trasmediterránea que llevará el nombre de la augusta hija de los Soberanos de España (Fot. Cortés)



S. M. el Rey Don Alfonso XIII, con D. Alvaro Espinosa de los Monteros, general Berenguer, contraalmirante D. Rafael Morales, Sr. García Benítez, don Rafael Serra, D. Arturo Cebrián, D. Roberto Gómez Salazar, D. José Jáudenes y marqués de Someruelos, que forman actualmente su Cuarto militar (Fot. Käu'ak)



CUENTO DE LADRONES

EL criado de librea volteó el conmutador, y al mismo tiempo que la luz rescataba á las tinieblas los dorados esplendores de la Sala de Consejos, se apartó, para dejar paso á los cinco personajes, doblado en una reverencia casi medrosa.

Hacia mucho tiempo que no los había visto juntos. La última vez fué cuando la famosa quiebra del Crédito Agrícola y Naval, que llenó de falsedades tantas columnas de periódicos, lavó con arroyuelos de oro mares de fango y llevó la miseria y la blasfemia á hogares habituados de antiguo á una pobreza resignada. Su mismo padre hubo de vender, por la centésima parte del costo, sus dos acciones únicas, lo cual equivalía á haber ahorrado durante seis años inútilmente. Pero de esta desgracia, á modo de compensación, le vino el trato con financieros y el poder colocar á su hijo en un puesto merced al cual, sólo por estar nueve ó diez horas diarias llevando papeles ó haciendo reverencias, disfrutaba de una librea azul y de treinta monedas de plata el día último de cada mes. De aquí que contemplarlos otra vez juntos fuese para él como la presencia de algo amenazador y cósmico, cerco de sangre en la luna ó fumarolas sobre pacíficas montañas.

Menos el extranjero lampiño, á quien no conocía, y su director, con quien envejecía paralelamente, á todos los halló casi caducos. Y en el instante en que pasaron pensó, casi con lástima, en que ya las manos temblonas tendrían hartos trabajos en pastorear á esos díscolos gigantes llamados millones, cuyo paso atrae y absorbe las economías tímidas ó audaces del pueblo.

El anciano de la cara de caballo de ajedrez, enfermo del hígado, le dijo:

—Apague la araña grande; es mejor. Basta con la lámpara de mesa.

Y justificó volviéndose hacia los demás:

—Así no se ve desde la calle. Las fachadas de los Bancos siempre atraen mirones.

—Sin duda, sí. Usted piensa en todo.

El director del Banco creyó oportuno excusarse, y explicó:

—Si los he citado aquí es por cuestión de tiempo. Ya saben cómo estoy. Por si fuera poco, el encargado de Bolsa se me enfermó ayer, y con la incertidumbre de estos días sería peligroso el menor error. Y como nuestro asunto urge...

—Sin duda, claro...

Quien á cada paso afirmaba así su certidum-

bre, tenía, en su mirar intranquilo de antílope, algo asustado, suspicaz, incompatible con su afirmación favorita. Señalando los hondos sillones de abullonada piel, propuso:

—¿Nos sentamos?

—Sí.

—Usted en la presidencia; no faltaba más.

Hubo una discusión protocolaria, y al cabo, un viejo de barba rala y obesidad jadeante ocupó el lugar dictatorial, teniendo al lado, en calidad de asesor técnico, al extranjero á quien el criado no conocía. Ya sentados, la luz á la altura de los rostros, descubrió mejor miradas y facciones. Fuera del extranjero de nariz en forma de pico rapaz, pupilas apasionadas y labio sinuoso—belga de patria é israelita de sobrepatria—, los demás, por sus años y por el escaso rescoldo de ímpetu vital, perceptible en sus gestos, no parecían poseer esa capacidad de posibilidades sensoriales que legitima á los hombres de presa. Todo era ya pretérito en ellos. Venas de relieve, caras ilácidas, párpados ganosos de cerrarse en sueño largo sobre pupilas mate, arrugas, calvas, canas... Lo menos cuatro siglos de acciones pequeñas, de experiencia mezquina y de fatigas sumaban aquellos cinco viejos. Y acaso el extranjero joven, al consultar sus papeles llenos de cifras, pensase en la injusticia de que el metal mágico á cuyo toque los eriales se vuelven jardines, las intransigencias se ablandan, lo absoluto se vetea de relatividades irónicas y la carne joven se aviene á no dar todas sus fragancias á otra carne por igual deseable, estuviera en manos de quienes, vueltos de espaldas á la vida, sólo podían esperar ya un entierro suntuario y un poco de publicidad funeral.

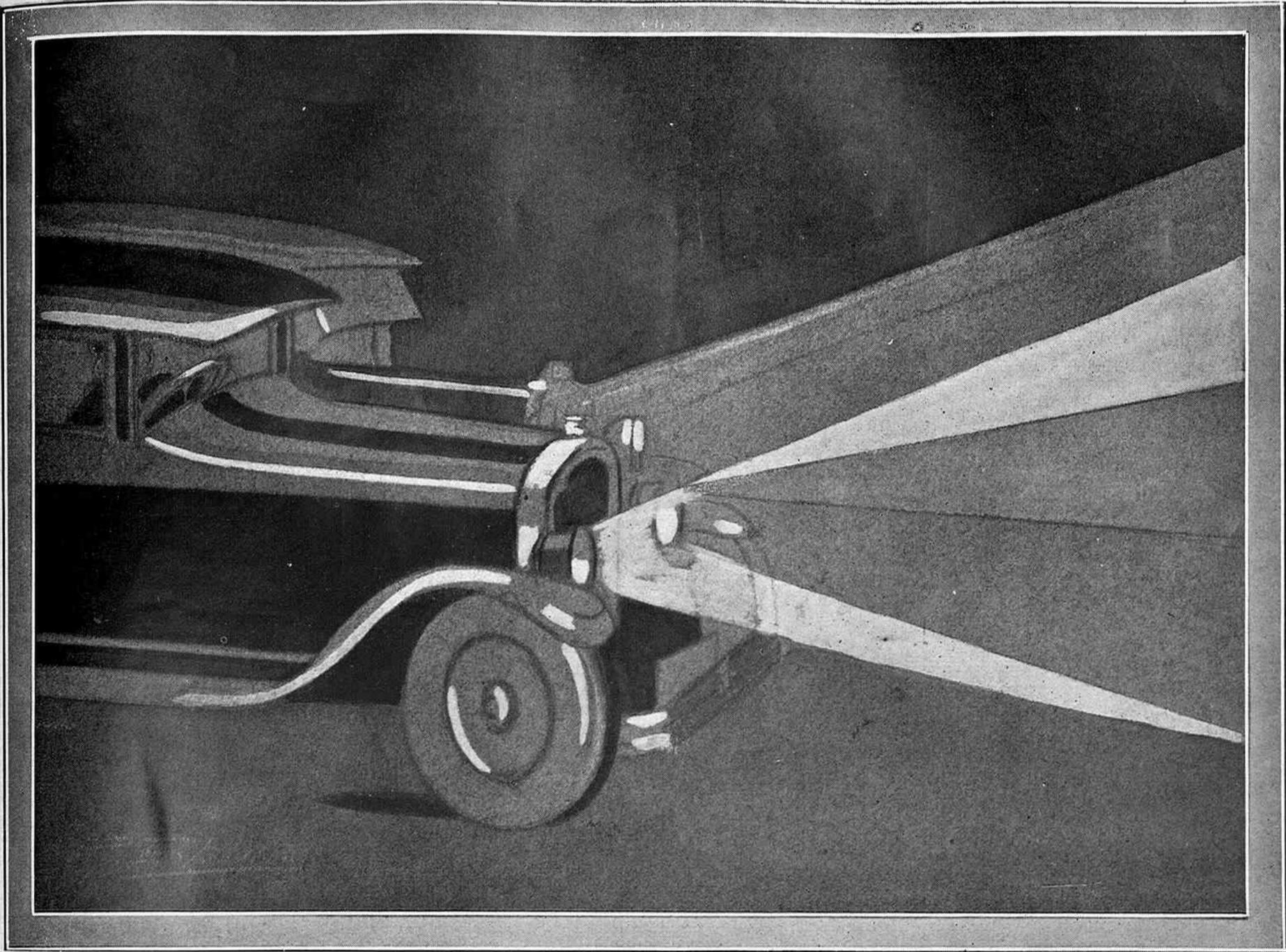
El presidente—arterioesclerosis y abotagamiento—dijo:

—Puesto que se han empeñado ustedes en echarme esa obligación más, seré breve, para que aquí monsieur Lejeune especifique los datos en que ha de apoyarse la operación. Todos sabemos que se trata de forzar un poco la baja, de vender acciones nuestras readquiriéndolas bajo mano, así como las de los demás tenedores, sobre todas las de los pequeños. Una vez desvalorizadas, se procederá al reajuste, al canje de obligaciones, al aumento de capital y á la explotación verdadera de los saltos de agua. Claro que la pérdida inicial se enjugará casi con la misma reacción bursátil. Pero el porvenir de la empresa está en esto último. Aquí, monsieur...

—Un momento.

La voz levemente gangosa se impuso, y metódicamente, con lógica frialdad, el proyecto empezó á desarrollar ante los cinco viejos sus vertebros de áspid. No era menester gran imaginación para comprender que á su paso por muchos sitios, al igual de ayer, al igual de mañana, la pobreza, que quiso ser prudente ó aventurera, se transformaría en miseria y desesperación. El más estricto cálculo de probabilidades regía todas las previsiones y guarismos, pormenores, compulsaciones, se encadenaban en la exposición del extranjero. Sin duda, la voz del escrípulo habría podido—sin requerir la lanza del *Don Quijote*, armada sola de elemental justicia—argüir, condenar; pero el tono monórrimo embataba con somnolencia entendimientos y entrañas. A pesar de hablar un extranjero, ¡qué maravilla de eufemismos para orillar el nombre vil del hecho de desposeer á los infelices que á costa de sacrificios habían adquirido una acción ó dos! El acento y el fino escoger de palabras favorecía el transformar el discurso en trampolín donde saltar hacia menudas imaginaciones. Hubo largos periodos en que tal ruina adiposa ó tal boca é intestino supervivientes se fugaron de los oros de que estaba recamado el salón para evocar nietos dilapidadores ó pisitos casi sordidos, entre cuyas paredes, muchachas primaverales soportaban, á cambio de pan, húmedos fantasmas de besos.

El caballo de ajedrez icterico pensaba: «Habrá que vigilar á estos pájaros para que no se vayan á llevar la mejor lasca, sin duda.» Y el de las venas abultadas: «Si pudiera advertir á la mujer de mi secretario que no vendiese... Pero no, hay que ser prudente y dejarse de sentimentalismos...» Y el director del Banco no lograba disimular la sonrisa que le producía el recordar que el portero, al igual de su padre antaño con el Crédito Agrícola y Naval, poseía cuatro acciones de la Empresa, cuya transformación estaba estudiándose... La voz gangosa proseguía, proseguía... En su estudio todo estaba previsto, hasta las garantías de índole moral que las cinco entidades ó fuerzas coaligadas para realizar la operación cambiarían entre sí. Nada se dejaba al azar: el mapa de la situación de las acciones era casi completo. Y los riachuelos de oro que desde las columnas de la Prensa debían higienizar los mares de fango, próximos á removerse, estaban canalizados de antemano. Hora á hora, día á día,



el plan de rumores, de ventas, de ofertas desechadas, de pánicos, de nuevas compras, estaba trazado con estrategia infalible. Claro es que habría lágrimas; que á lo mejor cualquier bobo confiaría al cañón de una pistola, apoyada contra la propia sien, el consuelo de su pérdida, en vez de ponerse otra vez á trabajar y á ahorrar. Pero... ¿era posible hacer una tortilla sin romper huevos? No. La imagen, á la vez doméstica y terrible, tranquilizó y halagó á todos. El extranjero se explicaba á maravilla. Hubo un movimiento de calvas y canas, unánime.

El asunto estaba, pues, en principio, hecho. Para los detalles de ejecución, el extranjero y el caballo de ajedrez bilioso se entenderían con el director del Banco. Uno de ellos saldría al día siguiente para París, á fin de «controlar» allá ciertos núcleos de acciones. El gran reloj de la Sala de Consejos—reloj cuyo tiempo no sólo era oro, sino dolor también—sonó varias campanadas, y una prisa repentina propagó efímera actividad juvenil entre las poltronas. Dijérase que la posibilidad de gozar de veras aquel exceso de riqueza, ya en camino, los reanimara. Un mes, tal vez dos, y los modistos y joyeros recibirían encargos, y los cuarenta caballos de algún nuevo automóvil irían por calles y carreteras á lento trote, para no agravar la taquicardia de su dueño.

—¿Las ocho ya? ¡Qué barbaridad!—dijo el presidente, levantándose.
—¡Y yo que tenía que ir á la farmacia por un específico!—suspiró otro.
—También yo...
—Los llevaremos hasta allí.
—Gracias; traemos también nuestro

coche... De todos modos, iremos hablando.

Las banalidades y las sonrisas hubiesen despistado al mejor observador. Suponer allí una fuente de llanto habría sido como suponer en un vergel fragosidades de sierra y amenaza de trabucos. Ni el menor rastro dramático quedaba en ninguna faz. Máscaras desgastadas, incapaces de expresar ni ambición ni remordimiento, mostraban todas, excepto la del extranjero de facciones de crimen y la del hipéptico de movilidad de sospecha, un júbilo beato. Salieron, y otra vez junto á la librea curvada con medroso

respeto, el director del Banco tornó á sonreír.

En la calle, la prima noche estaba llena de multitud. La luz anatómica de los arcos voltaicos desnudaba ante los escaparates deseos é intenciones. Muy alegres, haciendo chanza de la estrechez, subieron los cinco al más grande de los automóviles, dando órdenes á los otros de que lo siguieran. El trote habitual hubo de convertirse en paso difícil para no atropellar á los que, contra toda razón, pasaban de una acera á otra. El caballo de ajedrez amarillo taconeó con impaciencia: «Nunca aprenderá la gente á

andar... Aun debía haber más accidentes... ¡Ah, si yo fuera chófer!...» Con frivolidad hablaron de las actrices de moda, de la carestía de los caramelos, de la inutilidad de la nueva generación... El paso difícil se detuvo de improviso, y un rumor de multitud los forzó á inquietarse. ¿Qué pasaba? ¡No era posible andar en automóvil por la ciudad! Debía de suceder algo... Sí, hacia la derecha, en aquel grupo del que se destacaban dos policías... El caballo del ajedrez volvió á dar sobre la alfombra del Rolls pataditas inquietas. ¡Era repugnante!... No iba á llegar á tiempo de comprar sus salicilatos... ¿Qué ocurría? Un chico, metiendo casi por la ventanilla su cabeza desvergonzada, se lo dijo: «Es un hombre que ha robado unas latas de sardinas en aquella tienda y se lo llevan.»

«Bien hecho. ¿Acaso estamos en Rusia? ¡No faltaba más!» Poco después, el automóvil pudo continuar su camino. Pero ya la farmacia estaba cerrada.

A. HERNANDEZ-CATÁ

(Dibujos de Estalella)

B A Ñ O

Erige los cristales encorvados
de los senos, del agua robadores,
egregiamente azules, brilladores
en la malla de visos barnizados

por los últimos rayos dislocados
del espejo solar. Las medias flores
de las manos elevan sus albores,
entre cabeza y cielo, estilizados.

Salta y queda la tabla en un temblor
de rama que abandona el ruiseñor.
Somormuja—creando plenilunios

en la espuma—su cuerpo, al mar, derecho,
que entra como un puñal de oro en el pecho
de una muchacha de catorce junios.

José María SOUVIRON

OTRO PROBLEMA INTERNACIONAL...

¿PANTALON LARGO O CALZON CORTO?...

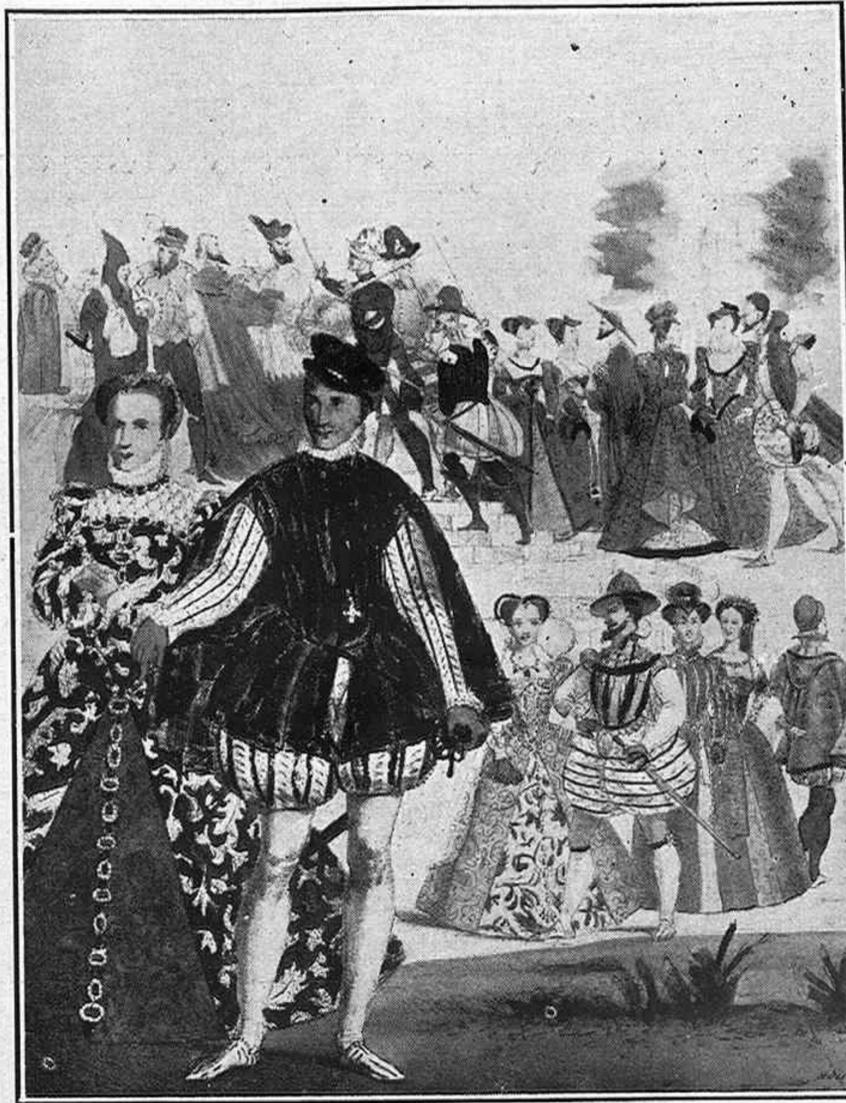
TENEMOS el problema ruso y el problema chino; hay también un problema italiano; la Sociedad de las Naciones va de fracaso en fracaso; acabó, apenas comenzada, la era de concordia iniciada en Locarno; los grandes industriales de la guerra preparan nuevos «negocios», y todo es ruido de armas y rumor de amenazas en el mundo...

Por si ello no bastara, surge en estos días la gran contienda París contra Londres, y París y Londres contra Nueva York; contienda internacional é intercontinental, no ya «por un palmo más de tierra», sino por un palmo menos de tela en el vestido masculino.

Se trata, en efecto, de modificar la indumentaria de los hombres substituyendo el pantalón largo por el calzón corto...

¿Nonada?... ¡Quién sabe!... También nos lo pareció el doble tijeretazo que liberó á las mujeres de sus dos esclavitudes milenarias: la del cabello y la de la falda; y, sin embargo, esos tijeretazos, más eficaces que todas las cuchilladas de la guillotina, lograron la única revolución verdadera que registra la historia humana.

Siempre los grandes efectos provinieron de pequeñas causas. La nariz de Cleopatra y la manzana de Newton tuvieron enorme trascendencia, y no



Las calzas de fines del siglo XVI, según una estampa en que aparecen los trajes de la época de Carlos IX de Francia

fueron, al cabo, sino eso: una nariz y una manzana...

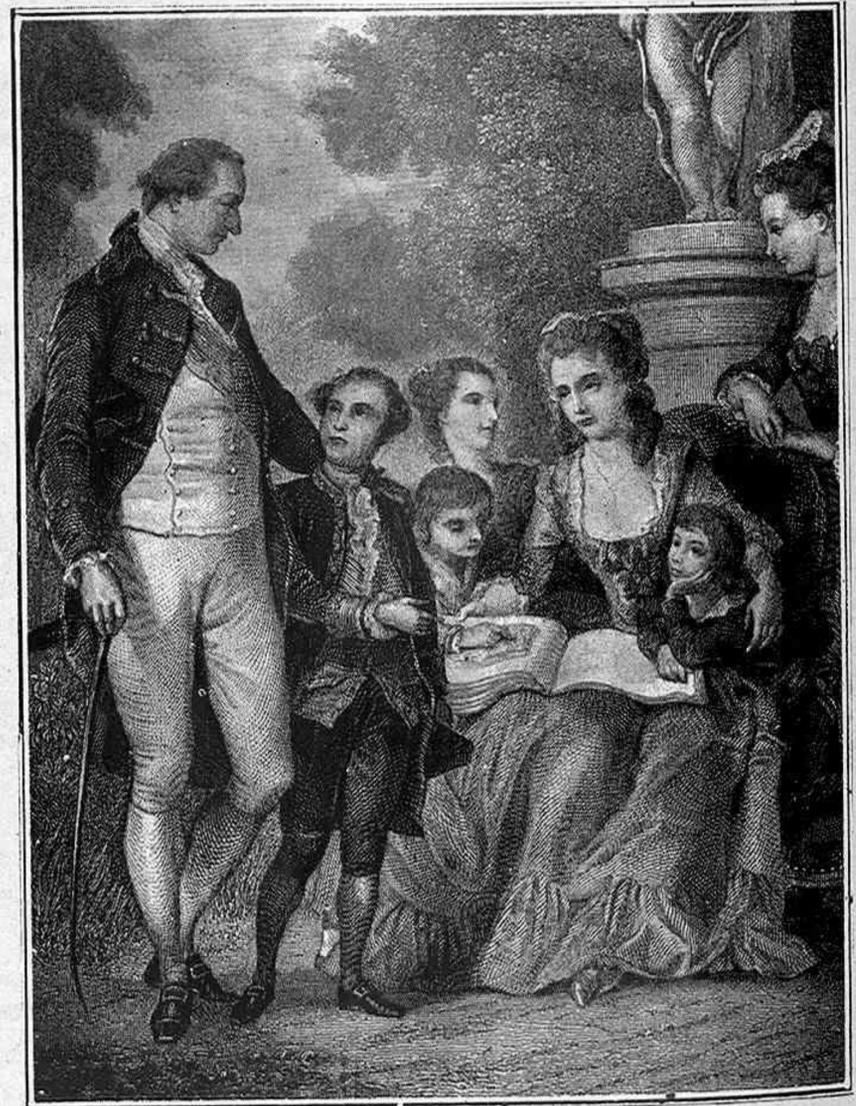
No es fácil, por tanto, prever lo que puede resultar de la campaña emprendida contra ese pantalón considerado, desde hace un siglo, como prenda en algún modo representativa de la masculinidad civilizada... Quizá sea una moda, nada más... Quizá sea manifestación sintomática, y nos anuncie rumbos nuevos del espíritu... Una preocupación de estética personal puede ser contraveneno de la ambición exclusiva, de la terrible concupiscencia que ha transformado al hombre en «ser de presa»... El pantalón largo presidió á la época de la barbarie industrial... El calzón corto, en su resurrección, pudiera ser nuncio de otra era más civilizada y clemente; de otra era en la que no sean desdénados, por no ser cotizables, el sentimiento y la educación, sin los cuales no es fácil encontrarle al hombre, sobre los demás animales, una sola razón de superioridad...

•••••

En París, el calzón corto á la francesa, *la culotte*, vuelve con los modelos de los últimos Luises y del primer Napoleón; pero aquellos prestigios—rancia nobleza de Versalles y advenedizo señorío de las Tullerías—se perdieron en las antecámaras de los



El calzón corto de la época de Molière



El pantalón en los últimos años que precedieron á la Revolución francesa en el siglo XVIII

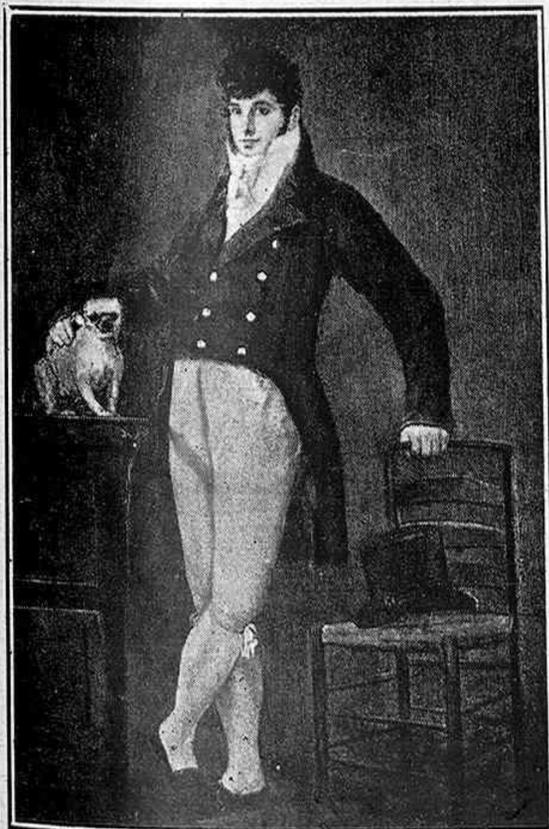


palacios modernos, convertidos en «estilos» de la servidumbre. El más elegante de los elegantes, paseando uno de esos calzones en pleno día, parece un criado de casa grande que al salir con permiso *olvidó vestirse*... Y ese mismo caballero, ataviado por Rieu-Rost con uno de sus nuevos trajes de «frac-culotte», puede en un salón, y entre una multitud de conservadores del pantalón largo, sufrir el disgusto de que le pidan un refresco ó le pongan en las manos un servicio de té, por lamentable equivocación...

El calzón corto, á la francesa, tiene pocas probabilidades de ganar la gran batalla entablada entre los sastres de París y los de Londres, á pesar de los clamores literarios y latinos del inefable Maurice de Waleffe. De día en día es mayor el número de revolucionarios que abandonan el pantalón largo; mas no para adoptar la *culotte* de Luis XV ó la del Petit Caporal, sino para vestir sencillamente el traje de *golf*, que no fué nunca uniforme de la cayo.

En Londres, el rey de los sastres y árbitro indiscutido de las elegancias, el viejo é ilustre Poole, ha concedido á los periodistas una entrevista acerca de este nuevo problema internacional, y ha dicho:

—La moda masculina cambia; pero su transformación se debe únicamente al deporte. El pantalón largo comienza á desaparecer, y es posible que en el otoño próximo pase á la historia, substituído por un pantalón corto, que no será el antiguo, sino un moderno pantalón de *sport*.



El pantalón en tiempos de Goya



Pantalón corto y pantalón largo de principios del siglo XIX

No tiene la cosa, para Poole, mayor trascendencia, y la única enseñanza que, según él, podría deducirse de todo esto sería el convencimiento de que la moda para los hombres ha de seguir siendo británica.

Sin embargo, la opinión de Poole hace sonreír á los anglosajones del otro lado del Atlántico, gentes en quienes el prestigio universal de su cinematógrafo y de sus rascacielos ha despertado una esperanza de supremacía estética, complemento y dignidad de la supremacía financiera del dólar.

Hay ya un arte norteamericano muy estimable. Los pintores, los escultores, los músicos, los arquitectos, los literatos de los Estados Unidos estudian con fervor la obra de todos los tiempos y de todos los pueblos; descifran los secretos, adoptan las fórmulas, combinan los elementos y crean, renovando, que es al cabo la eterna manera de crear.

En pocos años, apenas un cuarto de siglo, ese pueblo de agricultores, de industriales y de banqueros se ha hecho una «craza»: un blasón de inteligencia, de distinción y de belleza... El mundano de Nueva York está ya muy lejos de ser un provinciano en Londres, en tanto que el «alta-vida» londinense no siempre domina la situación en Nueva York... Quisieron las mujeres norteamericanas tener *chic* propio, y lo consiguieron hasta el punto de ser preteridas á las mismas parisienses, como maniqués, por algunos modistos de la Rue de la Paix... Y ahora, en este pleito de la elegancia nueva que ha de ser reflejo del nuevo espíritu masculino, también los yanquis anuncian su intervención y preparan su iniciativa... No sabemos de qué indumentarias, quizá españolas ó coloniales, tomarán los sastres de Nueva York la moderna traza del Conquistador... Pero bien pudiera ocurrir que esa traza le dé un serio disgusto á Poole...

En tanto que el problema se resuelve, las opiniones se agrupan, unas en pro y otras en contra de la reforma.

—¿Pantalón corto?... ¡Habrá que ver las pantorrillas del noventa por ciento de nuestros contemporáneos!... —exclama Jorge Carpentier.

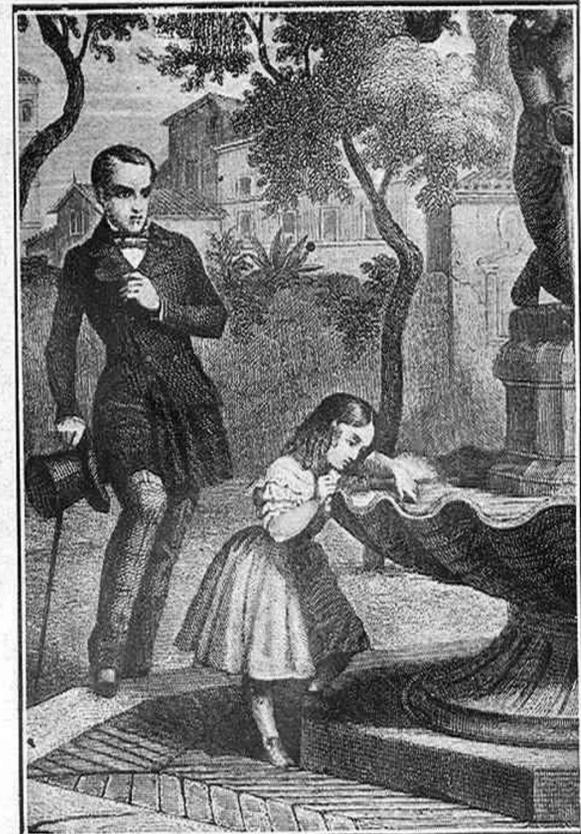
—¿Pantalón corto y, por lo tanto, media de

dido paraíso mientras no vista de nuevo el sayo de lana ó la túnica de lino, y en tanto no se dé por satisfecho con los frutos de la tierra y el agua del cielo para su sustento... —dice uno de estos naturistas que andan por París vestidos como vistió Jesús de Galilea; pero que, para regresar desde la ciudad á su colonia de Vincennes, toman un *taxi* ó un *metro*...

Pantalón largo... Pantalón corto... Problema internacional y de última hora, que nos hace olvidar el problema ruso, el problema chino, la ruina de la esperanza de Locarno y la próxima guerra entre Oriente y Occidente...

MAX BLAY

Paris, 1927.



El pantalón largo del período romántico

seda y zapato de charol?... —comenta el sastre Carette, quien deduce:—¡Moda demasiado costosa para los tiempos actuales!... Y si ya es difícil cobrar la factura de un traje modesto, ¿qué ocurrirá el día en que semejante reforma imponga un presupuesto ruinoso á la elegancia elemental?

—¿Pantalón largo?... ¡Oh, no!... Ese esperpento y su auxiliar el sombrero de copa han sido la rutina y la tristeza del estúpido siglo XIX... Y vestir así al hombre de ahora, al hombre motor, al «doscientos por hora» y al «vuelo transoceánico», sería tan absurdo como imponerle un corsé á Josefina Baker... —declara un escritor superrealista.

—¿Pantalón largo?... ¿Pantalón corto?... ¡Qué más da! Tan estúpido es uno como otro... Y el hombre no volverá á encontrar su per-





«El cáliz desconocido»



«Retrato de la señorita Isabel Díaz Bujados»

El fino arte alegórico de Manuel Bujados

EN su reciente Exposición de cuadros, Manuel Bujados, espíritu sutil y estilizado, corroboró esas características de su arte que le han acreditado una personalidad serena y original como pintor y como dibujante.

Destaca en el arte de Bujados una rara elegancia, una técnica refinada y minuciosa, una intención simbólica que tiene mucho de literaria sin recurrir a las extravagancias de la pintura intelectualista.

La Naturaleza, en Bujados se manifiesta estilizada, fantaseada, pidiéndole a la imaginación sus quimeras para no presentarse al desnudo y al cerebro sus ideas para alcanzar significado de símbolo.

«Retrato»
(Cuadros de Bujados)

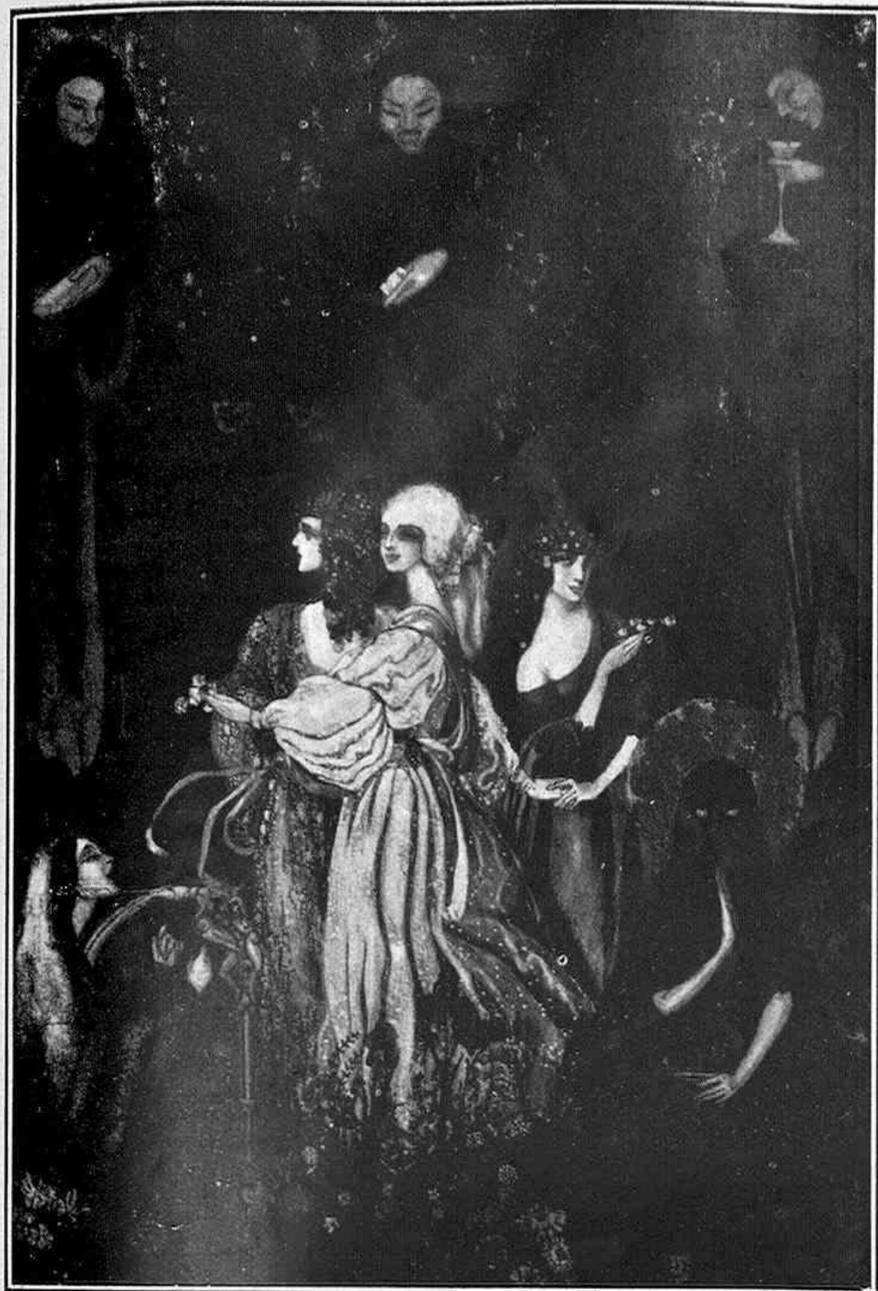
Es así, el suyo, un arte exquisito, raro en el mejor sentido estético y depurado por un esfuerzo constante de superación. Caracteriza también a Bujados la suntuosidad decorativa de toda su obra y el primor y mimo con que es tratado el paisaje, en esas selvas de ensueño, en esos fondos nocturnos constelados fantásticamente de luminarias, donde este artista gusta de situar sus mujeres como heroínas de leyenda, sus danzarinas prodigiosas, sus arcángeles y figuras poemáticas unguadas de fina belleza espiritual.

El sentido alegórico predomina en toda la obra de Bujados, incluso en los retratos personales a los que da una apariencia de heroínas de novela ó de balada.

Es una fragancia de poesía, sutil como un vago perfume, el que envuelve como en un halo de ensueño toda la obra de Bujados. El ama las floras fabulosamente extrañas, las noches cernidas de estrellas como de polvo estelar, los cortejos suntuosos de mujeres como ninfas desnudas, las vestes flotantes de las deidades mitológicas, las armaduras rutilantes de los paladines de balada, las aves de plumajes donde todas las gamas deliris están aprisionados, las gemas extraordinarias de las reinas de cuento oriental...

En las figuras también muestra Bujados la misma preocupación alegórica, idéntica propensión suntuosa y literaria.

En su obra, la figura humana aparece estilizada y prestigiada, ennoblecida siempre por el milagro del arte. Aun en las



«Resumen»



«La cita en el bosque»

más quiméricas ensoñaciones de sus estampas sabe Bujados conservar la armonía, la noble proporción de la arquitectura humana.

Esta sincera preocupación, que acusa señeramente su temperamento poético, es una de las características más destacadas de su personalidad; esa artística idealización, esa pretensión simbólica que revela siempre, aparte la perfección de la técnica, un trabajo de preparación intelectual, es lo que hace de Bujados un verdadero pintor «literario».

Entendamos el calificativo harto desprestigiado por lo que se prodigó para esos llamados «vanguardistas» que, en los desesperados esfuerzos de su impotencia, quieren imponernos un arte sin sexo y sin humanidad, absurdo é ininteligible.

El pintor, como el escultor, como el músico, no pueden, no han prescindido jamás de la literatura. ¿Cómo librarse á lo que, como el arte creador de la literatura, está en todas las manifestaciones de la vida?

Con la Naturaleza, la Literatura es consubstancial á toda obra artística... que lo sea verdaderamente. No tampoco que la litera-

tura sea el único guión de una obra plástica, porque entonces quedaría aquella reducida á un producto artificial, libresco, sin vida ni emoción. Pero esa aportación literaria á la obra pictórica le da enjundia, valor ideológico, haciéndola hablar no sólo al corazón, sino también al pensamiento.

Arte moderno y muy antiguo al par por su sentido alegórico el de Bujados, su dominio técnico, su fantasía y su cultura, le hacen ser al par de un pintor notabilísimo, uno de los primeros ilustradores de nuestra época.

En el libro, en la revista, en el cartel, las estampas de Bujados son algo personalísimo y único entre nosotros, algo que hace pensar en las geniales ilustraciones de Gustavo Doré.

Del gran dibujante francés se recuerdan en Bujados el acierto y elegancia de la composición, el dramatismo noblemente expresado de los gestos y figuras.

Hoy, Bujados está en la dichosa plenitud concentrada de su arte, en la sazón de los mejores triunfos que, como el logrado recientemente con su última Exposición en el Salón Nancy, constituye una ratificación consagrada de su personalidad artística.



«Portadora de dardos»

(Cuadros de Bujados)



ANITA ADAMUZ

Ilustre primera actriz que acaba de realizar una brillantísima campaña artística en diversas provincias (Fot. Walken)



MANUEL GONZALEZ

Prestigioso actor que en unión de Anita Adamuz ha logrado también grandes éxitos en su «tourné» provinciana al frente de su notable Compañía (Fot. Calvache)

Cierto autor dramático amigo está escribiendo una comedia.

—¿Puede usted adelantarme—le preguntamos—alguna noticia?

—¡Ah! ¡No sé! ¡Todavía no sé! Lo único que puedo decirle es que se trata de una comedia para la Guerrero.

—¿Cosa de ahora ó de época?

—No sé tampoco; no sé nada.

—Pero bien; el asunto...

—Todavía no he pensado en eso. Desde luego, serán tres actos, en los que nuestra egregia doña María hará un personaje de cuarenta á cuarenta y cinco años, complicado, sutil, vibrante, con algún lirismo también, para que esa adorable musa de la escena española nos deje oír una vez más, como una melodía, el prodigio de su voz. Sobre esta base habré de escribir la comedia.

Nos quedamos maravillados; y aunque jamás pusimos en duda el talento del dramaturgo amigo, desde este momento le admiramos más profundamente. ¿Cómo es posible—nos preguntamos—que este hombre escriba una comedia, de éxito probablemente por ser suya, sin otros elementos que la edad de un personaje increado todavía y la interpretación de una actriz determinada?

Y así es, sin embargo. Sobre tan livianos cimientos nuestro ilustre amigo construye su obra. Idea, personajes, trama, acción, todo va surgiendo graciosamente de la nada para que quede resuelto el plan (!!) de la obra, que es, á saber: un papel de cuarenta á cuarenta y cinco años para la Guerrero.

Como expresemos nuestro asombro ante labor tan formidable, el dramaturgo replica:

—¡Ah! ¿Pero usted creía que el hacer comedias

era cosa tan fácil? Lo de menos es escribirlas; lo extraordinario, lo prodigioso es tener que escribirlas siempre con pie forzado. A todos los autores nos ocurre lo mismo; no vaya usted á figurarse que á mí solo. Y la razón es obvia... ¿Comprende usted, por ejemplo, entregar un drama en verso á un galán que no sabe decir ni aun la prosa, ó repartirle á la primera dama que frisa con el medio siglo una «ingenua»? Ello constituiría por sí solo un error fundamental. De ahí que el dramaturgo escriba para Fulanita y Menganito, atendiendo siempre—¡y ay de quien lo olvide!—á las condiciones especiales del actor ó la actriz, á su psicología artística, hasta á sus defectos. Antes, los cómicos se ajustaban á los papeles; ahora hay que ajustar los papeles á los cómicos. Antiguamente al autor sólo le preocupaban los personajes de su comedia; hoy le preocupa más el comediante. La razón de todo esto estriba en la poca brillantez que suelen ofrecer las obras de conjunto, en que cada día hay mayor número de cómicos malos. Las comedias, pues, tienen que ser escritas para los buenos. De ahí que se imponga la obra de dama, de galán ó de actriz de carácter y que en algunas Compañías todo el repertorio se reduzca á dúos cuando no á arias coreadas... Vea usted, pues, que si es difícil escribir una comedia, el escribirla «á la medida» entra en la categoría de lo heroico.

Corroborando estas manifestaciones, otro amigo autor, pero éste perteneciente á la clase undécima del empadronamiento artístico, nos decía, desesperado:

—¿Querrá usted creer que tengo seis comedias terminadas, y es como si no tuviera ninguna? Los sainetes madrileños ya no los quiere nadie, ni nadie los hace, y tengo un sainete; los dramas

de época y en verso tampoco, y tengo un drama del siglo XIII; la comedia fina, sin chistes, menos, y tengo dos. Otra cosa he escrito expresamente para Morano, que solamente Morano puede hacerla, y me dicen que no viene á Madrid esta temporada... Le aseguro á usted que es labor de gigantes «colocar» una comedia, no ya por el hecho en sí, sino por las circunstancias especialísimas que el hecho requiere. Cada empresario es una muralla de la China. «¿Qué me trae usted aquí? ¿Una obra seria? ¡No, por Dios, nada de dramas; cosas cómicas, cosas cómicas!» Lleva usted la cosa cómica, y le dice: «No es bastante cómica.» O bien: «Sí; no está mal, pero, ¿y el papel de Fulano? (Fulano es el actor cómico de fuerza.) Aquí se le ha olvidado á usted el papel de Fulano.» Otras veces se le olvida á uno el de la primera actriz. Otras, exclama el primer actor, que es Empresa: «Amigo mío, esta es obra de característica; debe usted llevarse á una característica. Aquí, como usted comprenderá, estamos á que se luzca primero la dama ó me luzca yo.» En vista de esto, coge usted la comedia y se la lleva adonde la característica tiene vara alta; pero entonces tropieza usted con que á la característica no le gusta el papel ó no «le va». Esto de que «no le vaya» un papel al protagonista es cosa terrible. Y es que en el teatro cada uno va á lo suyo. Los cómicos, antes que en el triunfo de las obras, suelen pensar en el suyo personal. En cada comedia no ven más que su papel; si éste no les gusta, la comedia mejor les deja fríos. El secreto de muchos éxitos teatrales está en haber escrito la obra para un actor ó una actriz determinados. Comediógrafos hay que no han hecho jamás una comedia que no fuera «á la medida»...

J. ORTIZ DE PINEDO

AVATARES LÍRICOS

EL JARDÍN DE LOS POETAS

(COMENTARIO DE CRISTÓBAL DE CASTRO)

CARRÈRE Ó EL «DIBBUK»

COMO en la Lea, de Anki-Ski, en Carrère conviven dos almas diferentes, si no antípodas. El alma cordial, mesiánica, errabunda, romántica, del bohemio, y el alma intelectual, refinada, discursiva, irónica, aristocrática, del dandy. Bécquer y Baudelaire ó, si se quiere, Murger y Heine, se disputan esta sensibilidad, que lleva veinte años honrando el Parnaso español. Semejante *dibbuk*, ó doble alma, presta á la obra de Carrère, tan prócermente desdeñoso de las modas letradas, una conciencia lírica robusta, sin par entre nuestros poetas contemporáneos. Carrère es poeta por su obra y por su vida; poeta por antonomasia. No, como ha dicho cierta crítica de café, porque la pipa y la melena impriman carácter, ya que el hábito no hace al monje. Ni, como ha supuesto algún «vanguardia-retaguardia», porque su obra es monócoda, ya que la doble alma lírica pone junto al manguito de Mimí la cogulla del inquisidor, el apóstrofe junto al madrigal, los mendigos de Avila junto á los aviadores del *Plus Ultra*. Carrère no sólo es el cantor murgeriano de «la amada malvestida», y el baudeleriano de *spleen*, sino el esproncedista del *Elogio del verdugo*, el zorriillesco de *Retablo de antaño* y *Miniatura romántica*.

Este libro, *Panderetas de España*, es como una refundición antológica, donde, con orquestación personal, suenan los motivos modernos de Saimain y Rubén, alternando con recios ecos del Romancero popular.

Este fervor por los temas populares, rebelde á los tiranos y adalid lírico de la libertad, sitúa á Carrère en honroso y soberbio aparte de nuestros poetas turriebúrneos. En sus terribles agua-fuertes de la Inquisición filipésca ó de las afrentas fernandinas, bulen las pesadillas de Goya. Así, retrata á Felipe II en la *Fiesta de bodas reales*:

«Fantasma expiatorio que enloquece el cilicio,
con las barbas bermejas y los ojos de acero;
lleva el verde pendón del Santo Oficio
camino del humano quemadero.»

«1830» acierta á encerrar en cuatro versos la época de «Chaperón»:

«Visión fernandina;
la hopa y el bonete del ajusticiado,
la vil y adulona turba palatina
aúlla ante la jaula del Empecinado...»

Pero esta santa ira se torna, á impulsos del *Dibbuk*, en ternura inefable, cuando el poeta vuelve el corazón á sus hijos:

«Perdonadme, hijos míos, si os di esta adolorida
existencia en un ciego minuto de placer;
acaso presentáis el dolor de la vida
cuando llorábais al nacer...»

... Nada puedo brindaros de cuanto soñé, pobre funámbulo del ideal;
el oro de mis sueños se ha convertido en cobre
y el hambre acecha siempre en el umbral!...»

Noblemente altanero ante la pobreza irremediable, como un Gringoire ó un Villon, compone, entre jácara y balada, *El sol de los muertos*:

«Ni oro, ni gloria, ni mujeres
—¡oh, la celeste carne en flor!—
El oro es de los mercaderes...
La pobreza amarga el amor...
¿La gloria? Acaso... Cuando un día
una mujer, ciega de amor,
llore con una estrofa mía,
—¡aunque no recuerde al autor!»

Panderetas de España es un libro de madurez, henchido de robustas indignaciones, miniado de melancolías inmensas. Carrère, ese cruzado de la altivez y el infortunio, podría haberlo titulado,

como la condesa de Noailles, su reciente volumen de poesías: *El honor de sufrir...*

ELISABETH MULDER, LA BAUDELERIANA

Enlazando las obsesiones de arcano y conjuro, que tanto atormentan á Carrère, con el refinamiento intelectualista de la obra baudeleriana, aparece Elisabeth Mulder de Dauner vibrando, convulsiva, como una posesa.

A su fragancia juvenil recobran lozanía y aroma *Las flores del mal*, como en un aporte de es-



ELISABETH MULDER DE DAUNER
(Fot. Suñá)

piritismo. Sacerdotisa del Misterio, penetra en la Eleusis sensual con el ardor, pero también con el fervor, de una griega de Meleagro:

«Viejo amigo Misterio, ¡bienvenido!
De nuevo tornas á estrechar mi mano.
De nuevo vienes á besar mi frente.
No te place el hallarte de mí ausente
y abandonas tu puesto en el Arcano
por compartir mi vida de demente...»

... Tuya soy, ¡oh, Misterio!, desde el día
que á través de las sombras me miraste
con ese tu mirar brujo que muerde.
Llevo en mí tu inquietud, tu hechicería,
desde la hora aquella en que fijaste
en mis pupilas tu mirada verde...»

Voluptuosidad demente ó demencia voluptuosa, esta fascinación incendia el libro y lo retuerce entre llamas báquicas, como el sarmiento de Anacreonte. Nada hay, entre las poetisas contemporáneas, ni siquiera en los gritos de *evohé* de Juana Ibarbourou ó de Alfonsina Storni; ni siquiera en los jadeantes silencios de mistres Florence Macmillan ó de Ada Negri, comparable al frenesí lírico de Elisabeth Mulder:

«¿Sabes quién soy?
Soy el demonio del Mal Amor...
Siembro las pobres almas de horror,
y en donde estoy
nace la angustia, brota el dolor...
¡Ah, tú no sabes cómo tortura
mi mirar verde, y esta blancura
maravillosa de mi hermosura
de perdición!
¡Ah, tú no sabes cómo sofoca,
cómo embrutece, crispada y loca,
la grana ardiente que hay en mi boca,
toda pasión...»

Embrujamiento es, como el Códice del Mal Amor, iluminado con estampas calenturientas, anotado por un Quincey ó una Rachilde. Ahora son *Las manos de Hilda* «alargadas, delgadas y sabias», como las de Marion Delorme:

«Tienen algo que rasga, que trunca...
Son las manos de una vampiresa...
Esas manos terribles, que nunca
soltaron su presa...»

Ahora, la perversidad sutil de *Unos ojos fosforescentes*, bajo el casco de unos cabellos plateados, como en la duquesa palatina, de Lorrain:

«Tus ojos de bruja, de diabla ó de gata,
bajo los nevados cabellos de plata
que forman contraste con tu juventud,
tienen un misterio magnetizador...»

Ya es el formidable *Aguafuerte* de un arrabal, bajo la lluvia, en tarde de invierno:

«Vagas sombras se mueven en los portales,
desde donde se tienden lazos sensuales
á la carne viciosa de los mortales...
... Lluvia, miseria, frío... Tarde de invierno.
Medular calofrío, luchar eterno.
Fiebre sensual...
Una vida de infierno, ruda y brutal,
palpita en las entrañas del arrabal...»

Ya las deliciosas tentaciones del paraíso artificial, mezcladas á la angustia baudeleriana, en *Nueva crisis*:

«Vicio de soñar,
mi mágica droga...
(Lo mismo que amar,
fascina y ahoga).
El velo de Isis
quiero levantar.
(Una de estas crisis
me habrá de matar).»

Ya, en fin, como la rusa Natalia Kovalof—la Musa de los Manicomios—el espantoso bordear de la demencia, en *La araña*:

«Yo tengo una araña.
Camina despacio
por este palacio
de mi pensamiento.
Se ha comido casi toda mi razón,
y ahora va camino de mi corazón...
... Esta blanca araña
tiene un cuerpo suave
y una voz humana
melodiosa y grave...»

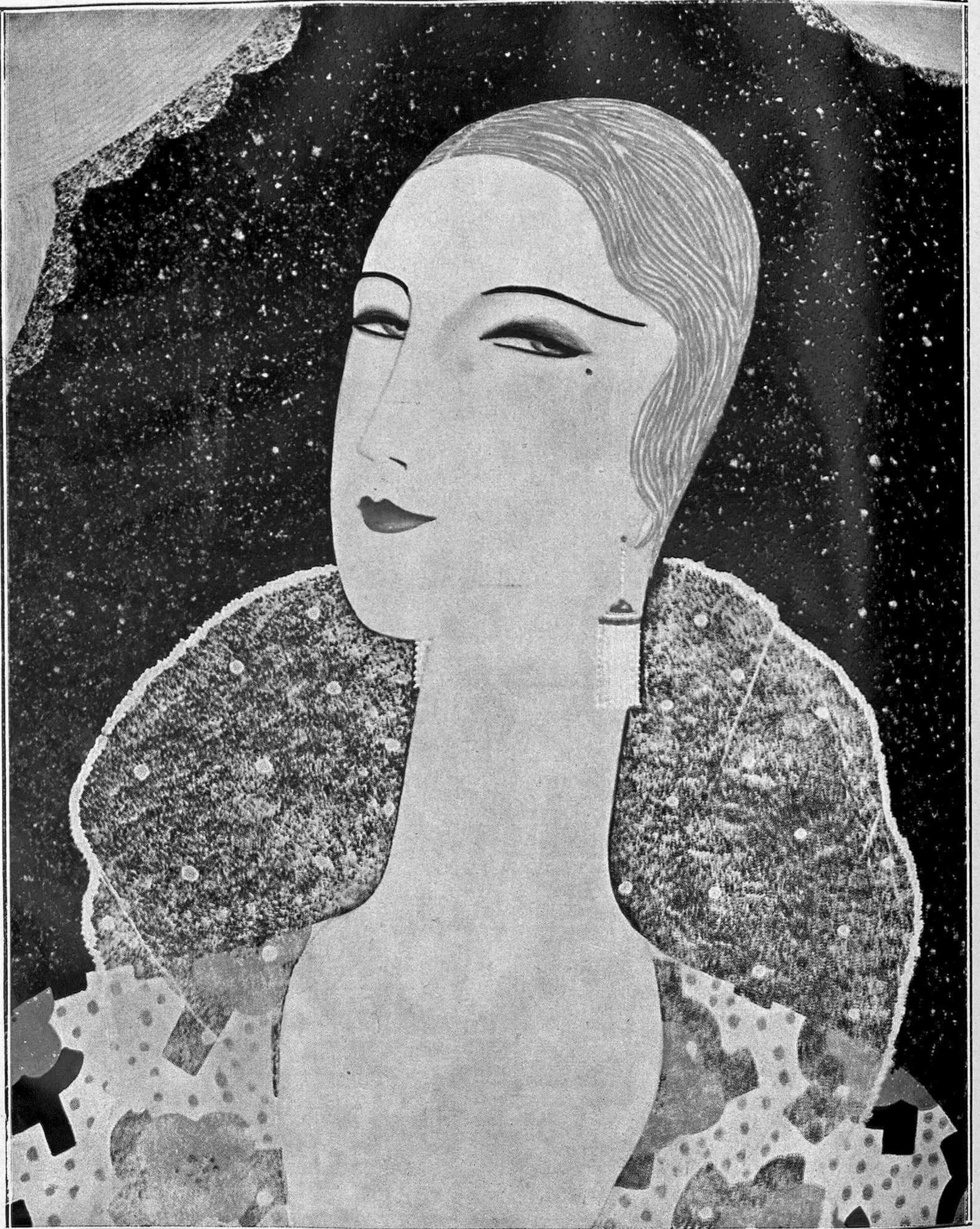
La hiperestesia lírica avanza por las páginas de este original y audaz libro, hasta caer, rendida, exánime, en el misticismo sensualista de Baudelaire y Verlaine:

«¡Señor, que consuelas, perdonas y amas!
¡Señor, que dulzura de mieles derramas!
¡Apaga este fuego, extingue estas llamas!...
Mi cuerpo es un ascua que rinde y sofoca;
es como una brasa candente mi boca...
¡Soy carne, Señor, no soy roca!...»

La humana y tremenda imprecación, grande y desnuda, coma la Verdad miguelangelesca, sella este libro con los Siete Sellos de la Tristeza erótica.

«Así como hay Tres Gracias, Tres Parcas y Tres Furias—dice Gautier en su admirable prólogo á *Las Flores del Mal*—, hay tres Diosas de la Tristeza. La mayor se llama *Mater Lacrymarum*; la segunda, *Mater Suspiriorum*; la tercera y más joven, *Mater Tenebrarum*.»

Esta Nuestra Señora de las Tinieblas, preside, en todo su horror magnífico, el libro de Elisabeth Mulder, quien, bella y joven, como el San Jorge de Carpaccio, combate—coraza de plata y lanza de oro—contra el Dragón del Mal Amor...



«La señorita 1927»,
dibujo de Ontañón

SI LAS ESTATUAS HABLARAN...

I S A B E L I I

HE aquí lo que diría: Señores: Razones de alta conveniencia aconsejaron que me encargara antes de tiempo de las riendas del Estado. La declaración de mi mayoría de edad era el freno más poderoso que por de pronto podía oponerse á la desbocada marcha de la revolución. En verdad os aseguro que deseaba regir por propios impulsos los destinos de España.

Después de los tristes acontecimientos que sobrevinieron á la emigración de Espartero, se imponía la declaración de mi mayoría de edad. Entre tanta ambición, yo sólo pensaba en los intereses de mi pueblo.

Mi sabio profesor el sacerdote D. Vicente González, siempre me decía que la primera obligación, no de una reina, sino de toda persona bien nacida, es ser humilde y buena. Con estas cualidades se tiene todo ganado. Sin embargo, á mí me perjudicó el ser excesivamente buena. No por eso olvidaré jamás ni dejaré de agradecer las instrucciones de mis educadores. Don Vicente González me enseñó á ser buena; el gran Quintana me enseñó á ser española.

¡Oh, aquellos mis amables y célebres profesores! López, Valdemosa, Beluzi, Ventura de la Vega, ¿dónde estáis? Ya comprendo que fuera de la vida mortal, pero ¿dónde? ¿Acaso seguís leyendo el libro de la Historia? Ese libro del pasado, que vosotros me enseñásteis, fué mi mejor experiencia para gobernar. De ahí que desde muy niña comprendiera las necesidades de los españoles.

No, no se me oculta que la causa de los trastornos de mi reinado fué mi bondad, mi carácter, que jamás supo condenar, y siempre perdonar. El carácter de esta nación incomparable. Uno de mis historiadores ha dicho que así como Minerva salió de la fuente de Júpiter, yo he salido del corazón de España.

Os aseguro, señores, que semejante virtud no la practico porque siente bien á mi majestad ni dé más aire á mi soberanía, sino porque responde á mis sentimientos de mujer española.

Cuando sé de un dolor que no puedo aliviar, me atormento en mis soledades; cuando conozco una necesidad que no puedo socorrer, me sigue á todas partes una pesadilla cruel; cuando me imploran un perdón que no puedo otorgar, mis horas son amargas. Repito que las bondades que hasta han llegado á censurarme no las prodigo por obligación de mi ejercicio, sino que obedecen siempre á mi corazón, que grita: «Sé útil: esta es tu misión sobre la tierra.»

Perdonad, señores, estas confesiones; pero vienen á cuento una vez que estoy vaciada en bronce por el arte insigne de D. José Piquer, y colocada sobre el pedestal que ocupó la Musa de la Comedia. Fuí buena para todos; pero la envidia, la lucha de partidos, la ambición me perjudicaron, y de rechazo á la nación entera, que padeció las algaradas y las revoluciones de mis ene-



Madrid.—Estatua de Isabel II

(Fot. Roig)

migos. Fuí buena, pero lloré mucho, ¡mucho! Mi reinado fué una serie de días aciagos y revueltos, en los cuales la revolución era una amenaza continua. Días aciagos, grises, de desesperanza. La rebelión provocada por Diego de León llevaba más de envidia que de amor patriótico. Recuérdese el fracaso al asaltar la escalera de Palacio, defendida gallardamente por los albarderos que mandaba Dulce, y cuya página sabéis todos de memoria.

Las tentativas llegaron á lamentable realidad, y Madrid se revolvió al saber que Barcelona era bombardeada.

En aquel período inolvidable se fué borrando la figura del general Espartero, al que no se puede negar que era un caudillo valiente, que supo resurgir cuando Narváez asediaba á Madrid, defendido por las tropas de San Miguel.

De ahí mi vida retraída en Palacio, consagrada á la lectura, al estudio y á las labores, sin sa-

lir apenas á paseo ni frecuentar los lugares de divertimento, aunque amé lo genuino de mi pueblo. Los hombres que me rodeaban, egoístas y ambiciosos, hicieronme responsable de los tristes acontecimientos. Lo dije entonces y lo digo ahora: los que más cerca de mí estaban eran los que más conspiraban.

Desde muy joven aprecié el malestar del pueblo, que me adoraba, sí; pero que se agitaba inquieto por la mala calidad de los gobiernos, la falta de fe en los ministros y la poca sinceridad de éstos. Yo siempre presentí la catástrofe, sentía llegar la ola revolucionaria, que al fin llegó y estalló, levantando el pueblo las célebres barricadas, en las que Madrid luchó briosa y bravamente por mí, aislada de los cabecillas del pronunciamiento, de O'Donnell, Concha, Dulce y Serrano. Por eso cuando llamé al jefe del Gobierno para preguntarle por la causa verdadera de la revolución militar, y aquél intentó una vez más engañarme, le dije: «¿Qué os he hecho para que tú y los tuyos queráis perder á mi pueblo y á mí?»

Fué entonces cuando Espartero se encargó del Poder.

Y quiero decir con esto, señores, aunque ya me toca acabar esta confidencia, cuando apenas he comenzado á deciros lo que quería, que las circunstancias en que subí al trono no pudieron ser más difíciles y desventajosas: mi orfandad, la guerra civil, la revolución... Todos los partidos, todos los sistemas... Yo, queriendo hacer la felicidad de España... Mis gobernantes, perdiendo el tiempo en hablar caprichosamente, sin hacer nada de provecho, desacertados en todo momento que subían al Poder. En ocasión harto desconfiada llamé y reuní á los más significados políticos: Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Armero, Bravo Murillo y Pezuela. De aquella reunión salió nombrado Armero, que también fracasó.

En semejante zozobra llegó aquel día trágico de las Candelas en que, al intentar salir de

Palacio para ir á Atocha á dar gracias á la Virgen por el feliz nacimiento de mi hija María Isabel, el sacerdote Martín Merino me apuñaló en las galerías.

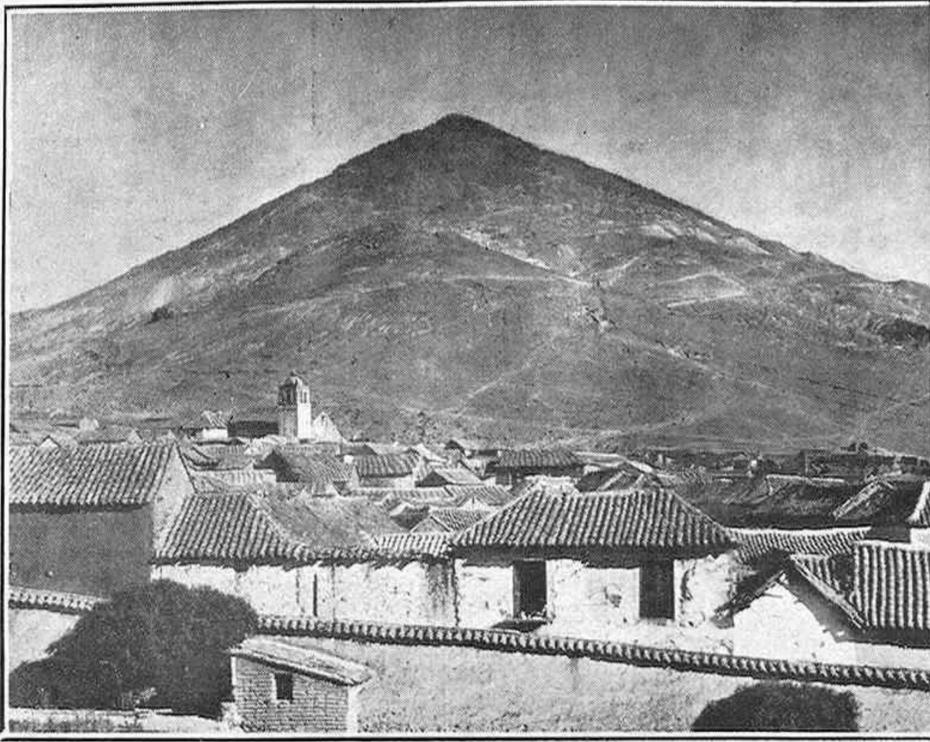
En el instante perdoné al regicida, por lo que Dios salvó la vida de esta desdichada reina, malográndose el intento del criminal y permitiéndome ir á dar gracias á la Virgen de Atocha.

Señores: cuando tras el paréntesis de la guerra de Africa sublevóse la Marina y de nuevo la revolución me obligó á abandonar el trono, lo hice convencida de que mi patrimonio lo empleé en proteger las artes, en fomentar el comercio y en socorrer á los desgraciados, sintiendo de veras que el dinero gastado en mi estatua, de la que nunca fuí gustosa, no se hubiera empleado en cualquier obra de utilidad pública.

ANTONIO VELASCO ZAZO

PLATA, ARTE, SANGRE...

CERRO MADRE DE AMÉRICA



Una vista del Cerro de Potosí en la actualidad



Cementerio del Cerro, tumbas ayer de millonés de codicias, hoy estampas de miseria y silencio

Que los descubridores describan su viaje, leyendo cada día su escrito...

(Leyes de Indias.—VII. tit. I del libro cuarto).

HAY en América tres ciudades—Quito, en el Ecuador; Cuzco, en el Perú, y en Bolivia, Potosí—sobre las que España debió reservarse, en el Dictamen de Noviembre del 1836, aconsejando a las Cortes el reconocimiento de la emancipación de América, cierto derecho tutelar. Porque nuestro país, con ser todo él un puro Museo y un Archivo verdaderamente inmenso, tres «documentos vivos» de su pasado como esas tres ciudades son, no los posee. Diera yo por ellas «los documentos muertos» de las cincuenta y cuatro salas del castillo de Simancas, los quince mil legajos del Convento de San Laureano y los mil cientodiez volúmenes de dos mil títulos cada uno del Índice de la Casa Lonja de Sevilla, proyectado por Federico Ralsola, y cuyas tablas sinópticas consumirían nada más que noventa y dos años de trabajo, y nada menos que veinticinco millones (y medio) de pesetas. Tales ciudades de milagro—tres de los prodigios españoles de aquellos siglos sin secuencia—no están como en rastro antañón se decía «donde Cristo dió las tres voces», sino algo más arriba. Y, cuando Don Johan de Villaruel (pongamos por capitán) flameaba al viento el aspa de San Andrés de su Tercio, á 10 de Abril de 1545, sobre el terreno de Potosí y sus metales,

Que nuestro País debía ejercer sobre dichas Ciudades, porque le es jurado de espíritu y no de premática, una determinada acción tutelar por lirica que fuese.

«en nombre del Muy Augusto Señor Carlos V, Emperador y Rey, bajo la protección del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» debió substituir el Paraclito por los cóndores. Pues, en buena medición moderna, el Cuzco está á 3.355 metros de altura sobre el Pacífico, y, para llegar á las aguas sagradas del Huilcaunuta, se topan aína los 4.470 metros en Crucero Alto; como se asciende en Tielio á 4.758, para ir á Pasco; y, á 11.843 pies, en Chuquipogio, para encontrar Quito; y 4.033 metros, en el paso del Cóndor, antes de hallar los 3.975 metros de la pequeña réplica de la «Libertad» del islote de Bedloe, iluminando el Mundo (y ésta sí que podría decirlo) desde la plaza Matriz de Potosí. ¿Y qué vale la altura junto á la ejecutoria de su abolengo, su emotividad profunda de tradición, su alucinante españolismo que embruja y arrodilla, sus tesoros que (como las riquezas de los cuentos), no se acaban nunca y la roca hechizada de milenios

indios que sirven de zócalo á todo eso?... En cuanto á Potosí, toda admiración se apuna y extravasa. Si, para llegar hasta aquí, es necesario «condorizarse» (perdonad, pero así es) permanecer aquí es para un corazón ibérico, «novelarse» á sí propio.

«Porque el *todos los días* de la vida de los pueblos, decía Barbey D'Aurevilly, es tan estúpido como el *todos los días* de la vida de los hombres». Aquí, no es así; aquí no ha sido nunca verdad eso. Si, como quiere el geólogo Hitchcock, el cerro de Potosí es una pura masa de metal, ese cono de setecientos metros de eje vertical por seis kilómetros de circuito, es

menos interesante que este campamento de mineros donde las terribles cosas que pasan en todas las minas del mundo están blasonadas en fondo de oro entre las columnas calpenses, la Corona Imperial por cimera, empresas, paramentos, gritos y piezas. Ni un solo día la Villa Imperial de Potosí ha vivido como los otros pueblos desde que el 22 de Abril de 1545 registrara Villaruel la Veta Centeno. Aquella Nuestra Señora de la Concepción, con las manos arrimadas al pecho, formada toda ella de finísimas hebras de plata nativa, los ojos levantados á la poderosa veta que corría por el techo de la mina *Descubridora* (de colores tan varios que parecía esmalte de artefacto) y que diera ella sola cincuenta millones de pesos) en unos años; esa imagen, colocada allí en la cueva del indio Gualca por los mineros, es la reveladora de su misteriosa inquietud. En la aridez de la puna, crispada y buida más por la luz que por el viento, surgía el espanto de montes enteros de oro, y la Raza los sellaba con estelas de piedad é iconostasios de fervores seculares. ¿Qué distrito minero del mundo encuadrará bajo el Escudo grande de España (el pequeño es una invención de la Real Academia de la Historia), una vida tan intensa, vida de hechizo, de sangre, de fe, de valentías y concupiscencias más ardientes? Violando las leyes férreas de la Heráldica, el escudete del Monte que gritaba en su leyenda (Envidia soy de los Reyes), sin reparar en brisuras, partidas en pal, ni otras combinaciones, se injertó como un solo gran cuartel en el Escudo del Rey Católico, la corona imperial al timbre, por orla el Toisón. El águila de sable coronada de oro, membrada de gules, protegía en sus garras el lema más orgulloso que dieran los reyes á los pueblos (*Cesaris potentia pro regis prudentia iste excelsus mons et argentus Orbem debe-*

lare valet universum). El monte hizo honor á ese lema y la ciudad superó sus propios destinos. Señoreáronse los del Orbe entero y Monte y Ciudad, sobre la ruta trágica de España, precipitáronse como ella en un infierno de orgullo y de tribulaciones.

Dos realidades aturden, viajando por América, entre mil hispanos prodigios, y son: la fundación de ciudades en sitios imposibles é imprevistos, y la marcha (rapidísima, casi siempre) de aquellos hombres por los lugares más inhospitalarios, difíciles y crueles que existen en la tierra,

por derroteros de desolación en los que el ingeniero que abriera los caminos es la Muerte. Allí donde un volcán reventaba la tierra, donde los terremotos eran más atroces y continuos sobre canchales que rodeaban los cóndores por no remontarlos, donde la fiebre consumía la vida más pronto y con más atroces padecimientos, por quebradas que hoy, hoy mismo, son martirio y heroísmo, aquellos hombres marchaban y fundaban ciudades eternas. Yo he preguntado en Guatemala y Costa Rica á los hijos de aquellos hombres, viéndoles dispuestos á reconstruir (una vez más entre centenares) sus casas y ciudades destrazadas por vulcanismos espantosos: «Pero, ¿por qué no levantáis la ciudad más allá, por qué ha de ser sobre la muerte segura?...» Aquí la colocaron los españoles, contestaban, y aquí ha de ser... Y allí era una vez más. Y si estos son así (hoy), cómo serían aquellos otros... Potosí muestra cómo eran. Los norteamericanos de nuestros días propusieron á la ciudad esta (idea): cortar el monte á rebanadas, como quien troza pilón de mazapán ó hace roscas de chuño. El cerro es una masa de pórfido expectorado del centro de la tierra que al tropezar con un monte de granito le levantó en vilo y le traspasó destrazándole; pero los norteamericanos que han pulverizado (en el Istmo) la vértebra más dura de la sierra Culebra, pueden y saben dividir en secciones este cono monstruoso y beneficiarse así de los infinitos tesoros de sus entrañas (que los españoles despreciaron). Con un cerro de cobre, un poco más pequeño, hacen eso en la frontera de Bolivia y Chile; y nada más delicioso (para un hispanoamericano) que ver con qué escrupulosidad los atlantes de hoy rebanan el cerro, lo mondan de brozas, rodados, mulatos y negrillos é impurezas de socavón y, cobrado puro el metal, tratados de sulfuros, y depositado en ricas barras, amontonan las escorias en otra parte y, á cambio (del que se llevan), dejan (el que con ellas

hacen)... Los españoles no tenían máquinas, ni colosales diamantes en las puntas de sus perforadoras, sino un corazón cuyo secreto, como el de tantas otras maravillas, se han llevado; y, con ese corazón, abrieron en el monte (cinco mil minas. Mil de ellas son visibles todavía y las obstruidas fáciles de apreciar. Apenas descubierto el *Sumac-orcho*, humeantes todavía los ramajos de *keuña*, que derritieran los primeros hilillos de plata, quince mil almas (de aquellas) estacaban sus pertenencias y alzaban sus caserías... El terreno de la ciudad futura era *potoc-unu*, fiemo, ciénaga, ¿qué importaba? ¿Qué importaba que los rayos ultravioleta de esta luz, cuyas ondas son guadañas á velocidades infinitas, segasen la vida?... Cerca de las cinco mil bocas construyeron seis mil *guairas*, y cuando estos hornillos acabaron la tacana ó flor del metal, inventaron tales y tantas ingeniosidades que forman libros sus formularios; como lo de acudir al azogue... ¿Por ventura no tenían esas almas azogue en su espíritu? Aún admira en Potosí el uso que los españoles sabían hacer de él. No fué, como ellos creen y (anda escrito), D. Pedro Fernández de Velasco el que inventó el beneficio de los metales por el azogue; de lejos, de bien lejos venía ese conocimiento. Schmitz, Schuchlzardt, Gardars, interpretando textos de Strabon, Propertio y Justino, han descrito cómo milenios antes de nuestra era los iberos enseñaron á extraer los metales. En la sala de los Califas (muchos siglos más tarde), en el ensueño de Medina Atzahara, Abderraman III tenía un estanque de pórvido lleno de azogue de Almadén. Fisher sabe de eso tanto como Farie y Reck saben del Cerro... Por desgracia (para España), este país fué siempre seminario ideal de minería: Carracido colmaría las medidas en el aserto. ¿Y no sería otra la suerte de España y de América de haber cimentado en la agricultura, y no en la minería, su política fiscal?... Pero sobre su ingenio estaba la sangre; y la plata y la sangre crearon esa obra maestra que se llama el Potosí colonial. No sé de historia alguna lanzada por los *prospecting parties* ó relatada por lo que se conoce así (*fiebre del oro*) que se le parezca. Oeste australiano, Kimberley, Alaska, Quesland, Broken Hill..., todo eso ¿qué es cerca de esta epopeya que nadie ha cantado aún? Si el corazón hispano hubiera sentido únicamente furia de oro, ¿por qué transformar un campamento en una ciudad de riqueza espi-

ritual tan fabulosa como la material del Cerro? Si los reyes buscaban solamente sus quintos y sisas, ¿á qué los leones lampasados y tortillos de gules y borduras componadas, mazonados de sable y cerrados de azur?... No había brazos, y la *mila* los trae por millares; aun trabajan los *guarachinos*, todavía laboran las *palliris*, aun hay *yanaconas*. No había agua para la limpia, y Pereira acabó, para los ciento cincuenta ingenios, las treinta y dos lagunas de Cari-Cari. Muy cerca de medio millón de habitantes llegó á tener la ciudad. Las más linajudas familias se dignaban y habituaron á vivir allí. Pronto las calles tuvieron alma propia, ese alma única que la raza proyecta sobre las cosas con el prestigio eterno de la mancha de sangre. Temples de arquitectura que sería en España misma asombro se levantaron allí. Martínez Vela contaba (en lo antiguo) relatos de torneos que no mejoraran en Caballería altísima los libros de la biblioteca de D. Alonso Quijano; y Arieste (en lo moderno) relaciones y leyendas que os parecen cosas de Toledo, Segovia, Valladolid y Sevilla...

La noche electrizada de esta atmósfera única en el orbe, que bombardea y quema los cuerpos y las cosas con transparencias frías, no era suficiente para esclarecer el conjuro de querellas, amoríos y rencores de una noche española; ni el signo de la cruz, hecho con el pomo de una espada, perdía su misterio bajo los fascinadores cuatro ángulos rectos de la Cruz del Sur. La culebra Machak-Huay, delirada por los ojos «de coca» de los indios, se enroscaba en esas noches en el rollo ibero de la horca. Ni el hielo de las noches andinas, ni la codicia de los metales desfiguraron un tomín la cortesanía heroica y austera de la raza. Naipes, vino, toros, ferias, fiestas, aparato de músicas, doradas andas de imágenes... Treinta y seis casas de juego; ocho escuelas de esgrima; catorce tabucos de retozo y danza; hidalgos gastadores; trasnochadas siluetas acribilladas de buracos; espadachines; fieras luchas de bandos entre andaluces y vascongados; mujeres vengadoras «en campo abierto», como doña Juana y doña Luz Morales; comedias; bai-

les peruleros; justas y cintas corridas sobre diestros caballos chilenos; ejecuciones; misas de amanejada; bandos de enmascarados paseando las calles con candelas; bellísimas doncellas en apuro y ermitaños errabundos... Pero todo esto y todo lo (otro) sobre las cimas de los Andes, transformado en potentísimos resaltes por una riqueza de pesadilla y una luz vidriada que en lo profundo de la noche es en torno vuestro como una campana de cristal. Potosí amplificó esas cosas desmesuradamente... Los hombres y las pasiones aquí se gastan con rapidez fulminadora; el movimiento más ledo es serio esfuerzo; el corazón trabaja tanto en él mismo, que sólo viviendo aquí se espanta el alma en su grado justo de lo que aquellos seres debían valer como hombres. Toda la idiosincrasia india, su quietud inalterable aun en el tormento, su *kaluyo* devanado monótono, como un ovillejo, en su chifle de caña, es el ambiente. Desde los doce mil marcos de plata piña que enviara Villarreal á Carlos V, hasta completar los cuatro millones de pesos fuertes por año, del concepto de quintas reales, durante doscientos cuarenta y seis años, marchó pausadamente por las pampas muertas y cumbres cimeras las más cercanas al cielo, en caravanas de cientos de mulas y llamas; un oficial de las Cajas Reales, agobiado él mismo, azuzaba en vano aquella procesión de lingotes y plata acuñada, sus zambos, mulatos é indios, durante seiscientos leguas. Y todavía existen severas personalidades que hablan de que los españoles no supieron trabajar las minas, arrancarlas todo o que podían dar. Dieron (y testimonian de ello, visitantes de libros y cajas reales, Pinedo en su tratado de *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, contadores mayores del Tribunal de Cuentas del Virreinato) tres mil seiscientos treinta millones novecientos veintiocho mil trescientos sesenta y dos pesos fuertes. Sólo un minero en 1699, Lépiz de Quiroga pagó por quintos veintidós millones (y medio) de pesos. Pero si todos estos dineros y hasta los treinta mil millones que, según Canga-Argüelles, dió en metales preciosos América á España (á su Erario y á los particulares), no sirvieron á la raza para maldita la cosa viva; lo que pasma y enamora es la visión del genio de un país proyectado entero tan lejos y raigado en el imposible de modo tan brujo, que los siglos venideros nada podrán contra esa maravillosa voluntad.—EUGENIO NOEL

Que el préstamo de un millón ciento cuarenta mil maravedís, mas quince por millar, monto de los intereses que Santángel y Pinelo prestaron a los Reyes Católicos para el Descubrimiento de América, si buenos quintos dieron de oñate á la Raza.



Torres que aún restan, sobre los tejados de la ciudad moderna, de templos alzados en los días de la riqueza enorme



En cualquiera de las calles de la ciudad de hoy, la sorpresa de tales puertas y balcones

Es sin duda, de cuantas riquezas artísticas e históricas atesora el castillo real de Windsor, la más interesante y evocadora la capilla de San Jorge, bajo cuya advocación se halla la ínclita orden de la Jarretera, la más noble de las ocho que tiene el Imperio británico.

Ocupa el templo actual, de puro estilo gótico, el exacto emplazamiento de un santuario erigido por el rey Enrique I, en los comienzos del siglo XII, a la memoria de Eduardo el Confesor. En la inmediata centuria hizo construir Enrique III la capilla real de San Jorge, gran parte de la cual ha llegado, aunque con ligeras modificaciones, hasta nuestros días. La principal estructura, y quizá la más bella desde el punto de vista arquitectónico, data de la época de Eduardo IV (año de 1474), si bien los monarcas sucesores hubieron de añadir a la misma varios cuerpos de edificación, en los que se procuró conservar el estilo primitivo. Especialmente hubo de experimentar la mencionada capilla real algunas reformas, sobre todo en el coro capitular, cuando Eduardo III fundó la Orden de la Jarretera (a mediados del siglo XIV), designando a San Jorge patrono de la misma. No ha mucho, este templo, destinado no sólo a los servicios religiosos a que asiste la familia real inglesa durante sus jornadas de primavera, en el castillo de Windsor, sino a los capítulos de los Caballeros de la Jarretera, había sido clausurado algún tiempo con objeto de proceder a urgentes obras de consolidación y restauración. Y, terminadas a primeros de año, fué abierto al culto durante las fiestas de Pascua de Resurrección, reinstalándose en él de nuevo los nobles *Knights of the Garter*, con asistencia de toda la real familia inglesa. Recordaremos, a propósito de esta solemnidad religiosa y caballeresca, que hubo de constituir este año el suntuoso



El Rey Jorge V de Inglaterra ostentando las insignias de la Jarretera en la ceremonia de apertura del Parlamento inglés

prólogo de la próxima gran *saison* londinense, algo relativo al discutido origen de la Jarretera.

La versión vulgar lo atribuye a un hecho ciertamente demasiado baladí para tan alta institución. Cuéntase, en efecto, que durante un baile de Corte, en tiempos de Eduardo III, se le cayó la liga a la bella Condesa de Salisbury, y que el galante monarca, interrumpiendo la danza, se inclinó rápidamente a recogerla, ofreciéndola en rendida actitud a la Condesa. Como la malevolencia cortesana comentara el accidente con risas y burlas, no lo bastante contenidas para que el rey no lo advirtiera, exclamó éste: *Honni soit qui mal y pense!* (¡Mal haya quien mal piense!). Pero esta anécdota, que sólo tuvo por fundamento la *fama vulgi* ó leyenda del pueblo bajo, ha sido rechazada de plano por los historiadores, Heylyn entre ellos, creyéndose que la Orden de la Jarretera tiene su origen en una gran hazaña militar del rey Ricardo I, quien, al atacar a Chipre y San Juan de Acre, mandó a los caballeros más distinguidos que le acompañaban en la empresa, sujetasen a sus piernas una tira de cuero, a fin de poder conocerlos durante los combates, y para que luego les recordase la gloria conquistada en la tercera Cruzada.

La Orden constó, en un principio, del Soberano, como Gran Maestre, y veinticinco caballeros, sin que experimentase modificación alguna hasta 1786, en que se declararon elegibles los hijos de Jorge III y los sucesores de éstos, aunque el Capítulo estuviese completo. Una segunda modificación de los Estatutos ocurrió en 1805, declarando elegibles a los descendientes directos de Jorge II lo mismo que a los antes mencionados, con excepción del Príncipe de Gales, quien por virtud de aquella modificación se diputaba como parte integrante de la institución original.



Vista exterior de la capilla de San Jorge en el castillo real de Windsor



El coro en la capilla de San Jorge, en Windsor

Por último, en 1831 se dispuso que el privilegio otorgado á los descendientes directos de Jorge II se hiciese extensivo á los descendientes directos de Jorge I. Como particularidad curiosa de esta Orden, los registros de la misma correspondientes á los siglos XIV y XV demuestran que eran ya admitidas las mujeres en dicha época, llevan-

do la reina consorte, las viudas é hijas de los caballeros y algunas señoras de elevada alcurnia, el título de *Damas de la Cofradía de San Jorge*. Entre los soberanos extranjeros que poseen actualmente esta preciada condecoración se halla S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

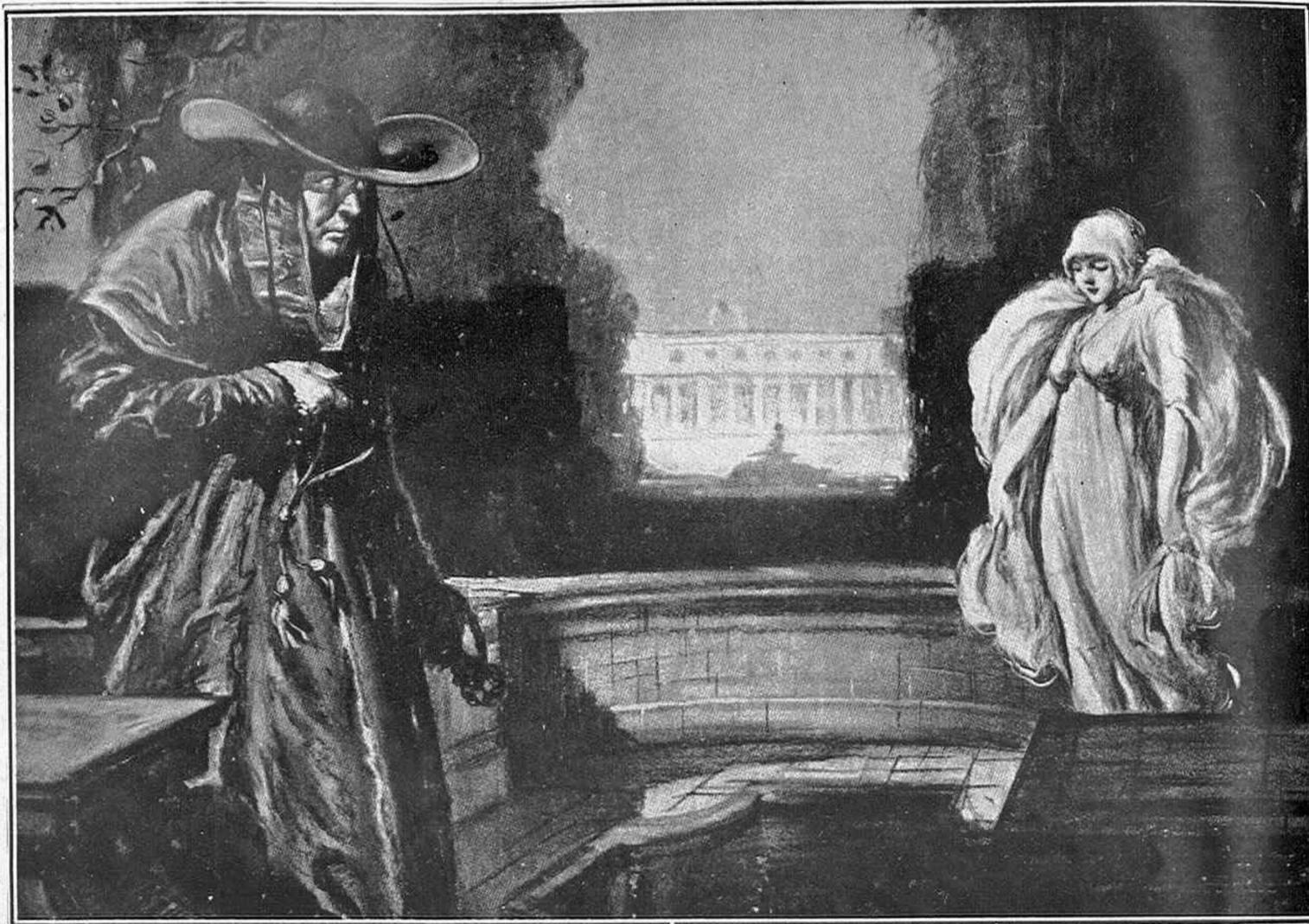
De la capilla de San Jorge se destaca por su

mérito el coro capitular. La sillería, ricamente tallada, recuerda las de la misma época y estilo existentes en nuestras catedrales y monasterios de real patronato. Cada uno de los sitiales y debajo del dosel correspondiente, ostenta la espada, el manto y casco del caballero titular.

D. R.

LOS GRANDES ENIGMAS DE LA HISTORIA

CAGLIOSTRO Y EL COLLAR DE LA REINA



La famosa escena del bosquecillo de Versailles, prólogo del «affaire» del Collar de la Reina, y en la que fué burlada la credulidad del Cardenal de Rohan por una hermosa aventurera

EL París frívolo y antirromántico de hoy ha ofrecido á la mirada del mundo, no ha muchos días, una nota de refinado sentimentalismo. Nos referimos á la Exposición que acaba de clausurarse en Versailles. Ella estuvo por entero dedicada á la memoria de María Antonieta, la reina hermosa y desventurada que llevaron al cadalso los energúmenos del Terror.

En esta muestra retrospectiva figuraron, entre otros recuerdos de la esposa de Luis XVI, muebles y objetos de los que ella usó, los mejores retratos de la soberana decapitada, autógrafos de la familia real y los libros predilectos de la augusta víctima.

Coincidiendo casi con la Exposición, aparece ahora un libro de investigación histórica en el que Munier-Jolain, adentrándose en el misterio que aún envuelve el proceso y ejecución de María Antonieta, resucita el dramático asunto del *Collar de la Reina*, tenebroso *affaire* donde pudiera hallarse la clave del doble regicidio.

Ya Napoleón, en sus meditaciones de Santa Elena, rememorando el asunto del collar, decía: «Acaso la muerte de la Reina data de entonces.» El león encadenado sabía ciertamente que su conjetura no andaba descaminada. No ignoraba, y hay hartas pruebas de ello, el activo papel que las sociedades secretas venían desempeñando en la política europea desde muchos años antes de la Revolución francesa. Sobre este particular tan interesante, la escritora inglesa Mrs. Nesta H. Webster, dice en un reciente trabajo: «El detenido estudio de las sociedades secretas que florecieron en Europa durante los siglos XVII y XVIII, basta para darnos el convencimiento de que María Antonieta no fué simplemente la víctima propiciatoria de una vulgar intriga cortesana, sino de un poder oculto que había decidido su muerte. El célebre charlatán llamado *Cagliostro* fué el instrumento elegido para ejecutar el siniestro designio.»

La aparición de José Balsamo en la Corte de

Francia hacia el último tercio del siglo XVIII y su participación activa en la vida del alto mundo parisiense, al que supo deslumbrar con su fausto y sus prodigalidades principescas, así como con sus farsas cabalísticas y sus taumaturgias de engañabobos, constituye, á la verdad, uno de los capítulos más sugestivos en la historia de la referida centuria.

Hechos averiguados son que el aventurero siciliano *Cagliostro*, ó por su verdadero nombre



JOSE BALSAMO
Célebre aventurero italiano, llamado «Cagliostro»
(De una estampa de la época)

José Balsamo, después de recorrer casi toda Europa acompañado de su bella consorte, Lorenza Feliciano, embaucando á las gentes con sus artes mágicas, que decía haber aprendido del famoso Altotas, residió algún tiempo en Londres, donde ingresó en la francmasonería, adoptando desde aquella fecha (1776) el nombre rosicruciano de *Cagliostro*.

Los *Rose-Croix* y los *Illuminati* comprendieron pronto el enorme partido que podían sacar los francmasones en su lucha contra la realeza y el Cristianismo, de un hombre que á su clara inteligencia, atractiva figura y voluntad indomable, unía la más completa ausencia de escrúpulos.

Confiesa José Balsamo, en sus *Memorias*, refiriendo los pormenores de su iniciación en la logia londinense, que «la secta había resuelto asentar su primer golpe á la Monarquía francesa, proyectándose para después el ataque á Italia y Roma, especialmente.» Medios materiales no faltaban, por cierto, á la francmasonería para llevar á cabo sus siniestros planes. Los fondos de propaganda, facilitados principalmente por los judíos, hallábanse situados en las casas de banca más fuertes de Amsterdam, Rotterdam, Londres, Génova y Venecia, contribuyendo á formarlos las 20.000 logias existentes ya por entonces tanto en Europa como en América.

Provisto *Cagliostro* generosamente de oro secreto, partió para Estrasburgo en Septiembre de 1780. No se había elegido á humo de pajas dicha ciudad como punto de partida del complot contra la Monarquía francesa. Allí residían por entonces dos de los personajes que más útil participación habían de llegar á tener en la vasta conuración. Era uno de ellos el Cardenal de Rohan, Gran Limosnero de Francia, al que tenía alejado de Versailles la antipatía personal de María Antonieta desde que creyera adivinar en el alto personaje cierta inconfundible inclinación amorosa hacia ella. El otro instrumento valioso era la

marquesa de Boulainvilliers, también momentáneamente caída en real desagrado, y que venía trabajando en la Corte como agente secreta de los masones de la *Estricta Observancia*.

Puestos en relación *Cagliostro* y la Boulainvilliers, entendiéronse fácilmente. Pocas entrevistas bastaron para trazar el plan de la intriga. El nudo de ella había de ser la pasión amorosa del Cardenal de Rohan. Explotada ésta hábilmente, y aprovechando la infantil candidez y las inmensas riquezas del purpurado, prometíanse *Cagliostro* y su cómplice obtener un triunfo completo.

El prólogo del drama, brevísimo y urdido con extraordinaria habilidad, consistió en presentar la Boulainvilliers al Cardenal una bella aventurera, casada con cierto titulado conde de la Motte, y que decía disfrutar decisiva influencia cerca de María Antonieta y de los principales personajes de la Corte de Versalles. Ya en el terreno de las confidencias, expuso la supuesta condesa al purpurado sus dificultades económicas, y Rohan á su linda amiga la pasión que por la Reina sentía, y que le acarrearía su alejamiento de París. En pocas palabras concertóse el pacto. La condesa sería auxiliada pecuniariamente; mas, á cambio de ello, procuraría una aproximación entre María Antonieta y el desterrado.

Una vez en París la condesa de la Motte, que inútilmente había intentado atraer la atención de la Reina fingiendo un desmayo durante una fiesta del Trianón, inició la farsa mediante supuesta carta de María Antonieta, en la que bajo la firma falsificada de la soberana, aparecía ésta propicia á otorgar su perdón al Cardenal y aun á entablar con él una correspondencia secreta, sirviendo de intermediaria la condesa.

Hombre de escasas luces, Rohan cayó con facilidad en el engaño; con tanta mayor facilidad cuanto que el farsante de *Cagliostro*, en varias sesiones de magia celebradas á solas con el Cardenal, le convenció de que esta correspondencia secreta con la Reina no sólo le devolvería á la real gracia, sino que habría de elevarle á los puestos más altos en la gobernación del Estado.

Rohan se apresuró á enviar á María Antonieta respetuosa misiva, impetrando el perdón de sus ligerezas. Una nueva carta falsificada de la Reina daba algunas esperanzas al cándido Gran Limosnero de Francia. Continuó por espacio de algunos meses el cambio de correspondencia, y llegado el mes de Agosto de 1784, creyendo los organizadores de la farsa que Rohan se hallaba bien preparado ya para un golpe de efecto, dispusieron la famosa *Scène du Bosquet*. Un perfumado billete invitaba á Rohan á pasear por determinado bosquecillo de rosales, en Versalles, no bien llegase la noche. Acudió puntualmente el Cardenal, y esperó, anhelante, el corazón queriendo saltársele del pecho, la ansiada ocasión de su entrevista con la alta señora de sus pensamientos... De improviso, ante las atónitas miradas de Rohan, una blanca y grácil forma femenina, cubierto el rostro por denso velo, pasó lenta en el claro de luna, murmurando palabras de perdón y dejando caer á los pies del purpurado fragante rosa...

Con este poético episodio quedaba representada felizmente la primera escena del gran complot contra la Monarquía francesa. El segundo acto del drama fué el *Affaire del Collar*.

La espléndida *parure*, puesto que en realidad dicha joya era mucho más que un simple collar de brillantes, había sido construída muchos años antes por los artifices alemanes en la Corte de Francia, Böhmer y Bassenge, quienes en numerosas ocasiones la habían ofrecido á la Reina. Pero María Antonieta, impresionada por el elevado precio de la joya (1.600.000 francos), se negaba obstinadamente á adquirirla, alegando que ya poseía demasiados brillantes.

Enterada del caso la condesa de la Motte, y de acuerdo con *Cagliostro* y la marquesa de Boulainvilliers, pusieron al habla con los joyeros. La condesa, previa entrega del collar, se com-



MARIA ANTONIETA

Retrato de la infortunada Reina, pintado por Mme. Vigée Lebrun

prometió con éstos á mostrarlo nuevamente á la Reina, asegurándoles el éxito de sus gestiones. No tuvieron Böhmer y Bassenge inconveniente en confiar la riquísima presea á la intermediaria, ya que garantizaban la operación la marquesa de Boulainvilliers y el fastuoso *Cagliostro*.

Vencida esta dificultad, madame de la Motte hizo creer al Cardenal que María Antonieta estaba locamente encaprichada con el collar; pero que deseosa de evitar los reproches de su real esposo, no tendría reparo en admitir una transacción secreta, ó sea que Rohan adquiriese la joya como si fuese para él, anticipando el importe, que le sería luego reintegrado por la Reina.

Aunque en extremo lerdo el cardenal, aquello se le antojó un poco fuerte. Vencieron, sin embargo, su desconfianza dos nuevas *cartitas* de María Antonieta, y una consulta á la ciencia nigromántica de José Balsamo. Sentado éste sobre su dorado sitial, y alumbrada la estancia por innumerables hachones perfumados, hizo la invoca-



EL CARDENAL DE ROHAN

Gran Limosnero de Francia, complicado en el «affaire» del Collar de la Reina

ción del oráculo egipcio. Este no pudo ser más favorable, declarando que la empresa habría de ser digna del Cardenal y el coronamiento de sus ambiciones. Dos días después, el 1.º de Febrero de 1785, Rohan pagaba á los joyeros la cantidad por ellos exigida y el collar quedaba en poder no de su destinataria, como creía el mentecato del comprador, sino en el de madame de la Motte, que se apresuró á desmontar los brillantes y á negociarlos entre varios joyeros judíos de Londres, París y Amsterdam.

No bastaba la perpetración de la colosal estafa á los planes de los del complot. Era más que necesario, indispensable, acentuar la campaña de difamación y descrédito emprendida contra la Reina. Había que arrojar leña á la hoguera, y ello sobrevino á los seis meses, siendo la misma María Antonieta la que cegada por la indignación al enterarse de la impostura realizada con su nombre, originó el escándalo cortesano, informando á su real esposo de la indigna intriga urdida contra ella. Poco prudente el soberano, en vez de proceder sigilosamente contra los autores del complot, dió pábulo á las murmuraciones, ordenando la detención en pleno palacio de Versalles del cardenal de Rohan y su encerramiento en la Bastilla, sin permitirle ni aun despojarse de sus vestiduras sacerdotales de Corte. A poco fueron á hacerle compañía en la tétrica prisión *Cagliostro*, madame de la Motte y los más significados conspiradores, todos ellos afiliados á las sociedades secretas.

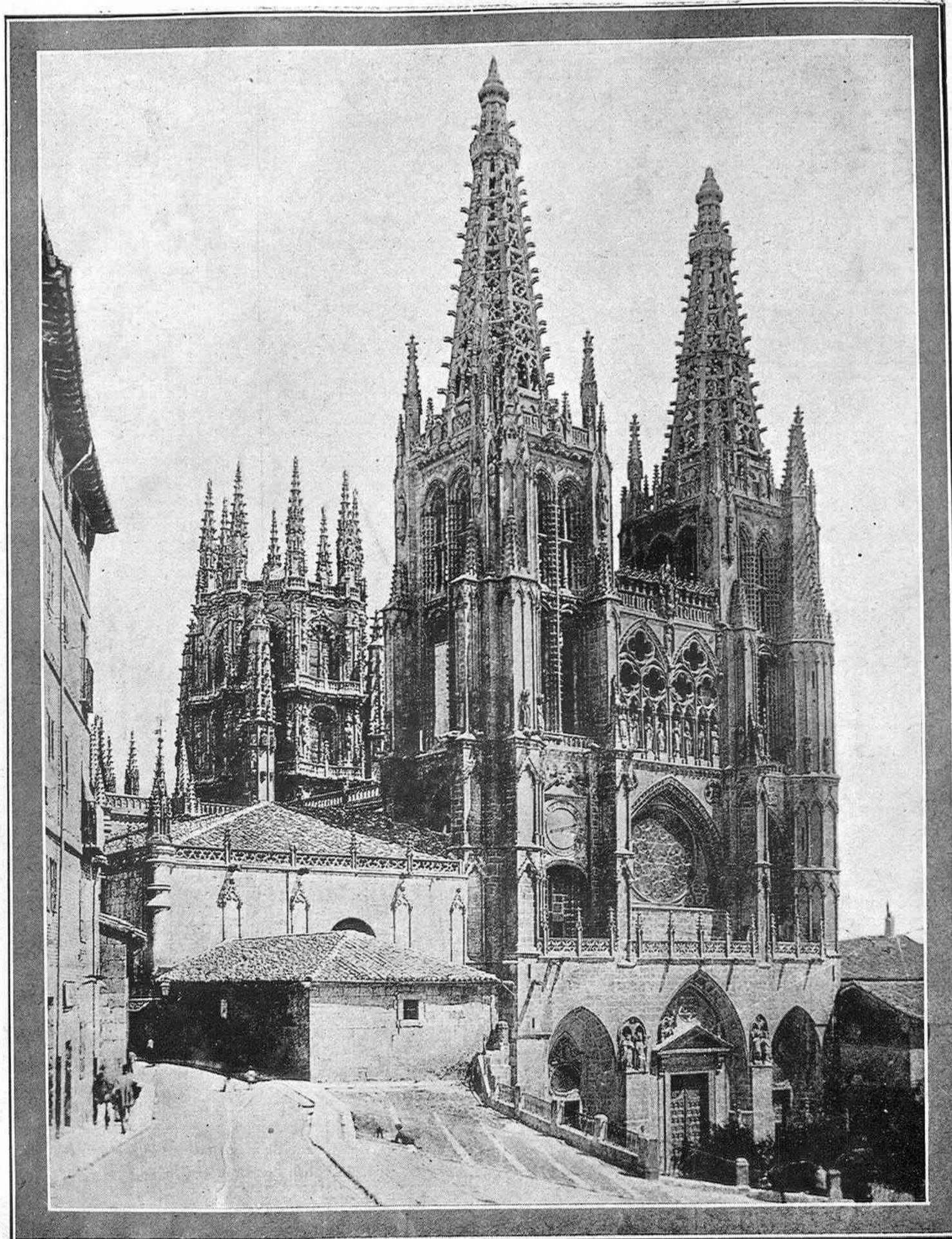
¿Qué ocurrió en el resonante proceso del collar, sustanciado ante el *Parlement* de París, para que, declarando los jueces exentos de culpa al Cardenal de Rohan, á la marquesa de Boulainvilliers, á *Cagliostro* y á todos los personajes comprometidos en el asunto, sólo hiciese recaer el peso de la ley sobre el mero instrumento de la conjuración, sobre la titulada condesa de la Motte, mujer de oscuro origen y sin valedores poderosos, y á la que se condenó al público escarnio, aplicándole la infamante marca de fuego sobre la frente? Fácil es inferir cuál pudo ser la mano oculta que, libertando á los primeros personajes del drama, dejó aprisionada entre las mallas de la ley á una miserable aventurera, y tendió al mismo tiempo denso velo de misterio sobre el *affaire* del Collar. Esa mano oculta y fuerte no fué otra que la francmasonería, cuyo Gran Oriente en Francia era por entonces nada menos que el duque de Orleans, el trágico *Felipe Igualdad*, enemigo implacable de María Antonieta, contra la que desde algunos años antes había emprendido una intensa campaña de descrédito siguiendo puntualmente las órdenes é instrucciones de la logia parisiense *Les Amis Réunis*, instalada en el palacio que poseía en Passy la marquesa de Boulainvilliers. Revelar la clave del misterioso asunto del collar hubiera sido entregar á las gentes los profundos secretos de la masonería, tan celosamente guardados. De ahí que el de Orleans, que contaba en el Parlamento juzgador con un partido poderoso, pusiese en el *affaire* todo el peso de su influencia, como puso luego todo su odio al servicio de la demagogia que acabó por llevar al cadalso al débil Luis XVI y á su desventurada esposa, la bella y frívola María Antonieta.

Quedó, pues, y probablemente para siempre, sumido en las más espesas tinieblas el secreto del célebre proceso, acerca del cual decía algún tiempo después el Cardenal de Rohan que «aunque él sólo entre todos los inculpados había dicho ante el Parlamento la verdad, no reveló *toda* la verdad, porque no podía hacerlo.»

Seis años después, en una lluviosa tarde del mes de Octubre, *Cagliostro* y los principales conjurados contra la Monarquía francesa, veían pasar desde los balcones del palacio de la marquesa de Boulainvilliers en Passy, la triste comitiva de la real familia aprisionada durante su fuga y conducida entre bayonetas al París en plena revolución.

A. READER





A LAS TORRES DE BURGOS

SONETO

Burgos tiene las dos torres gemelas
de su Iglesia Mayor mirando al cielo.
Estas agujas sienten el anhelo
de erigirse del sueño en centinelas.

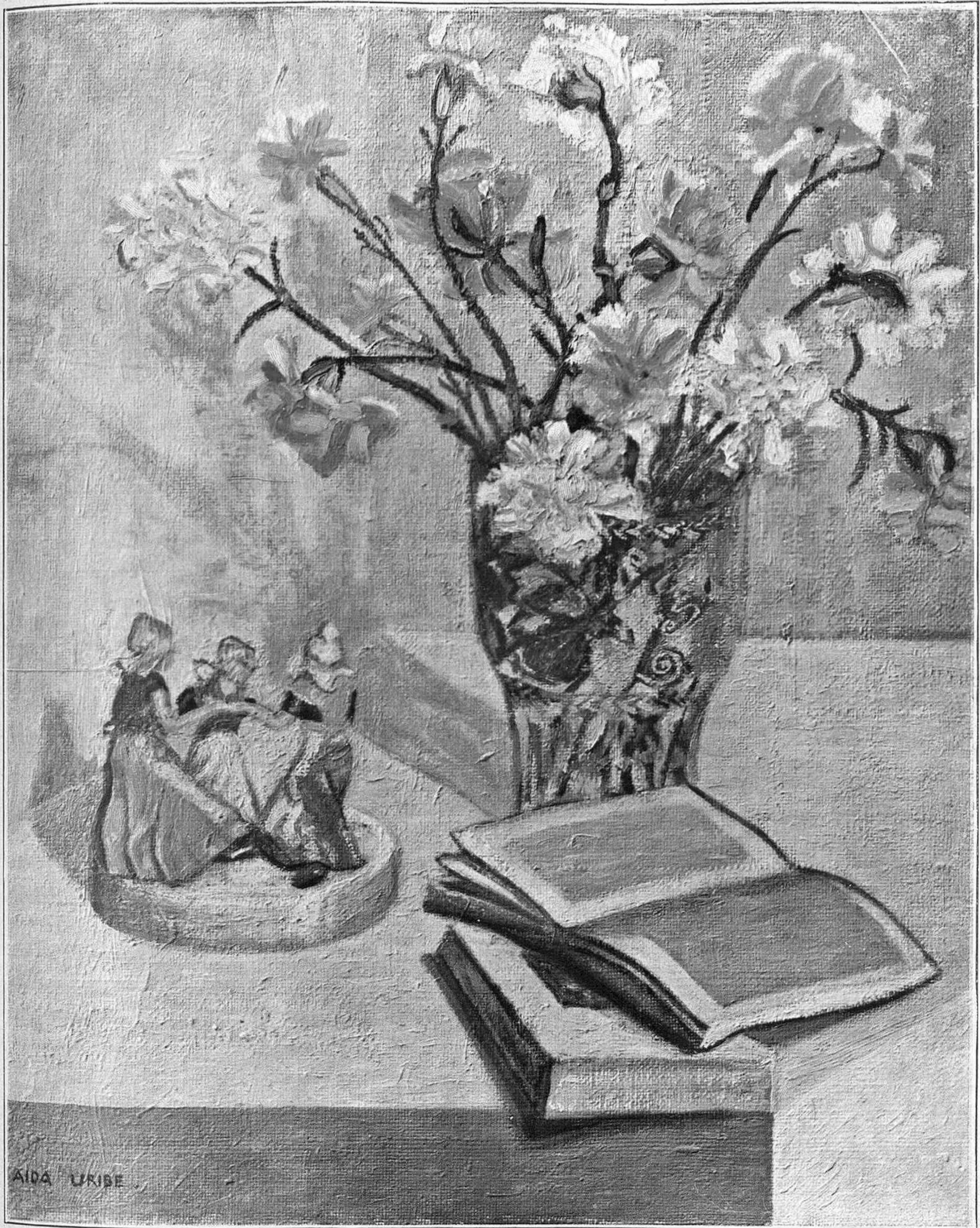
Si eres Quijote, con las torres vuelas
del ágil Clavileño en ancho vuelo
á otras regiones altas, sin recelo
de cansar al corcel con tus espuelas.

Pararrayos de luz fuerte y dorada,
por do quiera verás aquestas torres
atalagando el firmamento puras,

y en tu visión de luz atormentada,
de estas agujas la visión no borres,
¡que serán tu caballo de aventuras!

José SÁNCHEZ ROJAS

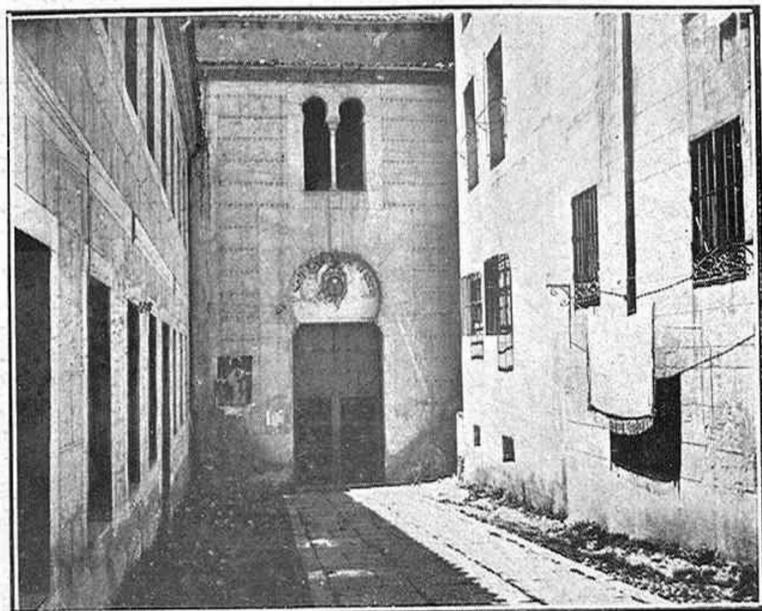
(Fot. Vadillo)



«Naturaleza en silencio», cuadro original de Aida Uribe

Recientemente expuso en el Club Femenino *Lyceum*, la joven y notable pintora colombiana Aida Uribe, una serie de paisajes y naturalezas en silencio, que ratificaron la importancia de esta artista, ya destacada en Exposiciones generales españolas. Uno de aquellos cuadros es el que reproducimos ahora y en el que se aprecian la delicadeza, finura y sensibilidad de la señorita Uribe, llamada á adquirir sólido prestigio en la pintura hispano-americana.

EL SACRISTÁN QUE PACTÓ CON EL DIABLO



Entrada de la actual iglesia del Corpus, en Segovia, antigua Sinagoga Mayor

DE todas las Comunidades hebreas que desde el siglo IV se establecieron en España, y que, hacia el siglo XIV, llegaron a un grado de florecimiento extraordinario, excitando los odios y las codicias del esquilmo pueblo cristiano, una de las más opulentas y numerosas era la judería de Segovia. Ocupaba ésta un extenso barrio en el mismo centro de la ciudad, como que, confinando con la Plaza Mayor en su ángulo meridional, extendiéndose desde el portillo del Sol, por las calles que caían a espaldas de Santa Clara, hasta la típica puerta de San Andrés.

Sometidos los judíos a fuerte tributo por cédula de Fernando IV, empezaron a satisfacer, desde mediados de Agosto de 1302, un impuesto anual de treinta dineros en oro por persona, en memoria de los entregados a Judas como precio de la sangre del Redentor. Exacerbándose con ello el aborrecimiento hebraico hacia la religión cristiana, como siempre que los gobernantes de las naciones han lesionado la bolsa de Israel, iniciaron las sinagogas su campaña secreta contra los dominadores, comenzando en Castilla el largo período de revueltas políticas, atizadas por la perfidia judaica, que hubo de durar hasta la expulsión de los hebreos de España, decretada por los Reyes Católicos.

De ese odio al Cristianismo fueron dramáticas pruebas en Segovia algunos hechos relatados por los historiadores. Atribúyese Colmenares, entre otros delitos cometidos en la personas de los cristianos, la tentativa de envenenamiento contra el obispo D. Juan de Tordesillas y la muerte por hierbas, como entonces se decía, del Rey

Don Enrique III, al que hubo de propinar mortal tósigo su médico el judío *don Mayr*.

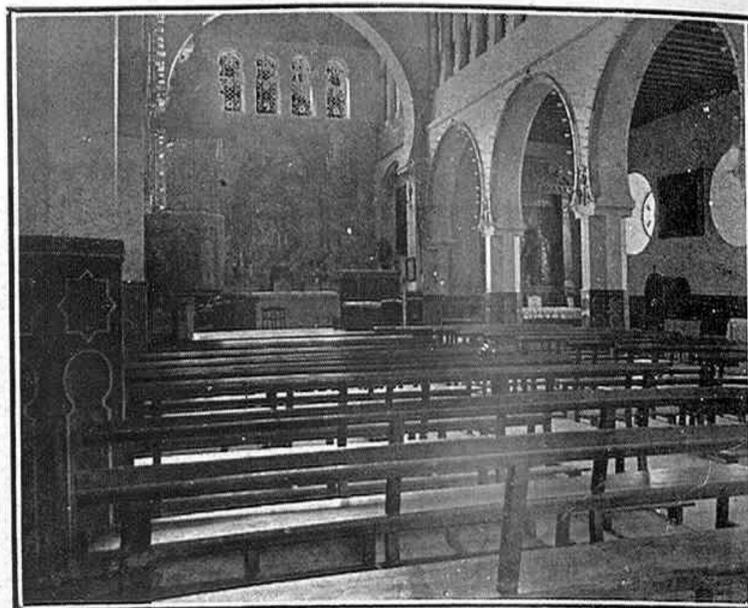
Con la siniestra figura de este médico, usurero según fama el más despiadado entre los que pululaban en la judería segoviana, hállase relacionada la emocionante tradición de la Iglesia llamada del *Corpus Christi*, que por su disimulado emplazamiento suele pasar inadvertida por el viajero, y que es, ciertamente, de los más interesantes templos segovianos, aunque el incendio de 1899 alterase considerablemente su primitiva fisonomía.

Cuenta la tradición que en 1410, el sacristán de la parroquia de San Facundo, hombre asaz vicioso, al que no bastaban los emolumentos de su oficio para satisfacer su pasión por la bebida, recurrió al usurero *don Mayr*, pidiéndole unas doblas en préstamo. No teniendo prendas que ofrecer al judío a cambio del oro, le prometió entregarle lo que él estimaba como el objeto más precioso de este mundo: una hostia consagrada. Sonrió satánicamente *don Mayr*, y haciendo firmar al sacristán un documento, quedaron ambos citados para hacer el trueque nefando. Señala la voz popular como lugar de la culpable entrevista la calle que aún se designa con el nombre del *Mal Consejo*, junto a la Trinidad.

Llevada la sagrada prenda a la sinagoga, arrojaronla los judíos en una caldera de pez ó de agua hirviente, mientras los ancianos de la tribu entonaban sus salmodias rituales. De pronto, y con espanto de los circunstantes, vieron elevarse en el aire, intacta, la hostia profanada, al mismo tiempo que se estremecían y rajaban los muros, amenazando desplomarse la techumbre sobre los impíos. Aterrorizados más que arrepentidos, huyeron éstos del lugar del prodigio, y, pasados unos días, al divulgarse el caso en la ciudad, pensando *don Mayr* atenuar las consecuencias del sacrilegio con la devolución de la Sagrada Forma, la hizo llegar secretamente al prior de Santa Cruz, quien la dió en viático a un novicio, que murió santamente de allí a tres días.

La creciente efervescencia contra los pobladores de la judería segoviana aumentaba á com-

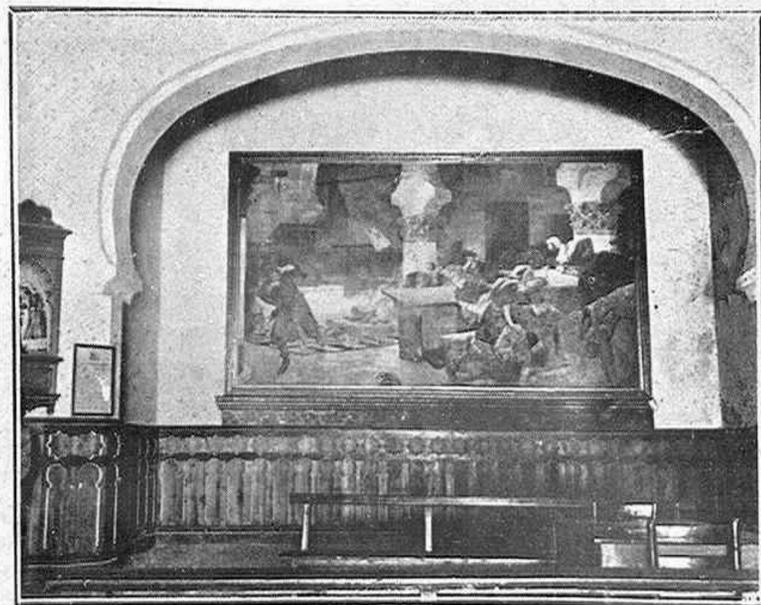
pás de la incomprensible inactividad de la justicia ante el nefario delito, no faltando quien lo atribuyese á las altas protecciones que gozaba su infame autr en la Corte. La agitación popular, rayana ya con el motín callejero, de sangrientas consecuencias, hizo al fin intervenir á los magistrados. Decretada la prisión de *don Mayr*, confesó éste en el tormento su crimen, denunciando á sus cómplices. Ahorcados y descuartizados todos ellos, fué erigida la sinagoga en templo en el año 1410. Al siguiente predicó



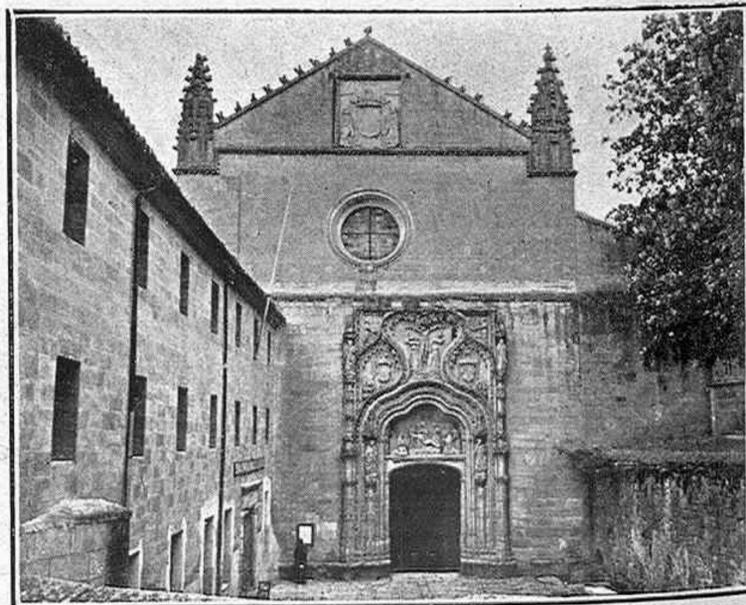
Interior de la iglesia del Corpus, antigua Sinagoga mayor segoviana, después de restaurada

en ella San Vicente Ferrer, logrando con su encendido apostolado la conversión de buen número de judíos segovianos. Durante siglo y medio permaneció la iglesia del *Corpus Christi* bajo la dependencia de la abadía de Párraces, tomando el nombre de la festividad en que anualmente la visitaba la procesión en memoria del Eucarístico portento, hasta que en 1572 pasó a una Comunidad de mujeres arrepentidas que adoptaron la regla franciscana. La iglesia, muy parecida á Santa María la Blanca, de Toledo, consta de tres naves divididas por dos hileras de arcos de herradura y de pilares octógonos con gruesos capiteles de piñas y cintas entrelazadas. Sobre los arcos corre una serie de ventanas en que alternan las de lóbulos con las de semicírculo. En el muro del fondo, detrás del altar mayor, puede aún advertirse la hendidura horizontal abierta por la sacudida que acompañó al sacrilegio, y á la que también se atribuye el desplome de la pared izquierda de la nave principal. A la entrada de la antigua sinagoga, una ingenua pintura representaba el infame pacto de *don Mayr* con el sacristán, pudiendo leerse la noticia autorizada del hecho en una tabla colocada en el pilar frontero. Dicha pintura ha sido substituída recientemente por un retablillo y un bien compuesto cuadro moderno. Aunque las sucesivas restauraciones y el incendio ocurrido á fines del siglo anterior desnaturalizaron hasta cierto punto el carácter primitivo de este templo, conserva aún los principales rasgos del típico arte mudéjar que tantas joyas dejó en nuestro suelo.

J. GARCIA BIEDMA



Cuadro y retablillo, en la iglesia del Corpus, relativos a la tradición del judío Don Mayr



Convento de Santa Cruz, en Segovia, donde fué conducida la Sagrada Forma, profanada por los judíos (Fots. Barrado)

« AZORÍN » Y GABRIEL MIRÓ



Monóvar, el pueblo natal de «Azorín», ha rendido hace muy poco á su escritor insigne un homenaje sencillo, expresivo y cordial. Para asistir á él llegó, desde un pueblo cercano, Gabriel Miró. He aquí, en esta interesante fotografía, retratados en el jardín del Casino, los dos admirables escritores levantinos: el escritor de *Castilla*, el de la prosa minuciosa, lenta, profunda y sutil, y el escritor de *Figuras de la Pasión*, el de la prosa luminosa, trabajada y bruñida...

(Fot. R. López)

GLOSA GALDOSIANA

"Solita" busca al "Batallón Sagrado"

SOLITA Gil de la Cuadra, durante la noche del 6 de Julio de 1822, pasaba por la tremenda angustia de ver cómo su padre—feriente realista—moría más que de la pesadumbre de los años y los achaques del cuerpo, de mirarse sin honra por obra y desgracia de aquel mismo que fué un día su salvador y era á la hora presente el apoyo incógnito que sostenía su ancianidad; y para que mayor fuera la pesadumbre de la atribulada joven, en toda la casa no había nada que pudiese aliviar las postreras horas del moribundo.

Solita iba de un lado para otro sin darse cuenta de sus pasos, sin que sus ojos sintiesen siquiera el consuelo del llanto porque su pena era tan honda que no podía salir del corazón.

Por fin se detuvo, y á la oficiosa vecina que en los momentos que la dejaban libre sus menesteres solía acompañarle, díjola que iba á salir.

La vieja tuvo por acertada esta resolución; y la infortunada muchacha, con el pensamiento puesto en el hombre á quien miraba como hermano y era el paño de lágrimas de sus desventuras, acercóse á su padre, y el moribundo, ya porque delirase con la desdicha que le apartaba de los caminos del mundo ó porque recogiese en su cerebro el pensar de su hija, pronunció estas tres clarísimas palabras en tono de contestación: «Sedujo á mi esposa.»

Soledad, luego de otro momento de incertidumbre, exclamó: «No importa. Voy.»

•••••

La media noche iba por filo cuando la angustiada moza comenzó su odisea por las calles de Madrid en busca de Salvador Monsalud.

Al embocar en una calleja advirtióle el sereno que había barruntos de revolución, y, por ende, aconsejóle que lo mejor que podía hacer era reintegrarse á su domicilio.

Más porque el buen astur no la tomara por lo que no era, que por miedo de verse metida en la jarana, volvió sobre sus pasos y, buscando el postigo de San Martín, subió en busca de las calles de Tudescos y la Luna.

En su pensamiento no había más que una idea fija: encontrar al «Batallón Sagrado», de cuyas filas formaba parte su fraternal amigo y bienhechor.



R. Marin



R. Marin

Por la calle de la Luna vió pasar una muchedumbre que los mortecinos reverberos de aceite no le permitían precisar si era tropa ó paisanaje, aunque más creyérase lo primero. Esto la hizo cobrar ánimos pensando que encontrábase muy cerca de lo que buscaba con tanto anhelo.

«Apresuró el paso; pero no había andado seis cuando se oyó un tiro; después, dos, tres...»

«—¡Los guardias! ¡Los guardias! ¡Que degüellan!...—gritaba la multitud, corriendo empavorecida.

«—¡Viva el Rey absoluto!...»

Y contagiándose de aquella gente que ponía su salvación en la ligereza de los pies, corrió también, y sin saber por dónde había ido encontrarse en la calle de San Bernardo. Recordó entonces haber oído decir que el «Batallón Sagrado» estaba en la Cuesta de Santo Domingo, é intentó acercarse á dicho lugar; pero la muchedumbre, atosigada por varios soldados de Caballería, la obligó á distanciarse.

En su torno sólo oía gritar angustiosamente:

«—¡Que vienen los guardias!...»

A uno que corría á su lado pidióle noticias del anhelado Batallón, y el preguntado, sin detener un solo momento su vertiginosa carrera, respondió que estaba en la Plaza Mayor, y como á este tiempo llegase el hombre á la puerta de su casa, metióse en ella y atrancó el postigo tan pronto como vióse en salvo...

Tras de mil vueltas y revueltas, entrándose por la calle de la Justa, é intentando pasar por la de Tudescos—en donde le cortó el paso una columna de la Guardia Real—, logró dar en la del Desengaño, y, tomando luego la de la Montera, dió al cabo en la Puerta del Sol.

Toda la plaza—entonces harto reducida por las callejas y edificios que la rodeaban y la fuente de «La Mariblanca» que había en el centro—estaba llena de gente.

«Tropa y milicianos formaban delante de la casa de Correos; pero después de un instante la tropa entraba en aquel edificio y los milicianos salían por la calle de Carretas...»

Solita tornó á preguntar á un miliciano por el «Batallón Sagrado»; pero, á lo que parece, la milicia, aunque sea urbana, cuando está en funciones de su belicoso ministerio, pierde la urbanidad y dejó á la infeliz con la palabra en la boca. Al fin, dos paisanos que cruzaron ante ella con los fusiles al hombro se brindaron á acompañarla.

«En las inmediaciones de la Plaza Mayor, los milicianos ocupaban toda la calle. Todos hablaban á la vez... Oíanse trastrocadas las palabras *libres y esclavos, leales y pérfidos, Constitución y Rey neto, li-*



drosas liebres cada cual escapó por donde bien pudo y nadie supo ni curó de averiguar por dónde huyera aquella mujer tan sola entre tanta gente.

•••••

Durante las primeras horas de la mañana del memorable día 7 que se cuajó en las páginas de la historia como párrafo glorioso de la Libertad, tuvo lugar la famosa epopeya que la milicia matritense llevó á cabo en defensa de la Constitución ofendida y vilipendiada.

El arco de Boteros fué arco de triunfo para los hombres libres. Palarea, San Miguel, Copons, Ballesteros y don Benigno Cordero fueron los caudillos de la jornada.

El pueblo quería llevar en triunfo á los héroes, y eran las mujeres quienes más empeño y entusiasmo ponían en ello, gritando con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Viva la Milicia Nacional!

De pronto arremolináronse todas en torno de una que había caído desvanecida.

Don Benigno Cordero llegóse á ver lo que acaecía, y fué el más solícito en prestar auxilio.

«La desmayada, puesta, al fin, en pie, abrió los ojos, miró á todos con estupor apartándose el cabello que sobre la frente le caía, y preguntó:

—¿El Batallón Sagrado?...

..... El «Batallón Sagrado»—compuesto con oficiales del reemplazo y voluntarios entusiastas—estaba en la plaza de Oriente, y unido al regimiento del Infante Don Carlos, ocupábase en cortar toda comunicación con Palacio. Un soldado miraba á contener un grupo de entrometidas mujeres que á todo trance querían meterse en donde nadie las llamaba. De pronto «se sintió ruertemente asido de un brazo y oyó una voz... ¡Oh, sorpresas de las sorpresas!

—¡Solilla! ¿Tú aquí?... ¿Pero eres tú?...—exclamó con júbilo, apartando á otras personas para que la joven estuviese más cómodamente á su lado.»

A lo que respondió la acongojada muchacha, dejándose caer, materialmente, en los brazos del guapo mozo:

«—Desde la madrugada te estoy buscando, hermano. ¡Gracias á Dios que al fin ha querido que te encuentre!...»

DIEGO SAN JOSE

(Dibujos de Ricardo Marín)

bertad y despotismo. Todo se oía menos lo que quería oír.» Extraviada de los hombres que con tan buena voluntad acompañáronla, una y cien veces volvió á formular la pregunta que era como una obsesión, y sólo con burlas y cuchufletas fué respondida. Todos creían que era una daifilla curiosa; nadie conocía su pena, y así nadie veía que llevaba la angustia en el alma.

«Y estuvo á punto de quedarse sorda por el estrépito que producía el rodar de los cañones que arrastrados á escape por poderosas mulas venían la calle adelante, rechinando, saltando, rebotando sobre cada piedra. Soledad empezó á comprender que Dios la abandonaba en aquel trance, que la ocasión y el lugar no eran á propósito para buscar á un hombre perdido en la inmensidad del «Batallón Sagrado» y en la hora crítica de la Revolución.»

Y estuvo á punto de darse por vencida; pero la aterradora imagen de su buen padre agonizante, la casa desamparada, el hogar sin lumbre y la faltriguera sin dinero tornaron á representársela con terrible fuerza; y, dando un espolazo á su voluntad fatigada, rompió á andar nuevamente y encaminóse al arco de Boteros; mas otra vez la férrea ordenanza militar hubo de rechazarla, y ahogando los suspiros y bebiéndose las lágrimas que al fin quisieron dar consuelo á sus ojos, «corrió hacia la plazuela de San Miguel y después hacia la Puerta del Sol... Por todas partes tropas y milicianos que mandaban á los vecinos retirarse.»

«—¡Dios no quiere!...—dijo—. Es imposible. Volveré á mi casa... Dios no nos abandonará...»

De pronto pensó que los enemigos de su padre, guiados por aquel fanático maestra escuela D. Patricio Sarmiento, podrían ir en su busca, y ya no tuvo alma ni alientos para otra cosa que para tomar la vuelta junto al moribundo.

«Dios, sin embargo, no quiso que en aquella aciaga mañana fueran dichas las horas de la infeliz joven, y no la dejó andar veinte pasos en paz. Por la calle de las Fuentes, por la de las Hileras subían columnas de milicianos granaderos, terribles, amenazadores; iban á cubrir el flanco de la plaza. El paso por aquella parte estaba cortado. El aspecto imponente de las tropas la ofuscó de tal modo que tomó el peor partido corriendo hacia la calle Mayor; pero dos mujeres que iban hacia la de Santiago indicáronle aquella dirección como la mejor; pero no había llegado á la calle de Milanese cuando sintió el horrible estrépito de miles de disparos, gritos, vivas y mueras y un bramido colosal, mezcla de humanas voces y de la tremenda palabra de los cañones.»

Sonaron otra vez gritos de: «¡Los guardias vienen!», y como me-



DE AHORA Y DE SIEMPRE

DE NUEVO EL TEMA VIEJO DEL REALISMO



Lo inaudito no es que hayan sido prohibidas ciertas obras y condenados los empresarios y actores de algunos coliseos; lo raro es que esto haya acontecido precisamente en Nueva York y que la Frensa aproveche la propicia coyuntura para emprender una campaña contra la importación teatral de la «vieja y viciosa Europa»... Por muy acostumbrado que se esté á la fantasía yanqui, al absurdo yanqui, á lo raro y sensacional, á lo inverosímil y á la incongruencia de allá, la noticia de haber sido intervenidos judicialmente el Empire, donde se estrenó *La Prisonniere* (*The Captive*) de Eduardo Bourdet (autor novel casi, aunque nada joven, que se reveló en París de súbito con su comedia el éxito de la temporada pasada); el Princess, donde se representaba *El hombre virgen* (*The Virgin Man*), y otro, donde se estrenó *Sexo* (*Sex*), de Mae West, protagonista y autora, había de sorprendernos necesariamente, no tanto, en ver-

dad, por las obras en sí dada su índole, sino en cuanto á los comentarios, duros, acres, de aquella Prensa, tan dada siempre á lo sensacional y escandaloso.

De la «vieja y viciosa Europa», es esta *Prisonniere*, cruda de concepto y de expresión; pero no lo son las bacanales de monstruoso sensualismo, que organizan, á las veces, pandillas de millonarios y cinedófilos yanquis, y que suelen tener, de cuando en vez, epílogos trágicos. Y no es precisamente privativo de costumbres europeas el argumento de *Sexo* de Mae West, prohibida, al cabo de las quinientas representaciones, que es cuando vinieron á darse cuenta de que era francamente inmoral, y que debía encarcelarse á la gentil autora-actriz.

Sexo, al parecer, tiene escenas de violento realismo, destacándose las de la casa de la protagonista y una entre amantes; esta comedia, cuya acción sucede en Yanquilandia con lejanos pero

posibles contactos con *Miss Warren Profesion*, tiene, según se deduce de las críticas de los comentaristas teatrales, tanta violencia en el fondo como en la forma.

¿La crudeza en la expresividad, el realismo de esas escenas será mucho mayor que el de no pocas sensuales, amorosas, de tantas películas americanas?...

Para los habituales al *cinema* no es un secreto el ímpetu realista, colmado de morbosa complacencia, en la plástica amorosa de las escenas idílicas, en las *films* yanquis. No es un secreto, á la manera que es necio hablar, por lo que á esto respecta, de que el realismo en la escena es cosa de estos tiempos, y de exportación europea. Ciertamente es Europa, en achaques artísticos, quien muestra las primeras inquietudes estéticas siempre, y de donde procede toda artística innovación. Pero venir ahora hablando de realismos y achacarlo á la espiritualidad defor-

mada, retorcida, de la *post guerre*, es ignorar los más elementales principios históricos en materia teatral.

Desde los tiempos remotos de la Grecia heroica, constituía principalmente la fábula, de la comedia, la expresión más afín a la vida cotidiana. Así, tenemos en las obras de Aristófanes imitaciones de personas conocidas—Sócrates, Eurípides—como expresividad racial, y como motivos de palpitante realismo.

Los poetas Terencio Eunio, Flauto, llevaron a la escena la expresividad más acentuada en reflejos auténticos del vivir diario. Los romanos representaban a las descubiertas, y a las claras, toda clase de escenas; del modo de actuar los actores de los días remotísimos de Marcial y Tertuliano en que un comediante fué quemado vivo en el papel de Hércules, y de las obscenidades crudísimas que cometían interpretando los amores de Leda y el Cisne, de Pasifae y el Toro, han quedado muy concretas alusiones en *De Spectaculis* y en *Ad Nationes*.

Los actores ingleses del siglo xvi, que fueron los iniciadores, después de la amplia época de los Misterios y Moralidades, del teatro de la vida real, fueron también los que dieron a su arte la más cabal verosimilitud.

No llegaron entonces a llevar el realismo a la indumentaria, pero en la expresividad y en las fábulas buscaban *lo vivo*, sin darles un ardite el caer en groserías y violencias. Buscaban el efec-

pero esta es otra cuestión que merece atención aparte.

El realismo, como se ve, desde el nacimiento del teatro a nuestros días, ha sido la más dilatada preocupación. Ibsen vino a dar motivos más que suficientes para que la inquietud realista se avivase más y más. Dos tendencias existían entonces en el arte dramático: una ampulosa huera, declamatoria, fría, y un verismo exaltado.

Estas dos tendencias se divorciaron y destacáronse mejor a medida que en el teatro donde imperaba la manera nórdica aparecieron las primeras vibraciones espirituales de los pueblos latinos. La Réjane, Sarah Bernhardt, Coquelin el viejo, Susana Despres, impusieron su arte admirable. Los italianos Rossi, Tomás Salvini, Adelaida Ristori y, sobre todos, Eleonora Duse, trajeron el impresionismo escénico, al que tanto se prestaban los dramas ibsenianos, las inquietantes elucubraciones de Maeterlinck, y del que Zacconi es el más genuino representante.

Se me dirá que estos comediantes no llegaron nunca en la expresión a lo que los actores de que nos habla Tertuliano, y a los que han sido ahora encarcelados en Nueva York. Cierto. Pero ¿quién puede dudar que estos cómicos, como en nuestro teatro Máiquez, que trajo las maneras de Talma, Tallaví, Borrás y otros tantos henchidos de ímpetu realista, no han sentido alguna



vez la tentadora idea de una representación colmada de verismo?

Acaso les faltase la obra. El realismo de Tolstoy, de Hauptmann, de Auzengruber, de Strindberg, de Zola, de Bécquer, etc..., tan discutido, tan escandaloso en su época, tenía otra modalidad... Lo que ayer era atrevido, hoy ya no asombra mucho. Tal vez mañana estas obras, que ahora son suspendidas en Nueva York, como hace tres años en Génova prohibieron las autoridades la comedia de Rosso di San Secondo, *Una cosa di carne*, resulten insípidas é inocentes. ¿O persista el veto, como al cabo de los años lo ha puesto lord Chamberlain de nuevo a los estudiantes de Cambridge empeñados en representar *Miss Julia*, de Strindberg!...

¿Dónde empieza y acaba la moralidad? ¿Hasta dónde puede ser permitido el realismo? ¿Qué escenas ó qué obras deben sustraerse a la contemplación de la generalidad? Tema es este inagotable de múltiples facetas. Y no de estos tiempos; es de siempre... Oscar Wilde resumió esta cuestión en una admirable frase: «Una obra no es moral ó inmoral. Está bien ó mal escrita. Esto es todo.» ¿Todo?... No. Es... bastante; pero...

E. ESTEVEZ-ORTEGA

(Fots. Agencia Gráfica)



to con todo empeño, recurriendo a las veces a ingenuos trucos que demuestran la preocupación entonces imperante. Los actores llevaban vejigas con sangre en el cuello, ó bajo el jubón, para que saliera, en el momento que la obra lo exigía, bien porque fuese muerto, herido ó cuando tuviera que suicidarse algún personaje.

Durante mucho tiempo, este criterio, que se enseñoreó de los escenarios de todos los países, era considerado como la mejor expresión del arte escénico, y hasta en muchos teatros—en Berlín, por ejemplo—llegaron a establecerse indemnizaciones en metálico para los actores que tenían que ser rociados con agua ó que eran abofeteados durante la representación.

De un modo efectivo, veraz, real, se representaba. La escena, poco a poco, fué también participando del realismo; y si asuntos reales y escenas de franco verismo se sucedían en los tablados, el marco y ambiente de los personajes se procuraba también que fuese real; y así lentamente, la *mise en scène* fué adquiriendo una autenticidad insospechada. Se llegó a que en la escena todo fuera de *verdad*.



“ N I D O D E C I G Ü E Ñ A S ”

Un capítulo de la nueva novela del ilustre escritor Salvador González Anaya

Carta XXIII, titulada La procesión de las espigas

TE cumplí mi palabra. Ya he descansado, y tú también, de mis jaquecas. Hoy hace nueve días que no asgo pluma ni utensilio que le semeje, ni hago otra cosa que aburrirme, bordar unas enaguas para Reposo, y esperar carta de mi padre y noticias de Quica Colmenares, á quien he escrito de mi asunto, á ver si me consigue lo que deseo. También me he cogido al piano, y ensayo cositas de moda, dando matraca á los vecinos y celos al canario, que se enardece apenas que siente la música. Esto y leer los periódicos, ver los muñecos de LA ESFERA, y saborear poquito á poco la novela de D. Armando que me trajo Rodríguez de Madrid, constituyen mis quehaceres.

Pero hay algo más importante que los bordados y las teclas, y la lectura y el acecho. Aquí, en Alazores del Río, lo más importante es sudar. Sudar, cuando sopla sudeste. Y cuando no sopla, freirse. *Sartén de Andalucía* parece que le llaman á Ecija. Yo no dudo que en Ecija haga calor de zona tórrida, ni niego que merezca el flamígero remoquete; pero en Alazores, ¡zapato!, á cuatro leguas de ese pueblo que tiene el sol en sus escudos, y en la misma vega del río, también sudamos por los poros como botijos de la Rambla, ó se nos hace yesca la campanilla.

Más, ¡ay!, tu carta es soplo frío que baja de Sierra Nevada, ó tú eres más fresquita que una lechuga, y que perdona don Gregorio. Te pido consejo de amiga, que en tan críticas circunstancias equivale á socorro espiritual, y me sales por peteneras, cuando yo estoy de cante *jondo* hasta la misma coronilla. ¡Si aquí pregonan las cotufas con estilo de soleares, y la *Cuatrico* vende *zazagozanos*—portugueses y sevillaaanos!—como la *Niña de los Peines*!

Menos mal que entre bromas apuntas una solución: la más repugnante de todas, la que no quise incluir siquiera en el *decálogo* de marras: ¡que me case con el *Cigüeño*! Y conste que no has dicho ningún disparate de á folio... por lo que concierne á mi tío. Ahora que yo..., sobrina y cónyuge, prima y madrastra, novia y suegra..., voy á parecer jeroglífico. Y tú figúrate que luego mi yerno, el muy granuja, me hace el amor... ¡El amor de una suegra, que es la locura!

Dejemos esto por ahora. Me sopla la musa un poquito y la plumilla travesa. Quiero contarte lo que he visto en la Fiesta de las Espigas, y lo que escuché de don Juno, de «mi» elocuente prometido, y del inevitable Registrador.

Si mal no recuerdo, mi carta quedó truncada en el instante en que estalló la pólvora de un cohete y volteó la campana de Santiago anunciando el fin de la misa. ¡Dios, y qué carta! No hagas caso de la exaltación destructora, diré mejor del golletazo con que la rematé malamente. Estaba cansada y furiosa, y no medité lo que dije. Después me refí mucho, muchísimo, recordando los disparates, la barredura y el incendio con que acabé con Alazores, á los impulsos de la cólera y la sugestión inconsciente de los bellos trucos del *cine*.

Dejando á Juanito en la luna, quiero decir lleno de asombro ante mi actitud paradójica, corrí por la calzada sin detenerme hasta llegar á Santiago, donde se organizaba la procesión. Aclarábase el firmamento, que resolvía el gris nocturno en la tenuidad vaporosa de unos matices violetas. La electricidad de las lámparas se amortiguaba en el crepúsculo. Las luces de velas que ardían ante la portada del templo eran como llamas de oro.

Varias parejas de civiles abrieron sitio en la



SALVADOR GONZALEZ ANAYA

llanada para que encabezasen la procesión. A poco de meterme en la bulla hallé á *Doña Pata* y sus vástagos—excepto á Guadalupe procesionista—, y al Registrador, que buscábanme entre los grupos del gentío. Rodríguez de Moheda y Juanito llegaron minutos más tarde. Para evitar los comentarios, aduje que estaba en Santiago oyendo la misa y la plática. Elogié la elocuencia del padre Coll, y la devoción de los fieles, y hasta los gargarismos de los cantores, que habían estado para atarlos, según me dijeron después. Mentira gorda—y necesaria—que Dios habrá de perdonarme con misericordia infinita.

Acordamos entonces cruzar el pueblo lentamente, salir por los portales de la Odrería, sobre el camino de Azagaya, y elegir allí miradero; y cuando ya fuese pasada, cortar por el cortijo de Mataliebres, para ir al Viso del Hisopo, delante de la ermita de la Patrona, donde se bendicen los campos—espectáculo emocionante—y la procesión se disuelve, y hacia el camino de Azagaya encaminamos nuestro rumbo.

Mientras á fuerza de codazos, metiendo los pies en las juncias, y zigzagueando entre la gente que endomingada discurría por el itinerario procesional, marchábamos nosotros hacia la otra parte del pueblo, estallaron nuevos cohetes, y todas las campanas alazoreñas—desde el potente bronce de Santa Cruz á la juguetona esquililla de las monjitas marroquíes—comenzaron á repicar. Ya las luces del alba clareaban el ambiente grisáceo, y los colores de las cosas iban surgiendo de la noche. Multitud de balcones hallábanse, como búcaros de claveles, llenos de muchachas bonitas, y adornados de colgaduras. Un airecillo mañanero ondeaba las banderas sobre los mástiles. Y todo era júbilo y risas.

Aunque flotando cual espuma en este oleaje de alborozo, ya puedes suponerte cómo iba yo, con el corazón lacerado y el alma inundada de

lágrimas que se vertían al interior. Así es que tuve que imponerme con duro y prolongado esfuerzo la serenidad necesaria. Lo conseguí, como era lógico, pues ya conoces mi carácter, y logré más: interesarme por el bullicioso espectáculo, como narcótico á mi pena.

Media hora después nos parábamos en el camino de Azagaya, y en un ribazo de verdura que en la derecha linde erguíase asentáronse los reales. Echóse *Doña Pata* sobre la hierba para reponer su fatiga, y en torno suyo, y adoptando posturas cómodas y honestas, nos instalamos las tres jóvenes, mientras la trinca masculina quedábase en pie ante nosotros.

La carretera hormigueaba de heterogénea muchedumbre que sobre los rastrojos de los declives y en los bordes de las cunetas iba dejando, como un río, pintorescos remansos de espectadores. A veces, bocinando con la impaciencia del progreso, pasaba un veloz automóvil. Otras, vestusta diligencia, cargada de sacos de harina, rodaba perezosa y bamboleante, y escuchábamos los trallazos, las colleras de cascabeles, la zumba del borrico liviano y las voces del mayoral. Luego unos caballistas jineteaban sobre sus potros andaluces, luciendo el «sevillano» de barboquejo y el talle ceñido y airoso.

Tras de nosotros, y muy próxima, revolando en un seto de cambroneras, pipiaba una banda de chamarices; y en los trigales, las alondras y los voraces gorriones. Olía la mañana á canfueso, á mejorana, á almoradux, á la paja de los rastrojos, á fronda húmeda de rocío. Confieso que todo esto, nunca gozado—los trinos de las aves, los mil olores mañaneros, la grata finura del aire, la animación del espectáculo y el atractivo de la fiesta—acabó por borrar del lado izquierdo la ansiedad dolorosa que lo transía. Gracias á Dios, soy un espíritu sensible á los encantos voluptuosos, y me consuelo fácilmente. Si fuese tan huraña y tan reconcentrada como mi prima, hubiere muerto de pesar.

Rebasando de la Odrería, apareció en la carretera la escolta de la Guardia civil, y tras de los caballos la comitiva, que á la distancia era de sombras y móviles luces fantásticas. Acentúese el campaneó. El disparar de los cohetes policromaba, bengalino, la transparencia de la atmósfera. Sonaban los clarines y los tambores con ecos largos y confusos. Recogióse la gente en las márgenes del camino, sobre los montones de grava, en los guijeros de la acequia, delante de los setos y los vallados, y la chiquillería se encaramó sobre los árboles.

Minutos después, doble hilera de velas encendidas aproximábase al ribazo y desfilaba á nuestros pies. Era la vanguardia inocente de fervorosos pequeñuelos, adoradores tarcesianos, que en la pureza del ambiente elevaban sus voces cristalinas cantando las estancias del himno:

¡ Cantemos al Amor de los amores!
¡ Cantemo al Señor!
¡ Dios está aquí!

Con su candelica rizada pasó Lelín, sereno, grave, distrayendo los ojos con disimulo para no vernos al pasar. Su esquivéz y melancolía me impresionaron hondamente. De fijo que nos vió desde lejos, pero no quiso saludarnos.

No se le ha quitado la fiebre, y cada vez está más pálido. Come muy poco, duerme menos, y tose levemente de noche, con una tosecilla rápida y seca que nos produce escalofríos. A pesar de mis prevenciones, el médico sigue opinando que no tiene importancia la calentura, y que pasará prontamente.

Detrás de los infantes, que eran muchísimos—el ciento y la madre, decía don Gregorio Sotomayor—, comenzó el paso de señoras. Entre

las filas, las banderas de las secciones que han acudido de Sevilla se desplegaban ampliamente en la quietud de la mañana, mostrando su sedea blanca. Aristocracia y pueblo unidos rendían culto amoroso á Cristo Señor de los cielos. Pasaban esclavas del agro, quemadas por los soles de la campiña, con galas humildes ó toscas; y damiselas elegantes, luciendo sus vestidos de colorines y sus mantillas sevillanas, tocadas con la gracia característica de las mujeres andaluzas.

Todas cantaban esforzándose con evangélico entusiasmo, y sus agudos argentinos eran como finas saetas que iban á clavarse en la altura, de donde las tomaban los ángeles para ofrecerlas al Eterno:

*¡Gloria á Cristo, Jesús! ¡Cielos y tierras
bendecid al Señor!
¡Honor y gloria á Ti, Rey de la Gloria!
¡Amor por siempre á Ti, Dios del Amor!*

—El himno—opinó don Gregorio—no es un modelo literario. Me parece pobre de ideas. ¿Es que los adoradores nocturnos no han contado con un poeta capaz de inflamarse, inspirado por el sublime objeto que trataba de celebrar? ¡Es una lástima!

—¿Y qué importa?—arguyó don Isidro—. La himnica es siempre primitiva; no quiere imágenes poéticas, sino vocablos encendidos que prendan en el corazón. Patrióticos ó religiosos, todos los himnos que se entonan desde los tiempos de la Biblia son gritos cándidos, no más. Cuando aullan los antropófagos, al entrar en combate con otras tribus, pensando en devorar á sus víctimas, no necesitan, ciertamente, del aguijón de la retórica para que su alma se enardezca con la sabrosa perspectiva de un filete de maorí. Nuestro glorioso himno de Riego, tan desacreditado por el abuso, ¿no es un conjunto de baladros verdaderamente ridículos? Y, sin embargo, todo un pueblo se electrizó cerca de un siglo con sus resonantes estrofas.

Intervino Albariza, abundando en su parecer. —Tiene usted razón, don Isidro. Así, en el misterio nocturno, y al resplandor de las antorchas, los griegos celebraban sus grandes fiestas eleusinas, sus procesiones cereales, entre sonos de sistros y dulces gemidos de flautas; y cual nosotros, los cristianos, cantaban himnos religiosos de inocente rusticidad. No los compusieron aedas, sino los pastores beocios, la fe humana y viva del pueblo; y eran cánticos á Demeter, la diosa de las eras y de las trojes, cuyo atributo fué la espiga, metamorfosis de la planta, símbolo de la vida futura y del espíritu inmortal.

Declaro ingenuamente que me contentó el discursillo, y que me sentí satisfecha; pero la pícaro eutrapelia, esta propensión á la burla que hasta en las horas más solemnes me tienta á decir donosos, tiróme de la lengua y le dije:

—¡Hombre, qué sabes de esas cosas! Si como has aprendido mitología llegas á aprender de *lo otro*, ¿á ver quién es el guapo que te suspende?

—Tragóse «mi» novio la píldora, y hasta se puso colorado ante las risillas «palmípedas»; mas no le vi que se enojara. Tiene, desde luego, correa.

—¡La espiga!—exclamó, pensativo, don Gregorio Sotomayor—. Henos aquí asistiendo al maravilloso espectáculo de la Idea triunfante sobre los credos y los siglos. Las vagas y no bien definidas creencias que la Humanidad poseía sobre el destino de los hombres más allá de la vida de la materia, tomaban cuerpo en una espiga que alzaba el hierofante sobre sus sienes con la misma liturgia que los sacerdotes de Cristo. Y como en Beocia y el Atica y todos los campos de la Hélade, los coros celebraban á media noche el gozo maternal de Demeter, así, luego, en Sicilia, y en la verde patria italiota, Cerc enseña á los mortales á remover la tierra con el arado, á sembrar la rubia semilla, á usar del filo corvo para la siega y á amasar el pan nuestro de cada día, cuando ya en las selvas sagradas faltaban las bellotas y los madroños, salvaje alimento del hombre. A esta diosa de porte magnífico, de cabellera espléndida, de serenos ojos azules, que viste un amarillo peplo como las mieses que madura, y se corona con el modio, le está

consagrada la espiga. Y ruedan por el orbe los siglos, y todo se hunde en el fracaso, y de Grecia y de Roma quedan escombros, y de sus dioses las estatuas—bronces y piedras sin espíritu—domeñadas en los museos á la tiranía del catálogo; y de sus mitos, las leyendas que las rapsodias perpetúan; y sobre tanta ruina, y tanta tierra sepultada, y tanta historia escrita para el olvido y los ratones, temblando á los soplos del aire, preñada de granos de oro, reproducida eternamente, se alza victoriosa la espiga; ora, cenicienta, no tocada, tal como surge de la tierra; ora, convertida en pan ázimo; y como en otros tiempos, entre amapolas y las lágrimas de la mirra y humo de azafrán y de incienso; y hoy, ante el ara del Dios único y en las unguidas manos del sacerdote, la Idea se erige sobre el mundo.

No pude refrenar mi entusiasmo, y felicité á don Gregorio, estrechando su mano con frenesí. Reyes y Pilar se sumaron á este homenaje admirativo con hiperbólicos elogios, y *Doña Pata*, enternecida, limpióse el sudor de la frente y declaró que el parrafito era digno de Castelar.

—Y sabe Dios si será suyo...—medité para mis adentros. Luego, volviéndome á Juanito, le compadecí tiernamente:

—¡Valiente baño, Cicerón!

Con estas vayas y facundias entreteníamos el tiempo, mientras se desgranaba calmosamente la comitiva femenil al son monótono del himno. Como arquetipos de belleza, en medio de los rostros vulgares, de las espaldas encorvadas y de las juventudes sin atractivo, de rato en rato desfilaban algunas señoras guapísimas. Pasó una morena estupenda, garbosa y con derrame de señorío: la marquesita de Alamares, título célebre en España, más que por lo alcurniado de sus blasones, por la fiereza de sus toros, de los más bravos que se lidian. Después, otra dama, alta, joven, de magníficos ojos negros y armonioso cuerpo de estatua, que era la esposa del notario del inmediato pueblo de Los Azarbes. Detrás, doña Trini, muy tiesa, con sus espléndidas narices—las tiene de Carlos III—y su papada mayestática. Tras la alcaldesa, Guadalupe, Lizqueando más de lo corriente por culpa de la falta de sueño. Y, por último, guapa, ¡guapa!, Reposo, envuelta entre las blondas de su mantilla sevillana, que nos saludó con el cirio y blandió la cabeza como diciendo:—¡Novios de meneses, cuidado!

—Aquí tenéis—habló Juanito, por lo que presumí, enojado á consecuencia de mi apóstrofe—las dos alegorías del culto verdadero y el paganismo. Ved á Reposo. Es la cristiana que puede servir de modelo por su gravedad y recato. Tiene los ojos negros de Dolorosa. Y ved á Tani, que diríase que viene de la fiesta de Ceres, de ofrendarle hierba sabina y dulces pasteles de sésamo, y de bailar ante sus aras. Con un vestido blanco y una cigarra de oro en los cabellos...

—Tendrán que crecerme...

—¡Está claro! Y peinártelos á la griega. Y con ese espíritu alegre, que es gracia pánida, optimismo, comprensión clara de la vida, parece una nena gentil.

—¡Mira qué gracioso! ¡Y lo soy!

Sonrieron todos del equívoco, que dió pábulo á don Gregorio para otra erudita oración, mientras que, precedidos de los acólitos, con cruz alzada y largos cirios, pasaban las secciones de adoradores cantando el Himno del Congreso bajo los pliegues cándidos de sus respectivas banderas. Pasaban... Pasaban... Pasaban... Eran mil, dos mil, ¡qué sé yo! Habían venido de Sevilla, de Sanlúcar de Barrameda, de Cádiz, de Jerez, de Montoro, de Córdoba, de Cabra, de Los Azarbes y de Bollullos del Condado, amén de las secciones de la provincia.

Aun divisábase el camino lleno de llamitas de oro, y ni del palio y presidencia alcanzábamos las señales, cuando ya la vanguardia de tarciianos ocultábase á nuestra vista. Por el reténir de las músicas y el disparar de los cohetes nos dimos cuenta de que iba subiendo la cuesta del Viso, que es larga y áspera y penosa. Para adelantarnos sin prisas, bajamos del collado y, tomando la trocha de Mataliebres en diez minutos, nos pusimos en las alturas de la ermita y frente al altar erigido para dar á los campos la bendición.

En torno al altar, mucha gente. El sacristán de la Patrona nos protegió con un asiento en el que colocamos á *Doña Pata*, antes de que largara con el cansancio el hinchado hígado y los bofes. Junto á la fatigada señora hicimos corro, conversando.

Tenía el altar cuatro frentes. En cada ángulo, un poste revestido de hiedra, entretejida de amapolas, aireaba una hermosa bandera con los colores nacionales. Y en el centro del ara, entre candelicas y rosas, alzábase en triunfo Nuestra Señora de la Oliva, la amada Virgen de Alazores, con su túnica blanca, su manto azul, su rostro divino y riante, sus manos divinas y orantes, sus ojos divinos y ardientes, y la melena desatada, rodando en áureos rizos sobre los hombros como una cascada de luz.

Ya la mañana era en el cielo y por los campos claridad. Sobre los distantes repechos que quietan por ocaso, hacia el camino de Quiroga, la baja planicie del río, erraba una falange de nubes cárdenas que iban retintándose en púrpura. Una larga nube de plata estacionábase en la altura. Y por las blandas montañuelas que en la confusa lejanía cierran el horizonte de Córdoba, la franja de oriente era un pliegue de tonalidad ambarina con enrojecidos albores.

Desde la cima, el panorama que ante nuestros ojos abríase desplegaba la pompa de su magnificencia estival, de belleza un tanto uniforme. Oteando la campiña en la orientación castellana, ó hacia las béticas riberas, ó remontando con la vista el curvo curso del Genil hacia donde el Darro se vierte; y luego, cara al sur, frente á Málaga, el horizonte se perdía en lontananzas de olivares: torcidos troncos centenarios; copas que derramaron pródicamente aceite de quinientas cosechas, y en cuyas hojas de envés claro pudiera escribirse con sangre mucho de la historia de España. Olivos sevillanos y cordobeses, multitud de ellos tan antiguos como el gallardo minarete que corona la iglesia de Santa Cruz.

Entre la fronda verdeobscura de los añosos aceitunos clareaban los tapices de sembradura, el tierno pampanaje de los majuelos y los naranjales lozanos; y redorábanse las mieses y las rastrojeras sequizas. Brillaban algunas acequias. El Genil, sosegado, se aparecía á los diamantes del crepúsculo, hecho una lámina de plata. Aquí y allá diseminábase un salpicón de cortijadas, de aceñas y molinos de aceite, de encerraderos y de chozos, y la cal destellaba sobre los muros con luminosa nitidez. En medio de los bosques de olivos tendíase, anchuroso, Alazores, erigiendo sus campanarios—donde los bronceos volteaban con jubilosa algarabía—y lleno de banderas y luces.

Media hora después, el camino que en dilatados espirales gana la cumbre del otero en donde se eleva la ermita, ocupábase totalmente por los adoradores nocturnos. Arrodillados en dos filas á entrambos bordes de la cuesta, dejaron pasar al Santísimo, que bajo de palio subía, conducido en glorioso triunfo. El cimbalillo del hisopo lanzaba á los aires sonoros sus tintineantes vibraciones, y miles de gargantas frenéticas las cálidas palabras del himno, entre el golpear de los tambores y el canto de los claros clarines.

Al fin, el sacerdote—un cura anciano, obeso, apoplético y sudoroso—ascendió al llano de la ermita, bajo la pesadumbre sofocadora de sus vestiduras rituales. Tras él subieron las banderas de las milicias eucarísticas y la presidencia oficial: don Juan Antonio Palomeque un guacamayo, y otro cura. Iba don Juan Antonio pomposamente enlevitado, llevando al pecho la medalla de corregidor de Alazores, al talle el fajín de municpe con los colores de la Virgen, y un cirio lleno de pellizcos y de irisadas lentejuelas; consciente de su jerarquía y de su facha de buen mozo ligeramente atocinado, molesto desde el fondo de su ateísmo, y mirando á la turba de los creyentes con altanera autoridad. Entre la turba nos vió al punto, y nos saludó sin empaque. Leí en sus ojos esta frase, dicha para mí solamente:

—Me consta que voy en ridículo.

El predicador de la misa le acompañaba á la derecha, volteando los sagaces ojuelos y hablando con vivacidad; y á su izquierda, escuchando al canónigo, el viejo conde de Montilla, que ha-

bía venido de la Corte para presidir el cortejo, con hábito de maestrante, cruzado con banda bermeja y un sin fin de placas y cruces.

Destacóse del palio y avanzó el páter hasta el ara, de frente á la Santísima Virgen, con el diácono y el subdiácono. Cantóse el *Tantum Ergo* por la capilla religiosa, en medio de un silencio solemne. Y tras varias genuflexiones y otras reverencias litúrgicas, llegó el momento de la anáfora.

¡Ojalá que mi pluma tuviese la virtud milagrosa de la palabra para narrar con las precisas la emocionante ceremonia! Transfigurado, ennoblecido, el sacerdote dió unos pasos apartándose del altar, llevando el viril sobre el pecho. La blanca cabeza humillada, alzó la Santa Forma sobre los fieles, y los clarines y cornetas tocaron la *Marcha Real*. Abatiéronse las banderas. Cayó la gente de rodillas.

Durante un minuto sagrado giró el Pan ácimo y divino ante los cuatro panoramas, á los cuatro vientos del mundo. Miré hacia abajo, poseída por una emoción celestial, los verdinegros olivares, los álamos plateados de las riberas, los huertos, las mieses, las viñas, los barbechos y los rastrojos, los montes morados y azules, la cinta de las carreteras, las torres y las casas del pueblo, la blancura de los cortijos y la corriente luminosa del claro y risueño Genil, sobre los que bajaba, como en un vuelo, la Gracia de la Bendición. Todo cobró á mis ojos relieves, luces y colores de desusada intensidad, y en mi cerebro, oculto espíritu, como si todo lo creado, desde la humilde vellorita á los gigantes eucaliptos que asombran los caminos reales, desde las ranillas que croan bajo los légamos del río y los colorines que cantan en los espinos majoletos, al manso buey uncido al yugo, y al borriquillo que retoza por la frescura de los prados, y á la cigüeña que vigila sobre el vértice del almiar, tuviese un alma comprensiva, y que en aquel lapso inefable todos los millones de almas vibraban, de repente, al unísono. Y era que entre las manos del sacerdote, cuando la Idea immaculada, después de asomar su pureza hacia los cardinales del horizonte, iba ascendiendo lentamente, en una exaltación suprema, sobre el viril de oro latrado, brilló con súbitos destellos la primera llama del día. Cielos y tierras se bañaron en jubilosa claridad, y el sol rindió homenaje al Santísimo Sacramento.

Tan absorta encontrárame ante el magnífico espectáculo, tan llena de unción eucarística, que todo pensamiento mundano quedóse en los rincones de la caverna cerebral. Sólo el corazón respondía con plenitud e entusiasmo, haciéndome llorar de ternura y vocear como energúmena; porque á punto de disolvernos, como oyerá los vítores de la gente, yo grité: ¡viva!, ¡viva! múltiples veces, uniendo mi voz al tumulto del exaltado clamoreo. Y no pienses que fui yo sola. Reposo, tan callada, como tú sabes, y *Doña Pata* y sus pimpollos, y hasta el elocuente Lechuga, chillaron á más y mejor. ¿Qué más? Don Juan Antonio, el descreído, contaminóse del ambiente, y yo le vi morderse el belfo y cerrar con fuerza los párpados, para no hacer pucheros públicos. El único impassible fué don Isidro, que no perdió su punto ecuánime, y el solo petulante Albariza, en cuyos labios dibujábase una sonrisilla de ateo que me hizo pésima impresión.

Y aquí dió remate á la fiesta, con el regreso á los hogares, que fué gozosa romería. Y aquí también es justo que yo concluya, pues conozco que me he excedido, aunque no tanto, verbigracia, como cierto vate local, el cual ha compuesto una oda llena de rípios celestiales, como para que Apolo la tome en cuenta, y el arzobispo le excomulgue, ya que mezcla á los dioses del paganismo y á la Patrona de Alazores en lamentable confusión. De sobra sabes de quién hablo.

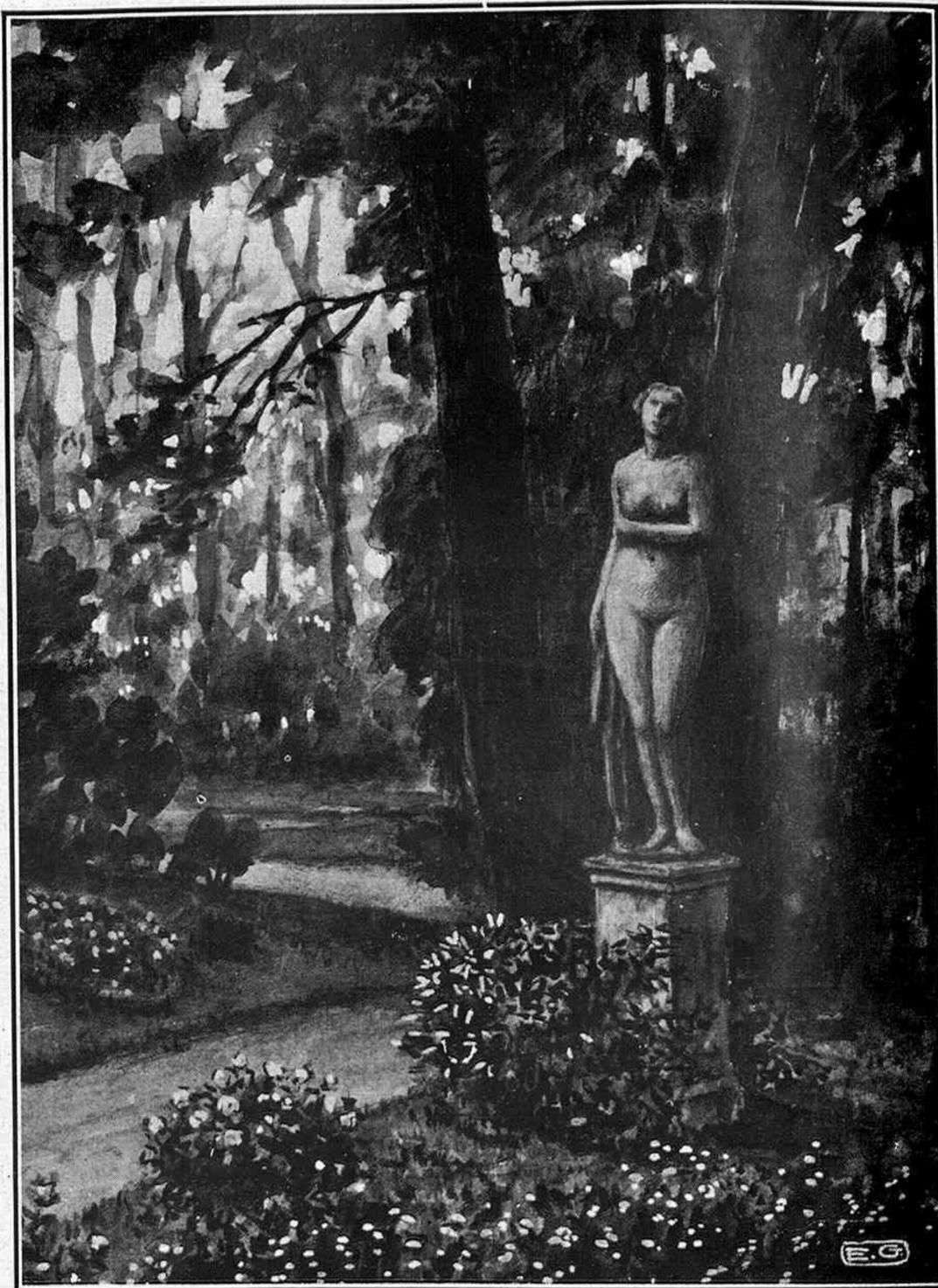
Conque hasta más ver, y perdona. Son ya las doce de la noche, y aun quiero asomarme al balcón para tomar el fresco, soñar un poco y dialogar con las estrellas. Tengo mil cosas que decirte.

Acaso más que á ti...

Tuya, Tani.

Junio 1927.

JARDÍN SOLITARIO



En tus claros tapices
de velados matices,
mi alma, de recuerdos vestida,
pasea sus ensueños como una antigua dama
que consumió su vida
en la llama
de un romántico amor.

Por tu mundo adormido
me alejo sin saber apenas que me alejo,
contento, como tú, de no haber sido
joven jamás, pero tampoco viejo.
Así voy por tu ambiente,
casi sin lejanías,
apenas triste, apenas sonriente,
sin profundos dolores ni intensas alegrías.
Y entre tus tenuidades, en la hora vespéral,
mi vida, ni verde ni madura,
saborea toda la dulzura
del recuerdo primaveral.

ELIODORO PUCHE

(Dibujo de Ernesto Gutiérrez)

VALENCIA EN FIESTAS

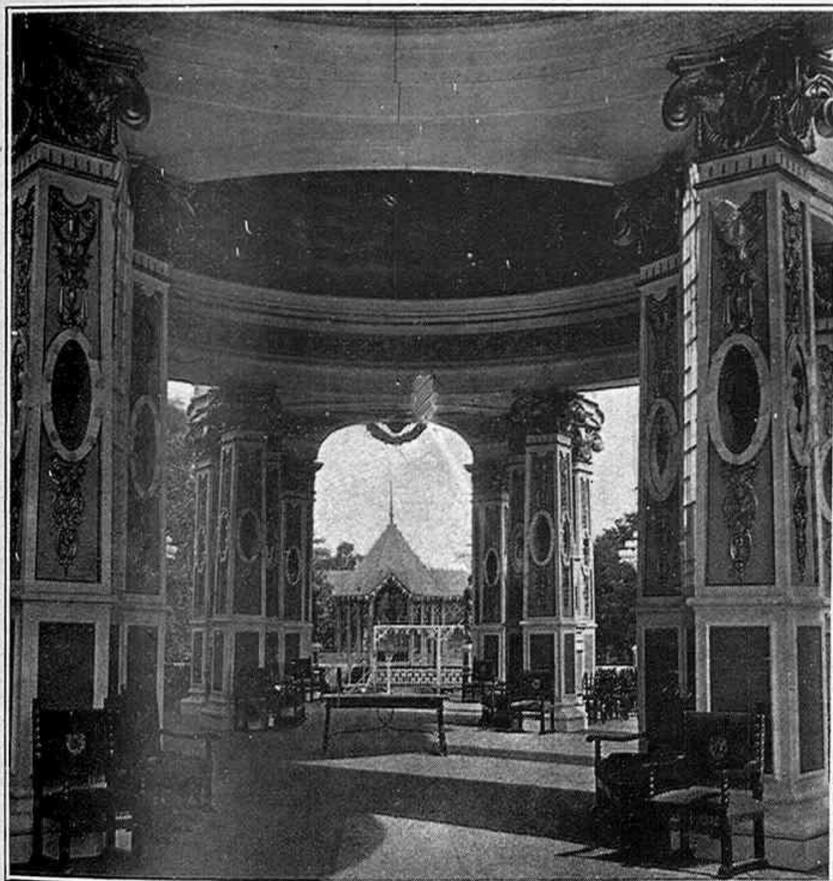
Gran Feria de Julio

VALENCIA, la Perla del Mediterráneo, va á celebrar su tradicional feria de Julio, tan conocida en todo el mundo por el derroche y esplendidez de sus festejos, por lo atractivo de su programa. Valencia ha logrado imprimir á esta fiesta un sello artístico é inimitable que la distingue de todas las que se celebran en las demás provincias españolas. Valencia apréstase á ofrecer á los forasteros y turistas que la visiten las más sugestivas atracciones, poniendo á tributo su ingenio maravilloso.

La hermosura y las grandezas de Valencia han merecido los más encomiásticos elogios de todos sus visitantes. Un cielo encantado, un aire delicioso, esencial de vida, que se siente y se respira como un sueño, llena el ánimo y apacenta de gozo los corazones en el suelo valenciano. Sus grandes plazas; sus amplias, limpias y bien pavimentadas avenidas; su magnífica edificación unitorme y de elegante línea; sus frondas y sus jardines; su grandiosa alameda; sus parques floridos y sus célebres Viveros, con sus artísticas glorietas, con azulejos parecidos á las más preciosas piedras; con sus olorosos jazmines y sus trepadores rosales (contándose las rosas por millones); con su estanque donde campean en él, por su belleza y majestuosidad, blanquísimos cis-



Vista general del artístico y suntuoso pabellón del Ayuntamiento (Fots. Barberá Masip)



Interior del pabellón que el Excmo. Ayuntamiento instala en la Alameda durante la feria de Julio

nes. Por todas partes los reflejos y los iris de horizonte cuya luz pasa por entre las bóvedas que forman las ramas de su arboleda, dando entonaciones tales que parece hallarse en los senos de un paraíso ideado por la imaginación y teñido de fantásticos colores.

¡Así es Valencia!

De día en día es mayor el número de turistas y forasteros que visitan Valencia; y cuando llegan unos festejos de la importancia de los de Julio, acuden á millares á presenciarlos. Las noches de feria en Valencia, en que la población arde en fiestas, se ven atestadas de público sus anchas vías y las terrazas de sus elegantes cafés, iluminadas con un verdadero exceso de lujo.

Magníficas y artísticas cabalgatas. Carreras de caballos. Concursos hípicos. Grandes castillos de fuegos artificiales en los que Valencia lleva la palma. Grandiosas iluminaciones. Grandes bailes en los pabellones instalados en la Alameda por el Ayuntamiento, Sociedades y Casinos. Ocho corridas de toros con ganado de las más acreditadas ganaderías y por los más afamados diestros ases del toreo, y á la salida de los toros, grandes desfiles en la Alameda, donde el elemento joven hace un verdadero derroche de confetis y serpentinas. Disparo de grandes tracas de 500 á 1.000 metros. Serenatas. Concurso de bandas musicales y otros muchos festejos que enumeran los programas, y, como punto final, la gran Batalla de Flores, que consta de más de cien carrozas alegóricas,

y en donde no se sabe qué admirar más, si el arte en la construcción de cada carroza ó el derroche de gracia y hermosura de las Valencianas que las adornan.

Valencia ha mejorado notablemente desde el advenimiento del Directorio en todos los aspectos de su vida, debiendo atribuirse gran parte de estos felices resultados á la buena administración de su Ayuntamiento, que forman el Concejo hombres de gran iniciativa, que no descansan en laborar por Valencia para engrandecerla cada vez más y convertirla en una gran urbe, que para mí ya lo es.

Valencia, Julio 1927.

B. ROMERO



Cartel anunciador de la gran feria de Julio



Vestido de «crêpe marocain»
con bordado en seda

(Modelo de Patou)

Elegancias

¡Belleza, más belleza!...

SE asegura que vivimos en la edad utilitaria y materialista por excelencia; que no hay ilusiones ni ideales, fuera del interés económico; que por doquier se adora al «becerro de oro», y que se queda rezagado en la lucha aquel que trata de vivir de acuerdo con las normas altruistas y elevadas de otras generaciones. ¿Será cierta tal

me importancia y trascendencia, secundada por una inmensa legión de artistas del traje, químicos, dibujantes, ideadores de nuevas combinaciones de color, bordadoras, etcétera.

Los elementos naturales más sencillos y los más complicados artificios están á la disposición de toda aquella que desea intensificar su belleza. ¿Qué de particu-



Vestido de crêpón con flecos de seda
y bordado en perlas

(Modelo Molyneux)

afirmación? Dígase lo que se quiera, hay un punto que olvidan los sostenedores de las acusaciones antedichas, y es el creciente y universal aprecio que se hace de la belleza.

Nunca se ha preocupado el mundo más que ahora lo hace de aumentar la comprensión estética de los niños y de hacer aportar á cada individuo su máximo rendimiento en este sentido. Nunca se ha visto á las gentes anteponer el afán de belleza á otras consideraciones, como ahora lo hacen aun personas de menguada categoría social é intelectual. Se dirá que el concepto estético es menos depurado que antes, y que la reverente devoción que antaño inspiraban los creadores de Arte dedicase ahora á los mercaderes y á los industriales; pero el hecho es que el sentimiento de la belleza existe, y que se halla más extendido que en otras épocas, lográndose con ello que cada individuo no sólo aprenda á apreciar el esfuerzo ajeno, sino que procure por sí mismo cooperar á la general armonía de su tiempo.

Debido á este sentir, vemos á la mujer, sea cual fuere su edad, preocuparse y ufanarse por conservar y desarrollar la propia belleza, y utilizar el indumento inteligentemente, como factor estético de enor-



Vestido de niña en «crêpe marocain»
azul con corbata del mismo tono

Vestido de calle en popelín de seda
á grandes cuadros

lar tiene que el gusto se haya afinado y poblado el mundo de tipos de mujer, cada vez más estilizados, acabados y perfectos?

La moda de los momentos actuales puede decirse que ha alcanzado una gracia y armonía jamás logradas hasta aquí.

Los tejidos más vaporosos, la vuela, la gasa, el crêpón y el encaje, se combinan para confeccionar los deliciosos vestiditos de tarde, tan adecuados á la época del año, y á ser lucidos en los grandes centros de reunión mundana: las carreras de caballos, los *garden parties*, los torneos de *tennis* y de *golf*, y los tés en los casinos de los balnearios de moda.

Unas faldas muy amplias, pero nada rígidas, imprimen á los cuerpos gráciles de las mujeres modernas un ritmo peculiar, digno de rivalizar con el legendario sentimiento helénico. Los talles, ceñidos por las telas livianas, quiebran la línea demasiado uniforme. Largas mangas flotantes, cinturones y volantes hacen vibrar la silueta, y los grandes sombreros de alas combadas encuadran los rostros juveniles, «siempre juveniles», sabiamente curtidos por los afeites más que por el aire y el sol.

El vestido sigue llevándose muy corto, aunque á veces



Sombrero de paja en tricot negro
(Modelo Alice)



Vestido de crêpe marocain azul sobre fondo blanco

Vestido de seda de China estampada en lunares



Sombrero de fieltro con una guarnición de cinta
(Modelo Corbett)

prolóngase el efecto por medio de unos *panneaux* superpuestos; y las medias, cada vez más transparentes, y los zapatos-sandalias cooperan al efecto, un poco griego, del conjunto.

Algunas se lamentan del advenimiento del talle ceñido y más alto; pero no hay duda que con ello se logra una mayor belleza de línea y, sobre todo, una sensación de gracia ingenua y «pimpante».

Los tonos predilectos de la temporada actual tienen algo de puritano recato. Nada de estridencias ni de violenta imposición, como los colores que el año pasado hicieron nuestras delicias, sino impresiones delicadísimas, esfumadas, que concuerdan á maravilla con la hechura candorosa del vestido.

Así, el verde reseda, el limón, el rosa pálido, el celeste y el malva vuelven á imperar como en vida de nuestras bisabuelas, cuando se consideraba de muy mal gusto el llevar una prenda que se destacara, por su vibrante entonación, de entre el plácido y neutral conjunto formado por el indumento general.

Hasta los accesorios sufren esta depresión de colorido. Las cuentas vibrantes han cedido totalmente su puesto á las perlas y collares de marfil ó de nácar. Los camafeos substituyen á lo grandes prendedores de piedras rutilantes, los brazaletes de finas cadenas esmaltadas, á los aros de

los hombros, traen á nuestra memoria el recuerdo de costumbres y gustos lo bastante lejanos para tener interés y lo bastante próximos para que cada cual encuentre en su casa modelos auténticos, gráficos ó reales que faciliten la copia de aquéllos.—I. P.

oro cuajados de pedrería, y una sola gema muy discreta, á los vistosos y abigarrados pendientes que han venido adornando á tantas y tantas bellezas femeninas estos últimos tiempos. ¿Serán tales modalidades indicio de que se tiende á retroceder en materias de moda, ó de que, hartos del reinante materialismo, queremos, siquiera aparentemente, pasar por románticos?

Ello es que el indumento rememora, en su esencia, las épocas pretéritas, y que la mujer adapta sus andares, sus gestos y su tipo al concepto de belleza que en ellas imperaron, sin abandonar, claro es, las innumerables ventajas que la procura el haber nacido en el siglo xx.

En los trajes de noche resulta más marcada todavía la impresión antedicha. Trajes confeccionados todos ellos de encaje ó de tul prestan encanto y finura singular á los salones aristocráticos. Las *echarpes* estampadas ó bordadas y los cuerpos ceñidos al busto y escotados en redondo, dejando al aire



Gorrita de fieltro adornada con cinta de seda
(Modelo Lewis)



Sombrero de fieltro adornado con el mismo material
(Modelo Mimoso)



Sombrero de fieltro adornado con cinta de seda
(Modelo Lewis)



Crónica de la elegancia y de la extravagancia parisienses

A estas alturas, próximo el término de la *saison*, en plena gran semana de Auteuil, y en vísperas de la gran semana de Longchamp, es decir, cuando toda mujer que sabe gobernar á su marido tiene ya en casa la colección de vestidos que ha de lucir en las playas—vestidos de falda ultracorta, detenida á un palmo por encima de la rodilla—, se le ocurre á monsieur Poiret un intento de restauración de la falda larga, intento en cuyo favor ha movilizad el gran modisto una veintena de modelos sobre otras tantas maniqués...

Con semejante golpe de Estado, la broma que el señor Poiret les prepara á los maridos ó á sus similares tiene todo el carácter de lo que llaman por acá *une sale blague*. En efecto, la señora que pasó el invierno exhibiendo sus braguitas al sentarse, lo mismo en privado que en público, se sonrojaría este verano si, después de haber prescrito la elegancia veinte centímetros más de falda, pudiéramos contemplar sus rodillas... Y el señor, que acaba de pagar la factura de ocho ó diez «modelos» estivales, se ve amenazado con escuchar de su señora la siguiente declaración:

—¡Ya ves, hijo; no tengo nada que ponerme!...

Se inició tal sorpresa la semana pasada en Chantilly con una tendencia descendente muy acusada en los volantes de encaje. Pero se consideró el «movimiento» como un detalle, como una diversión al margen de la orientación general. Era, sin embargo, el principio de la revolución

preparada en secreto, y para la cual monsieur Poiret se aseguró la ayuda—complicidad podríamos decir—de otros dos grandes prestigios de la moda: madame Dorat y madame Jointel.

Las maniqués de las tres casas, reunidas en legión sagrada, han alzado bandera de pudor en las dos tardes solemnes de Auteuil: la del Steeple y la de los Drags; y como esta bandera es la falda, la manera de alzarla ha sido, preci-

samente, bajarla de un buen par de palmos, devolviéndola un empaque y una seriedad que parecía haber perdido definitivamente.

Esta «ofensiva» Poiret-Dorat-Jointel contra todos los demás poderes constituidos en torno á la Rue de la Paix, ha dado lugar, en el mundo de las exigencias, á los más acerados comentarios. Uno de ellos atribuye la intenciona de Poiret á una maniobra comercial, cuyo objetivo sería la Corte española, donde la falda corta ha sido declarada indeseable. El hecho de haber coincidido la gran exhibición de modelos «largos» con la breve visita de Don Alfonso XIII y el anuncio de su presencia en la tribuna de Auteuil, durante la carrera de los Drags, pudiera prestar cierta verosimilitud á semejante versión... Otra, muy extendida, es la de obedecer el triunvirato Poiret-Dorat-Jointel á la influencia de la cruzada emprendida por el alto clero romano contra la inmodestia del vestido femenino actual; y se susurra que Poiret, á semejanza del diablo que se metió á fraile, renuncia á lo que ya le es imposible, deja de ser pequeño Luis XIV á ratos, y á ratos pequeño Sultán de la *coûture*, y entra en el orden por el extremo opuesto, cifrando su postrera ambición en un título nobiliario concedido por el Vaticano...

Esto es lo que se murmura, en tanto que las maniqués de falda corta aprovechan la circunstancia casual de ser sus rivales, las maniqués de falda larga, mujeres de juventud un poco trasnochada, para lanzar contra ellas las saetas de la ironía, y saludarlas, al paso, con un



El sombrero Lindbergh, fieltro gris plata con incrustaciones rojas, visto en Auteuil



La falda larga de última hora ó el golpe de Estado de Poiret

B'jour m'mans al que no siempre responden las aludidas con la mesura y la reserva dignas de su indumentaria...

«U-O»

Al alargar súbitamente y de más de veinte centímetros la falda, el grupo adicto á Poiret ha roto el equilibrio de la silueta femenina, en la que una cabecita pelona, cubierta con el casco de fieltro ó de paja ceñido al cráneo, sólo puede ofrecer un contraste grotesco. Para restablecer la armonía, se ha dado mayor amplitud al sombrero, que vuelve á sus formas pretéritas: segundo Imperio, Directorio, turbante, canotier, capeline..., y adopta formas nuevas y tan imprevistas como esa de «chubasquero» de marino, con ala muy breve sobre la frente y muy ancha y caída sobre la nuca.

Claro está que el sombrero grande necesita, para sostenerse, el pelo. Las damas que tuvieron la paciencia de conservar, se felicitan, ahora; y las otras, las mutiladas, recurren á la industria del peluquero.

¿Es efecto de los postizos, tiranos del momento, ó de la incompatibilidad de la moda de ayer con la mujer de hoy, esta inadaptación que presta á las nuevas «faldas largas» un lamentable aspecto de Carnaval?... Sea una cosa ú otra, el intento de Poiret tiene muchas probabilidades de fracaso... En estos años de *garzonismo*, la mujer conquistó el automóvil y esa victoria es definitiva ya... La automovilista sonríe ante las maniqués del «golpe de Estado», y declara:

—¡Habría que verlas al volante, con los zapatos y los pedales enredados en el bajo de la falda, y teniendo que dedicar una mano á sujetar el sombrero, para que no se lo lleve el viento!...

Hay pasos hacia adelante que no tienen retroceso posible, y el dado por la mujer con su deportismo liberador es uno de ellos.

El único arrepentido en todo este asunto es

monsieur Poiret, y monsieur Poiret tiene ya, muy cumplida, la edad en que una virtud tardía no supone sinceridad ni mérito alguno.

Monsieur Poiret perderá tal vez el título y la partida...

DURANTE ESTA SEMANA, HEMOS VISTO:

— El amarillo, el gris-perla y el *beige*, como colores dominantes en la moda veraniega.

— Muchas combinaciones de tejidos lisos con muselinas estampadas.

— Algunos intentos de resurrección del chaleco bordado con sedas de color.

— Muchos *tour-de-cou* de piel, sujetos por un broche oculto bajo una flor artificial.

— Sombrillas de tipo *quiltasol*, y tan pequeñas, que, cerradas, no abultan más que un abanico, y abiertas sólo sirven para prestar al rostro una hipotética protección.

— Bolsillos de mano en forma de cartera, y hechos con el mismo tejido del vestido al que acompañan.

— Muchas blusas guarnecidas con encaje.

— Una modificación en los zapatos, que han renunciado al tacón Luis XV para adoptar el tacón llamado «cubano».

— Joyas en las que el cuero endurecido y bronceado entra en combinación con el oro ó la plata labrados á cincel.

— Sombreros Lindbergh, que mañana serán sombreros Chamberlin ó sombreros Byrd...



Sombrero de crin guarnecido de cinta azul (Modelo Curval)

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA
POR
JACK LONDON



TRADUCCIÓN

DE

FERNANDO
DE LA MILLA



ILUSTRACIONES
DE ECHEA

(CONTINUACIÓN)

el mayor de los leopardos, el que ha dado fin del animal. Y gracias... Que sin él yo me hubiera llevado el disgusto. Es el segundo perro que me mata.

Harris Collins reflexionó un instante. Después señaló á *Michaël* con el dedo.

—Por ahora no tengo más que este perro irlandés. Son razas semejantes. El temperamento es el mismo.

—¿Está usted seguro de él?

—¡Ah! ¡De su valor, sí que le respondo! No ha nacido el león que le haga temblar. Ensáyelo. Si le sirve, se lo cederé muy barato, porque la verdad es que no sé qué hacer con él. Si muere en la jaula, será una estrella desconocida que desaparece.

El joven se llevó á *Michaël*, que, en seguida, hizo amistad con *Jack*, el otro perro de los leopardos. En su compañía fué, al día siguiente, introducido en la jaula de las fieras. La jaula, como de costumbre, estaba rodeada de ayudantes, armados de barras de hierro, trinchantes y revólveres, dispuestos siempre á intervenir en ayuda del domador.

En los grandes felinos bigotudos, *Michaël* reconoció en seguida el enemigo hereditario de su especie. Los vió solamente y se le erizó el pelo. Parecía un acerico... Los leopardos, por su parte, al ver al intruso, se pusieron á escupir y á tatar el aire con sus largas colas, casi arrastrando el vientre, dispuestos á saltar. Pero Rafael, que había seguido de cerca al terrero y á su compañero de infortunio, empezó á restrellar la fusta y á hablar á los felinos con voz imperativa, mientras que, desde el exterior, los ayudantes, amenazadores, levantaban sus trinchantes y sus barras de hierro. Los leopardos, intimidados, no se atrevieron á avanzar. Permanecieron inmóviles, sin dejar de escupir y de agitar la cola.

Michaël era demasiado valiente para deslizarse á los pies de Rafael buscando protección. Por otra parte, era también muy prudente para lanzarse al ataque de criaturas tan temibles como aquellos gatos de tamaño monstruoso. Se contentó con ir y venir á lo largo de la jaula, el pelo erizado, dando el pecho al peligro, aunque sin provocarlo, y yendo finalmente á colocarse al lado de *Jack*, su camarada, que le recibió con una mirada amistosa.

—Es un buen perro—murmuró Rafael, no sin cierta emoción—. Se puede contar con él...

Entonces avanzó hacia los leopardos, y les ordenó levantarse y separarse unos de otros. *Jack* y *Michaël* avanzaron igualmente. Las fieras obedecieron. *Alfonso* fué el único que se rebeló. Escupió á *Michaël*, que respondió con un sordo gru-

nido y enseñando los dientes. Al mismo tiempo, un ayudante puso su hierro entre los barrotes de la jaula, en dirección á *Alfonso*, que retiró del perro su mirada amarilla, para dirigirla á la barra.

La misma escena se renovó, sobre poco más ó menos, los días siguientes. Los leopardos se resignaron á aceptar la presencia de *Michaël*, de la misma manera que ya se habían acostumbrado á sufrir la de *Jack*. *Michaël* se había dado cuenta rápidamente de que hombres y perros son solidarios ante los gatos grandes, y debían tenerse mutuamente como fieles aliados.

El resto del tiempo, *Michaël* compartía su parque con su nuevo camarada. Como todos los animales de Cedarwild, estaban bien atendidos, bien alimentados y concienzudamente lavados y cepillados. El humor de *Michaël* fué endulzándose en la compañía de *Jack*. Otra vez empezaba á ser una pobre bestia sociable.

•••••

A veces, solía encontrarse con la mona, que seguía testimoniándole la más viva afección. Un día hasta logró escaparse y venir á buscar al terrero, en el preciso instante en que éste salía de la jaula de los leopardos. Con un grito agudo de alegría se lanzó sobre él, se enganchó á su cuello y empezó á murmurarle al oído con gestos de histórica irredimible, la historia de todas sus desdichas, desde que habían dejado de verse.

El hombre de los leopardos los miraba, muy divertido de la extraña escena, hasta que llegó el guardián de *Sara*. Deshizo el abrazo de la mona, que lanzaba unos gritos tan desesperados como si fueran á estrangularla, y que, antes que el otro pudiera prevenirse, le clavó los colmillos en una muñeca.

Todos los presentes rieron á carcajadas, mientras los chillidos de *Sara* excitaban á los leopardos á escupir y á arrojarlos contra los barrotes. Al fin pudieron llevársela, y entonces se puso á gemir dulcemente, calladamente, como un pobre niño con el corazón encogido.

El de los leopardos, no obstante, no debía adquirir á *Michaël*. Una mañana, inesperadamente, se produjo en Cedarwild una escandalera horrosa, de rugidos, gritos de hombres, disparos de revólveres... Los leones, á su vez, empezaron á rugir igualmente y á agitarse en sus jaulas; los perros, innumerables, á ladrar frenéticamente. Todos los ensayos que, á la sazón, se estaban celebrando en la pista fueron suspendidos. Los animales, horrorizados, no podían continuar sus tentativas de saltos y gracias.

—¡Apostaría cualquier cosa—dijo Harris Collins—á que es *Alfonso*, que ha hecho una de las suyas! A lo mejor, en un momento de descuido... Ese pobre Rafael...

Y echó á correr hacia la jaula de los leopardos. En efecto, dos ayudantes trataban de sacar de la jaula al domador.

Cuando salió le dejaron yacente en el suelo, y se apresuraron á cerrar la puerta, que sólo habían entreabierto.

En la jaula seguía la batalla entre *Alfonso*, *Jack* y *Michaël*. Los tres, muy juntos, formaban como una masa indistinta, mientras que, desde fuera, los mozos, armados con barras de hierro, intentaban inútilmente separarlos. Los otros leopardos, que gruñían lamiéndose sus heridas, se hallaban fuera de combate en un extremo de la jaula.

En este punto estaban las cosas, cuando *Sara*, que en el tumulto se había soltado, hizo su aparición. Arrastrando la cadena, la pobre mona verde, tan apasionada como sus hermanos los hombres, se precipitó hacia la jaula, y en menos tiempo que dura un relámpago, logró, estrechándose, disminuyéndose, pasar por entre los barrotes.

Michaël, en aquel instante, acataba de ser proyectado lejos del leopardo, por una de las barras de hierro, y había venido á caer de espaldas, chorreando sangre. *Sara* saltó á su lado, lo rodeó con sus brazos amantes, y lo estrechó contra su pecho, plano y velludo. Y, como *Michaël* pareciese querer volver al combate, ella le reprendió, con su voz á la vez dulce y estridente, y lo retuvo con todas sus fuerzas, mientras que con los ojos brillantes de cólera profería, dirigiéndose á *Alfonso*, los—hay que suponerlo—más terribles insultos.

Alfonso ahora atacaba una de las barras de hierro. Inútilmente trataba de morderla y de apresarla entre sus garras. Arrojándose de pronto contra los barrotes de la jaula, alargó bruscamente una mano y destrozó el antebrazo del hombre que operaba. El ayudante soltó la barra, y *Alfonso* aprovechó el instante para revolverse contra *Jack*, lamentable adversario, que yacía en tierra, patas arriba, revolcándose de dolor y de rabia.

Michaël, ansioso de ir en ayuda de su camarada, se desprendió de los brazos de *Sara*, y vacilante, medio desfallecido, avanzó hacia el enemigo. Al verlo, Harris Collins sacó un revólver y apuntó al leopardo.

—¡No lo mate!—gritó Rafael, tratando pensativamente de incorporarse.

Uno de los brazos pendía inerte. Una herida que tenía en la frente le ensangrentaba los ojos.

—¡No lo mate!—repitió Rafael—. A pesar de todo, ese animal es mi única fortuna. Créame... Vale un poco más que unas monas y unos perros. Dejádme entrar en la jaula y dadme unos cartuchos de pólvora. No necesito más para dar por terminado el combate.

Mientras hablaba, Rafael enjugábase con el reverso de la manga la sangre que le cubría los ojos.

Pero entretanto, *Michaël* y el enorme felino se encontraban ya frente a frente. El pobre terrero apenas podía sostenerse. Entonces fué cuando *Sava* concluyó el acto sublime. Saltó á la cabeza de la bestia monstruosa, á ella se agarró con todas sus fuerzas, y le mordió una oreja entre chillidos de terror y de victoria.

Alfonso, un instante, pareció atontado. Y ese instante bastó á *Harris Collins* para entreabrir la puerta de la jaula y, tirándole de una de las patas traseras, sacar fuera á *Michaël*.

Casi inmediatamente el leopardo se había vuelto á alzar, y con ambas manos había aprehendido á la pobre mona, que poco á poco se convertía entre ellas en un amasijo informe y ensangrentado.

XXIV

«MICHAEL» REVELA SU VOZ DE ORO

Michaël fué puesto en manos de un cirujano menos salvaje y rudimentario que *Harry del Mar*. De no ser así, le hubiera costado la vida. Pero el cirujano de *Cedarwild* era un hombre hábil y audaz, tanto más audaz cuanto que no tenía que entenderse más que con un perro. *Michaël*, cosido y bien vendado, sometidos sus miembros á la cautividad del yeso cuanto tiempo fué necesario, pudo salvarse. Le esperaban más brillantes destinos. Sólo la espalda había de quedarle resentida, sobre todo en tiempo húmedo, obligándole á cojear ligeramente. Se le atendió, sí, con gran cuidado, pero sin ternura, con el exclusivo objeto de salvar el valor mercantil que pudiera representar todavía.

Cuando le fueron quitadas las vendas resucitaron las perplejidades de *Harris Collins*. Finalmente, resolvió desembarazarse de él, pues que era imposible descifrar el enigma de sus capacidades.

Davis Wilton trabajaba también en animales amaestrados. Era un artista de segunda categoría. Una mañana vino á preguntarle á *Harris Collins* si no tendría un perro para papeles secundarios.

Collins le ofreció á *Michaël*.

—Lléveselo y ensáyelo. Si le sirve se lo dejo en veinte dólares.

—¿Y si se me muere? Su aspecto no puede ser más lamentable.

—Si se muere no le dedicaré muchas lágrimas. No sirve para nada.

Salió, pues, *Michaël* de *Cedarwild* en la misma forma que había entrado en ella: en una jaula de palos. El pobre animal, según todas las probabilidades, no volvería á ver á *Harris Collins*. *Davis Wilton* tenía reputación de ser un formidable matador de perros. Sólo le preocupaban los primeros artistas de su *troupe*—y esto únicamente por el precio que le habían costado.—La vida de los otros le importaba un comino. Y *Michaël* no le había costado un solo centavo.

El viaje de *Michaël* no fué largo. *Davis Wilton* trabajaba á la sazón en una gran barraca de *Brooklyn*. El terrero encontró detrás de ella, en un pequeño cercado, un lote lamentable de perros. Serían unos veinte muy tristes y miserables. Algunos mostraban en la cabeza las señales de los malos tratos del amaestrador. Eran como llagas mal cuidadas. Cuando trabajaban ocultábase las con polvo de almidón. A veces, uno de ellos empezaba á aullar, y entonces todos los demás le acompañaban en sus lamentos, como único consuelo en la tragedia de sus vidas.

Sólo *Michaël* no unió su voz al triste coro. Había aprendido á sufrir en silencio. No pedía más sino que le dejasen tranquilo.

Después de depositar allí á *Michaël*, *Davis Wilton* se ausentó durante cuarenta y ocho horas. Fué con su esposa á visitar á unos parientes de ésta que vivían en *Nueva Jersey*. Al marchar contó sus perros á uno de sus empleados, quien el primer día de ausencia del amo tuvo una pendencia en un bar. Fué una batalla en regla, terminada, por parte del empleado de *Davis Wilton*,

con fractura del cráneo y traslado al hospital. De este modo, aquella noche no supieron de la pitanza habitual *Michaël* y sus compañeros. *Michaël*, durante toda la noche siguiente, sufrió con paciencia el hambre y la sed. Menos filósofos, sus camaradas no cesaron de aullar y lamentarse.

Y así transcurrió otro día. Se eslabonaron, interminables, las horas de ayuno, y volvió á transcurrir otra noche sin aportación de alimento.

Michaël tuvo un acceso de fiebre. No podía resistir más la sequedad de la boca. Soñó que había vuelto á su infancia, y se vió jugando con su hermano *Jerry*, bajo el espacioso pórtico del *bungalow*. Luego resucitaron las horas inolvidables en que el mayordomo le hacía deliciosas cosquillas en las orejas.

Los juramentos infernales de *Davis Wilton* le volvieron á la realidad.

—¡Me los ha matado ese bandido!—gritaba—. Si es que tengo una suerte...

—Te he dicho siempre que ese hombre era un borracho indecente—comentaba su mujer—. Si me hubieras hecho caso...

—¡Cuando quieras te callas!

Davis Wilton se quitó la americana apresuradamente, y, ayudado por su mujer, se fué al grifo más próximo á llenar varios cubos de agua, que vació en seguida en un gran barreño de hierro galvanizado.

Al ruido del agua los animales enloquecieron de impaciencia; y *Wilton*, abriéndoles la puerta, los echó á fuera á empujones, tirándoles de la cola á los que no tenían fuerzas para andar. Todos, segundos después, formaban un círculo alrededor del barreño, vacilando de debilidad, y empujándose unos á otros. No hay que decir que los más fuertes atacaban de firme á los más débiles. Con la punta del pie, *Davis* ejercía funciones de guardador del orden, tarea en la que también le ayudaba su esposa, esgrimiendo un látigo.

—¡Apestan á demonio!—observó la señora *Davis*, mientras se tapaba las narices con su pañuelo perfumado.

—Vamos á bañarlos.

Todos fueron arrojados sucesivamente al barreño en el que acababan de beber. Armado de un cepillo de grama y de un trozo enorme de jabón verde, el amaestrador les dió un fregado formidable.

Para enjuagarlos, los metía totalmente bajo el agua, la cabeza incluso.

—Anda; ¿no querías beber? Pues bebe hasta que te ahogues.

Los que intentaban resistir eran golpeados en la cabeza con el revés del cepillo. A medida que los animales salían del barreño, la señora *Davis* los secaba energicamente, para prevenir el mal negocio de unas cuantas pulmonías.

Cuando le llegó el turno á *Michaël*, se dejó enjabonar y cepillar sin proferir un lamento. Sabía que el baño era una costumbre inescusable. Lo mismo en *Cedarwild* que anteriormente, había sido bañado innumerables veces. Pero cuando *Davis* intentó sumergirlo del todo en aquel agua sucia y jabonosa, *Michaël* gruñó, á manera de aviso.

El amaestrador levantó el cepillo, y al ver de quién se trataba, se echó á reír y le dijo á su costilla:

—¡Qué gracioso! Fíjate... Es el que me he traído de *Cedarwild*. Es el muy distinguido caballero *No-Sirve-Para-Nada*. En fin, señorito, por esta vez, pase. Otra que me gruñas te vas á acordar para toda la vida.

Terminado el lavoteo, la señora *Davis* se puso á mondar patatas con destino á los pobres hambrientos. Después las echó en una marmita, la que puso al fuego de leña que su marido acababa de encender.

Una vez cocidas las patatas, se renovó la misma lucha que antes había tenido lugar para acercarse al barreño. *Davis* volvió á hacer de policía, interviniendo á puntapiés. Un perrazo negro, más inquieto que los demás, recibió uno en las costillas que lo envió á una respetable distancia del lugar del siniestro.

Los perros fueron llevados nuevamente á su cercado, una vez llenos los cacharros del agua.

Por la tarde, á su debido tiempo, les sirvieron su segunda comida: salvado cocido y galletas. Sólo entonces *Michaël*, que había desdeñado las patatas, se decidió á comer un poco y repuso ligeramente sus fuerzas.

Al día siguiente empezaron los ensayos, lo que supuso para el terrero el principio de nuevas calamidades.

Un telón de fondo debía ocultar á los artistas. Al levantarse aparecían los veinte perros, sentados en sillas, formando semicírculos. Entonces algunos de ellos invadían la escena ladrando y empezaban á ejecutar sus habilidades. *Michaël* simple figurante, no tenía otra cosa que hacer sino permanecer quieto en su silla.

Davis Wilton ordenó al terrero que se sentara en su sitio, y acompañó la orden de una bofetada. *Michaël* gruñó.

—¡Vaya, vaya!—exclamó *Davis*—. Don Inutilidad quiere leña... Tendrás la bondad, mi distinguido camarada, de entrar en razón desde ahora mismo.

Siguió una tunda de la que más vale no hablar. Como *Michaël* tratara de resistir, la paliza se hizo aún más formidable. Dolorido, sangrando, se sentó en su silla, y en ella permaneció, silencioso y cabizbajo, durante todo el ensayo. Desde allí vió á los primeros actuantes descender á escena y avanzar por ella, erguidos sobre sus patas; después bailar, fingirse cojos y ejecutar unos saltos escalofriantes. El ensayo no terminó sin incidentes dolorosos.

Lo mismo ocurrió el día siguiente y el otro. *Michaël*, resignado, se subía á su silla en el momento oportuno, y allí se estaba, callado y formalito, según le habían indicado.

—¿Ves—le decía *Wilton* á su cara mitad—la eficacia maravillosa de una paliza á tiempo?

Los cónyuges estaban muy lejos de sospechar el escándalo que *Michaël* les preparaba.

Llegó la hora de la presentación al público. La barraca estaba llena de espectadores. A compás de la orquesta, *Dick* y *Daisy Bell* iniciaron el general regocijo con sus cantos y sus danzas. Tras el telón de fondo, los perros se encontraban ya sentados en sus sillas, bajo la vigilancia de *Wilton* y su mujer.

Nada pasó hasta el momento en que *Dick* y *Daisy Bell*, acompañados por la orquesta, entonaron el popularísimo *Roll me down to Rio*. Entonces *Michaël*, recordando la dulce melodía que tantas veces había cantado en unión del mayordomo y de *Kwaque*, no pudo contenerse. Olvidó sus penas y dolores, abrió la boca y brotó de su garganta un largo aullido.

Al otro lado del telón, esto es, en la sala, estalló una risa unánime, que fué intensificándose rápidamente hasta convertirse en una verdadera tempestad de carcajadas y gritos. Ya no hacía caso el público de *Dick* y *Daisy Bell*. *Michaël*, por su parte, seguía aullando, cada vez más y mejor. *Davis Wilton* le dió un golpe terrible con la fusta, y lo hizo callar, medio desvanecido.

La señora *Wilton* no se mostraba más piadosa:

—¡Rómpele la cabeza!—le gritaba á su marido—. Acábalo de una vez.

Un duelo en toda regla se produjo entre *Michaël*, que había vuelto á erguirse, y el amaestrador, mientras que *Dick* y *Daisy Bell* tenían que renunciar á concluir su número ante la exigencia del público de saber qué se ocultaba tras el telón.

Esto proporcionó un instante de respiro á *Michaël*. Un ayudante se lo llevó, cogiéndole por el cuello, y el telón se levantó ante el círculo perruno. El público aplaudió. Sólo la silla del terrero estaba vacía. Voces de mujeres y niños gritaron:

—¡Que salga el perro que falta!

Y todos gritaron:

—¿Dónde está el perro? ¿Dónde está el perro?

Todos se figuraban, naturalmente, que el animal que faltaba era el que había interrumpido la canción de *Dick* y *Daisy Bell*.

Se produjo un desorden inexpresable, durante el cual *Davis Wilton*, que estaba de un humor de perros, hizo ejecutar á los otros artistas sus respectivos números.

Cayó finalmente el telón de boca, y el público evacuó la sala en medio de una gritería espantosa. En el escenario, *Daisy Bell* lloraba de ra-



Escupió á «Michael», que respondió con un sordo gruñido y enseñando los dientes.

bia, mientras su compañero, no menos furioso, apretaba los puños.

Cuando hubieron salido todos los espectadores, Dick se fué para Wilton.

—¡Ahora vas á entendértelas conmigo!

Davis Wilton echó mano á una gruesa barra de hierro y respondió:

—¡Soy yo el que voy á arreglar cuentas contigo! ¿Es que me vas á hacer á mí responsable de lo que ha pasado? Es un perro nuevo... ¡Yo qué sabía si se iba á poner á armar ese escándalo! No me habían prevenido de nada. Me parece lo más razonable que él sea el primero que pague los vidrios rotos. Luego vendré á buscarte.

El amaestrador levantó la barra sobre *Michael*, que, temblando y sin dejar de gruñir, había ido á refugiarse entre las piernas de un tramoyista.

—¡Sal de ahí, asqueroso! ¡Sal que te destripe!

Pero el tramoyista intervino:

—Deje al pobre animal. Ha venido á mí á pedirme protección.

—¡Me habían dicho que el perro era mío! ¡No sabía yo que fuese tuyo!

—¡Sea de quien sea! ¡Ay de usted como le llegue siquiera al pelo! Es usted una mala bestia tratando á los animales. ¿Qué sabía el pobre perro? ¡Tóquele usted, y cuente con una quinena en el hospital!

El defensor de *Michael* era un hombretón membrudo, y hablaba en un tono que no admitía réplica.

La señora Wilton intervino:

—¡Tampoco vas á llevarte un disgusto por ese perro del demonio!

—Pero, ¿qué quieres que haga sino matarlo?

—Yo se lo devolveré á Harris Collins—dijo el tramoyista—. Yo me encargo de meterlo en su jaula y ponerlo en el tren. Yo mismo pagaré el porte...

—Buena... Está bien...—gruñó Davis Wilton, retirándose, mientras el tramoyista acariciaba dulcemente la cabeza dolorida de *Michael*. Y es que hay gente de un sentimentalismo verdaderamente estúpido.

Una tarjeta postal de Davis Wilton, que decía simplemente: «Canta demasiado para que me sirva», anunció á Harris Collins la vuelta del te-

rrero. Aquellas breves palabras contenían, sin que Davis ni Collins se diesen cuenta, la clave del famoso misterio.

Cuando *Michael* reapareció en Cedarwild, Collins se limitó á decir á uno de sus ayudantes:

—¿Qué querrá decirme Davis con eso de que este perro canta demasiado? Por otra parte, no me extraña que haya hasta cantado. Este animal ha recibido cada paliza... Anda, llévatelo á la enfermería.

•••••

Michael tardó dos meses en restablecerse. Pero se acercaba el momento en que Harris Collins había de descubrir sus secretas capacidades.

Por aquel entonces ensayaba en la pista de Cedarwild una orquesta de monos. Los monos estaban amarrados en sendos sillones con respaldo. Detrás del estrado, unos hombres les hincaban pinchos y palos puntiagudos. Entonces los monos empuñaban sus instrumentos, en

(Continuará en el número próximo)